LOS FUTBOLÍSIMOS

EL MISTERIO DE LOS SIETE GOLES EN PROPIA PUERTA

Roberto Santiago



Ilustraciones de Enrique Lorenzo

Lectulandia

Los Futbolísimos se enfrentan al misterio más grande que han conocido hasta la fecha. ¿Es posible ganar un partido de fútbol sin meter ni un solo gol? ¿Y dos? ¿Y un torneo? En ocasiones, meterse un gol en propia puerta esconde mucho más de lo que parece a primera vista.

Roberto Santiago

El misterio de los siete goles en propia puerta

Los futbolísimos - 2

ePub r1.0
Titivillus 12.06.2021

Roberto Santiago, 2013
Ilustraciones: Enrique Lorenzo

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1


1
1
10
7
4
8





Mi corazón late tan deprisa que parece que me va a estallar en cualquier momento.

Nunca en mi vida he corrido tan rápido, ni siquiera cuando me dan un pase en largo y tengo que dejar atrás a los defensas y llegar al balón antes que el portero.

Llevo corriendo tanto tiempo que ya ni me acuerdo de cuando empezamos.

Siento pinchazos en las piernas y me arden los pulmones. Pero no puedo parar.

Corre, corre, corre.

Miro hacia atrás y allí está ella. A punto de alcanzarme.

Tiene la cara roja, respira muy fuerte, está sudando y se le han puesto pelos de loca de tanto correr, pero eso ahora le da igual.

Cuando se propone algo, no hay quien la detenga.

—¡Vamos, Francisco, no pares! —me grita mi madre. Yo la miro un segundo mientras sigo adelante. Nunca la había visto así.

Está completamente roja del esfuerzo, pero no deja de correr. Las madres también corren.

Yo no sabía que la mía pudiera correr tan rápido.

Acelero, pero mi madre se pone a mí altura. Ella corre como sí se acabara el mundo.

Me deja atrás.

—¡¡Venga, Francisco, que no llegamos!!



La gente se va apartando a nuestro paso, y algunos se asustan y nos gritan que tengamos cuidado y que no se puede ir así por la calle.

Estamos a punto de llevarnos por delante a una señora que empuja un carrito de la compra. La mujer lo aparta en el último momento, cuando mi madre pasa a su lado.

Al echarlo a un lado, está a punto de darme a mí con el carrito. Tengo que saltar, y mi pie tropieza con una rueda. Salgo a trompicones y estoy a punto de caer al suelo, pero mi madre me agarra justo antes de que me estrelle.

—¡Perdone, señora! —dice mi madre.

Y seguimos adelante.

Levanto la cabeza y veo un enorme reloj en la fachada del edificio al que nos dirigimos. Van a dar las nueve.

No vamos a llegar.

Un grupo de niños de infantil, que van en fila cogidos de la mano, ocupan toda la acera y se ponen justo delante de nosotros.

Imposible pasar.

Damos un salto y corremos por en medio de la calle. Un taxi empieza a pitarnos.

—¿Está loca, señora? —grita el taxista—. ¡No se puede cruzar por cualquier sitio, que luego pasa lo que pasa!

Mi madre se gira y yo pienso que le va a pedir perdón también, pero en lugar de eso levanta una mano y dice:

—¡Taxista tenía que ser!

Y tira de mí y sigue corriendo.

—¡Vamos, vamos! —dice.

El claxon del taxi suena furioso varias veces, y el hombre creo que nos está insultando, pero yo no me giro, por si acaso.

Llegamos a un paso de cebra. El reloj del edificio marca las nueve menos dos minutos.

El semáforo está en rojo.

Mi madre frena en seco y me detiene poniéndome la mano en el pecho.

No pasa ni un coche, pero mi madre no me deja cruzar.



—¿Y ahora qué pasa? —pregunto yo—. ¿Podemos correr por mitad de la calle entre los coches pero no podemos saltarnos un semáforo cuando no viene nadie?

—Hay que respetar los semáforos, Francisco —me dice, muy seria.

—¡Pero si no viene nadie! —insisto yo.

—Los semáforos son sagrados —responde mi madre—. Tu padre es policía municipal, y hay mucha gente en el mundo que ha dado su vida para que existan los semáforos. Es uno de los grandes inventos de la humanidad, deberías saberlo.

—Vale —digo yo.

Y ahí nos quedamos, parados, con la lengua fuera de la carrera que nos acabamos de pegar, y esperando a que se ponga en verde un semáforo aunque no pasa ningún coche.

Cuento desesperándome los pitidos del semáforo: uno, dos tres, cuatro, pi-pi, pi-pi, pi-pi…

Cuando llego a trece… el semáforo por fin cambia de color y echamos otra vez a correr como locos.

Las nueve y un minuto.

Demasiado tarde.

Entramos en la estación de autobuses. Es enorme y está llena de gente, y nosotros seguimos corriendo sin parar.

Una familia de extranjeros con un montón de bultos apilados alrededor suyo nos miran con mala cara porque hemos estado a punto de tirar sus maletas, y nos dicen algo que no sé lo que significa.

Bajamos las escaleras mecánicas corriendo.

Mi madre va empujando y pidiendo perdón al mismo tiempo. Le tiene que pedir perdón a mucha gente.

Por fin llegamos al piso de abajo, donde están aparcados todos los autobuses. El ruido que hacen tantos motores al mismo tiempo es tremendo, y no nos oímos.

Ella me grita:

—¡Que si has mirado qué dársena es!

—¡No tengo ni idea! —respondo yo—. ¡Lo único que he hecho ha sido correr detrás de ti!

Hay docenas de autobuses. ¿Cuál será?

Seguramente se ha ido: la salida era a las nueve, y son las nueve y un minuto y veinte segundos.

Mi madre saca su móvil, mientras buscamos desesperados. Miro los carteles pegados en los autobuses.

Murcia, Valencia, Salamanca, Ciudad Real.

¿Dónde está el nuestro?

—No contestan —dice mi madre, y cuelga el móvil. Seguimos avanzando por el piso de abajo, desesperados. Son las nueve y dos minutos.



Nuestro autobús se ha ido. Nos hemos quedado en tierra.

Pero entonces escucho una voz detrás de mí.

—¡Pakete, que no te enteras!

¡Sí!

¡Es Camuñas!

Y a su lado están Tomeo y Angustias y todos los demás… Están dentro de un autobús.

Y nos hacen señas.

—¡Vamos que nos vamos! —dice Camuñas.

Mi madre y yo damos una última carrera y llegamos hasta la puerta del autobús.

El conductor nos mira con mala cara.

—Perdone. Es el niño, que se ha quedado dormido —dice mi madre.

Mentira y gorda.

La que se ha quedado dormida ha sido ella. Yo casi ni he dormido.

Estaba tan nervioso con el viaje que no he pegado ojo. Por fin subimos al autobús.

Allí nos reciben Felipe y Alicia, nuestros entrenadores.

—Ya pensábamos que no veníais —dice Alicia.

—Es que Francisco se ha dormido —insiste mi madre.

A mí me da igual lo que diga.

Hemos llegado a tiempo. Estamos con todo el equipo y nos vamos de viaje.

Cruzo una mirada con Helena, que está al fondo del autobús, en la última fila, y sonrío como un bobo.

El autobús por fin arranca con nosotros dentro. Vamos a un lugar donde yo nunca he estado. Un lugar único.

La ciudad con más rascacielos de toda Europa.

Miro el cartel que hay en la parte delantera del autobús y leo: Benidorm.





2

Mi nombre es Francisco García Casas y vaya jugar un torneo de fútbol 7 en Benidorm.

Muchos en el equipo me llaman Pakete, y aunque al principio no me hacía gracia, ahora ya no me importa, porque me parece que es un apodo como cualquier otro.

Para el que no lo sepa, mi equipo está formado por Camuñas (el portero), Angustias, Torneo, Marilyn (la capitana), Toni, Helena con hache, Anita, Ocho y yo.

No somos muy buenos, pero tenemos algo que no tiene ningún otro equipo: tenemos un pacto secreto.

El pacto de los Futbolísimos.

Nuestro equipo es el Soto Alto Fútbol Club. La canción dice así:

Soto Alto, cuna de grandes campeones, Soto Alto, campo de pasiones.

Desde la más tierna infancia hasta la adolescencia, Soto Alto está en nuestros corazones como un crisantemo de emociones. Por muy lejos que te encuentres, nunca te olvides: Soto Alto está contigo, Soto Alto ganará, ta-ra-ra, Soto Alto ga-na-rá.

—¿Qué os parece? —preguntó el padre de Camuñas al terminar de cantar.

Todos nos quedamos en silencio.

El padre de Camuñas estaba en el pasillo del autobús. Por lo visto, la canción la había escrito él.

Miré a Camuñas, que estaba escondido en su asiento, sin atreverse a asomar la cabeza, avergonzado, y seguramente pensando: «Tierra, trágame».

—No está nada mal —dijo Felipe.

—Es muy… interesante —dijo Alicia.

—Si queréis, ahora podemos cantarla todos —dijo el padre de

Camuñas.

—Bueno, bueno, tampoco hay que ponerse ahora a cantar todos, así de golpe —dijo mi madre—. Yo creo que lo mejor es que termines de afinarla y luego ya, si eso, pues la vamos viendo con los críos.

—Pero si está terminada —insistió el padre de Camuñas.

—Ya, ya, Quique, pero no hay que presionar a los chicos, que están cansados del viaje y a lo mejor no quieren cantar —dijo mi madre.

—Mujer, del viaje no pueden estar cansados, porque acabamos de salir hace cinco minutos de la estación.

Entonces mi madre miró a Quique, o sea al padre de Camuñas, y dijo:

—Pamplinas.

Y ahí se acabó el asunto.

Cuando mi madre dice «pamplinas», es que la conversación se ha terminado.

La verdad es que la canción era horrible.

Y cuando el padre de Camuñas la cantó en el autobús delante de todos, fue bastante ridículo y nos quedamos sin saber qué decir.



A lo mejor en otro momento habríamos empezado a reírnos.

O incluso le habríamos tirado bolas de papel y le habríamos gritado.

Pero ese día, no.

Ese día, el padre de Camuñas era nuestro héroe. Podía hacer lo que quisiera.

Cantar una canción horrible.

O incluso algo peor, y nosotros no le íbamos a decir nada. La razón es muy sencilla.

Todo aquel viaje para jugar el torneo de fútbol lo había organizado él.

Creo que ya lo he dicho, pero lo vaya repetir por si alguien no lo ha entendido todavía: estábamos en un autobús rumbo a Benidorm, para jugar un torneo de fútbol.

¡Era la primera vez que el equipo de Soto Alto participaba en un torneo!

Durante el curso jugábamos la Liga Intercentros, pero eso no cuenta porque la juegan todos los colegios de la sierra.

El torneo de Benidorm era un torneo de verdad, y jugaban algunos de los mejores equipos de fútbol infantiles. Cuando ganamos el último partido de la Liga y no bajamos a segunda división, el padre de Camuñas se puso tan contento que dijo que nos iba a hacer un gran regalo a todos, algo que no íbamos a olvidar nunca.

Y el regalo fue que nos apuntó al Torneo Internacional de Fútbol Infantil de Benidorm, más conocido como el TIFIB.

El padre de Camuñas tiene una agencia de viajes en el pueblo, así que él organizó todo.

Por lo visto, el regalo era un poco extraño, porque el viaje tuvieron que pagarlo nuestros padres.

—¡Vaya morro! —dijo la madre de Anita.

—Ya te digo —añadió el padre de Angustias.

—Bueno, bueno —dijo Quique, el padre de Camuñas—. He conseguido una plaza en el torneo más importante del verano, y además el autobús y el hotel lo cobro a precio de coste. Vamos, que casi salgo perdiendo dinero con esto.



Algunos padres insistieron en que tenía mucha cara, pero como ya estábamos apuntados y a todos nos hacía tanta ilusión ir, al final decidieron pagarlo.

Después de mucho discutir, se decidió que al torneo iríamos los nueve niños del equipo; Alicia y Felipe, nuestros dos entrenadores, y en representación de los padres y para cuidarnos, mi madre y el padre de Camuñas.

En total, éramos trece.

Algunos dicen que el trece es el número de la mala suerte. Pero yo no creo en esas cosas.

Lo que no imaginábamos es que, además de jugar al fútbol, durante el torneo íbamos a tener que resolver un misterio mucho más grande que el de los árbitros dormidos.

Algo que no era un juego de niños.

Pero vamos por partes.

Cuando llegamos a Benidorm, lo primero que hicimos fue lo que habría hecho cualquiera en nuestro lugar.

Iremos directamente a la playa.



Había más gente que en el metro a hora punta, y que en cualquier otro sitio en que yo hubiera estado antes.

Mi madre dijo:

—No os perdáis, y salimos todos corriendo.

La playa de Benidorm tenía una arena muy blanca y muy fina, y se veían los rascacielos enormes al fondo, y el agua estaba caliente.

Aunque teníamos tantas ganas de meternos en el mar que, si hubiera estado congelada, también nos habríamos tirado de cabeza.

Los que llegaron primero al agua fueron los más rápidos del equipo: Marilyn y Toni, que aunque se llevan fatal, entraron casi al mismo tiempo al

mar.

Yo llegué el último, porque estaba cansado de la carrera de aquella mañana y ya no tenía más ganas de correr por ese día.

Y también porque tengo que tocar el agua con los dedos del píe antes de meterme. Es una manía que tengo, y mi hermano, que es de los que entran corriendo al agua y se tiran de cabeza, me dice que soy un cobarde y que parezco un niño pequeño, pero a mí me da igual. Yo toco el agua con el pie, y a quien no le guste, peor para él.

Helena se puso a mi lado. Llevaba un bañador con rayas blancas y negras que, por lo visto, se lo había traído su padre de uno de sus viajes a África. Me miró al verme con el dedo gordo del píe dentro del agua.

—¿Te da miedo, o qué? —me preguntó. Me lo dijo sonriendo.

Le miré a los ojos y me acordé de la noche en que nos dimos un beso. Ya he dicho que Helena tiene los ojos más grandes del mundo y cuando te mira parece que te puede leer el pensamiento.



Una noche, en el campo del fútbol, me había dado un beso.

Si tuviera que escribir mi biografía, como los futbolistas o los actores que publican un libro y cuentan todo lo que les ha pasado, diría que esa fue la mejor noche de mi vida. Aunque tal vez a la gente no le interesaba esa parte de los besos y preferían que contara mis historias como futbolista.

No les culparía por ello.

Por suerte no tengo que elegir entre el beso de Helena y el fútbol, porque sería una decisión muy difícil.



Helena estaba a mi lado y me miraba con sus ojos gigantescos y pensé que a lo mejor nunca más me daba un beso, y que lo de aquel día había sido una excepción, un beso visto y no visto, por así decirlo.

Entonces, de repente, pasó entre nosotros como un huracán y nos golpeó a los dos al mismo tiempo.

—¡¡¡Voyyyy!!! —gritó Torneo, que era el que había pasado a nuestro lado gritando.

Tomeo es el más grande y también el defensa central del equipo, y le encanta el agua, como a los elefantes.

Se tiró en plancha sobre todos los que estaban ya en el mar, y hundió a cuatro al mismo tiempo: Angustias, Camuñas, Anita y Ocho.

El socorrista de la playa se acercó y nos llamó la atención.

—Mucho cuidado con las ahogadillas y las tonterías —dijo, y se quedó en la orilla sin quitarnos ojo.

—¿Has visto qué guapo es? —le dijo Marilyn a Helena, y a ella le dio la risa floja, y cuando yo le iba a preguntar a Helena que si se metía al mar conmigo, Marilyn tiró de ella, y se fueron juntas a seguir hablando de sus cosas, y no dejaban de mirar al socorrista, que estaba muy moreno y llevaba un bañador naranja que yo creo que se podía ver desde varios kilómetros a la redonda.

Me entraron ganas de decir que yo no tendré músculos ni mediré un metro ochenta y ni siquiera estaba moreno porque no llevaba ni cinco minutos en la playa, pero que yo tenía otras muchas cosas… Cosas que ahora no vienen a cuento y que no vaya decir porque no me da la gana, pero que son mucho más importantes.

—Todos dicen que Helena te utiliza como un pelele. Me giré, y allí estaba Toni. El superchulito.

Acababa de salir del agua, estaba empapado, y se echó el pelo hacia atrás.

—Eso es lo que dicen —añadió.

—No sé a qué te refieres —respondí yo.

—Ya, bueno, a mí me da igual —dijo él—, pero tienes que tener cuidado, porque la gente empieza a decir que una chica te gusta mucho y que ella no te hace ni caso, y antes de que te des cuenta, todo el mundo se está riendo de ti.

—Hummmmm —dije.

Nuestros compañeros estaban ahí delante, tirándose contra las olas.

Toni me dijo:

—Tú verás, lo digo por tu bien. Y él también se metió al agua.

Toni era el más chulito del equipo, aunque también era el que más goles metía. Nadie se llevaba bien con él, y además estaba claro que le gustaba Helena.

Pero aun así, lo que dijo no me hizo ninguna gracia. Es verdad que últimamente Helena estaba muy rara.

Se reía mucho, y seguíamos siendo muy amigos.

Pero después de lo del beso, algo había cambiado. No sé explicarlo muy bien.

Es como si ya no tuviéramos tanta confianza como antes. O como si ella no quisiera quedarse a solas conmigo.

No lo entiendo.

Estaba pensando en todo eso, y mirando a Helena y Marilyn que seguían cuchicheando, cuando alguien me empapó.

—¡Vamos, Pakete, que estás alelado!

Era Camuñas.

Como siempre.



Me salpicó y me dijo que me metiera de una vez. Salí corriendo detrás de él, y por fin me metí en el mar.

Por un momento, me olvidé de todo. Helena.

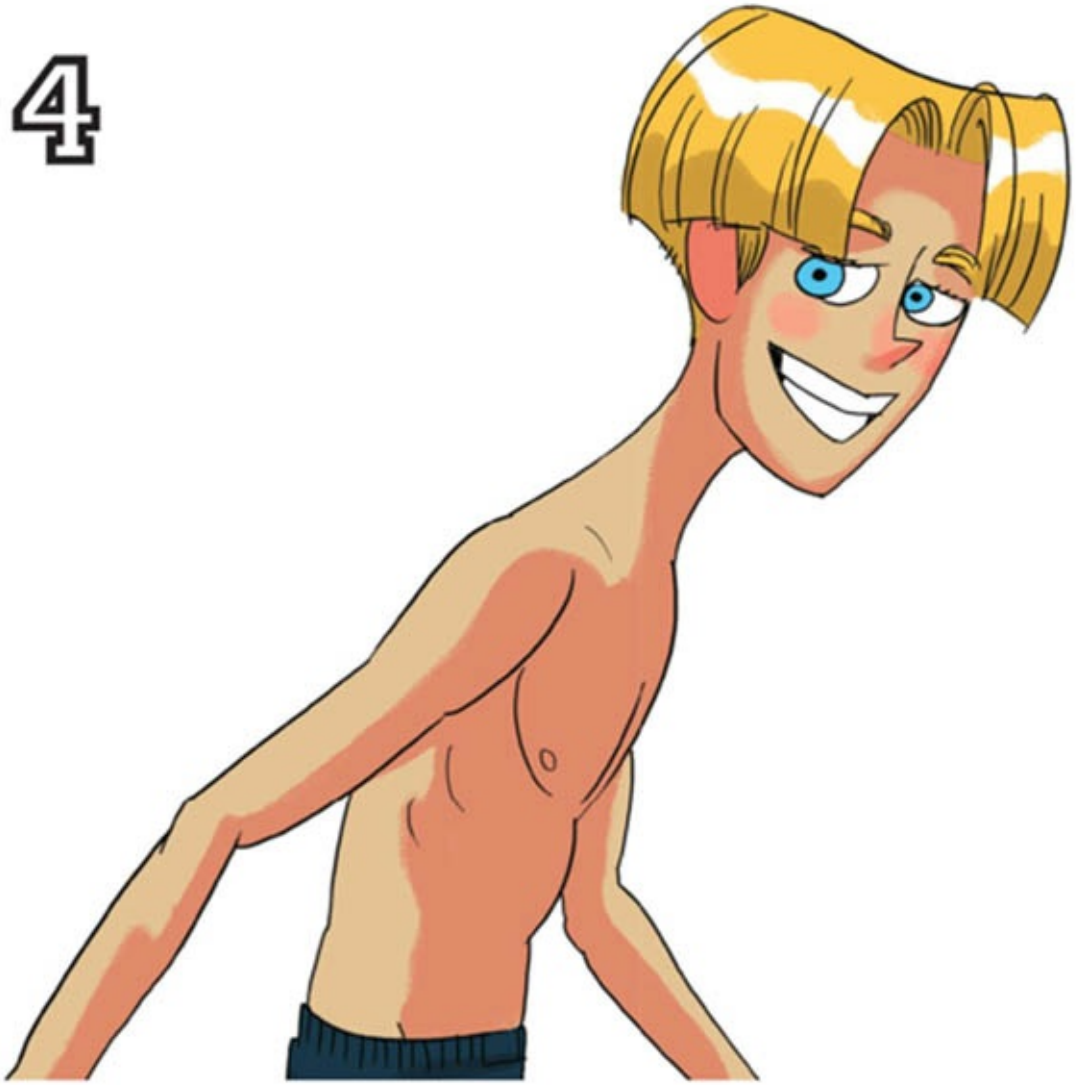
Los besos.

Toni.

El fútbol. El torneo.

Todo desapareció de mi mente. Solo estaban las olas y yo. Y la verdad es que estuvo muy bien. Estuve un buen rato flotando en el mar. Hasta que apareció él. El francés.

4



Era como los chicos que salen en los anuncios de la tele. Rubio, sonriente, con los dientes muy blancos y los ojos azules, un bañador superguay, y más alto que yo.

Tenía doce años y todas las chicas le miraban como tontas mientras Helena hablaba con él.

En francés.

Un momento: ¡Helena hablaba francés! ¿Cuándo había aprendido?

En el colegio estudiamos inglés. ¿Por qué sabía ella francés?

Además, no paraba de reírse. Mucho. Parecía que todo lo que le decía el francés fuera muy divertido. No lo sé, pero a lo mejor cuando dices una tontería en francés suena mucho más graciosa.

Siguió hablando con él como si le conociera de toda la vida.

—¿Se puede saber quién es ese? —pregunté yo.

—No lo sé, pero es muy guapo —dijo Camuñas.

—¿Y tú qué sabes si es guapo? —dije.

—Salta a la vista —dijo—. Y encima es francés.

—Ya, ya —dije yo.

—Mira cómo le toca —dijo Torneo.

—Pero qué dices…



Tomeo tenía razón. Cada vez que decía algo, Helena y él se daban toquecitos en el brazo o en el hombro. Y se reían cada vez más fuerte.

—No le está tocando. Le está dando golpes en el brazo porque… —dije yo— porque en Francia es una costumbre que tienen.

—¿Tocar a los chicos guapos? —preguntó Camuñas.

—Esto va a terminar mal, lo veo venir —dijo Angustias.

El que faltaba.

—¿Por qué va a terminar mal? —pregunté—. Aquí lo único que pasa es que Helena es muy educada y ha visto a un extranjero que está solo y le está saludando.

—Ya —dijo Camuñas.

Entonces apareció Toni y se puso a nuestro lado.

—¿Pero habéis visto eso? —dijo.

—¿El qué? —pregunté yo haciéndome el distraído.

—Pues qué va a ser: Helena con el franchute ese.

—No me había fijado —dije.

—Yo sí —dijo Camuñas—. Es el chico más guapo que he visto en mi vida,

—Y dale —dije.

—¿Pero es que no sabéis quién es? —preguntó Toni.

—Pues un francés que está en la playa.

Toni meneó la cabeza.

—Es Luccien —dijo.

Todos le miramos intentando entender.

—Luccien, la estrella del Cronos. ¿¡Qué!?

Vamos por partes.

El Cronos es el mejor equipo infantil de fútbol del mundo, y Luccien era el niño futbolista más famoso de todos los tiempos.

Había salido en la portada de France Futbol con Messi. Había batido todos los récords de goles, y se decía que ya tenía firmado un contrato millonario con el Manchester United para cuando cumpliera quince años.

¡Aquel rubio era Luccien!

—Esto va a terminar fatal —dijo Angustias.

Sin decir nada más, nos quedamos mirando a Helena, que seguía hablando con él.

Entonces llegó un hombre también rubio, alto, con gafas de sol, que parecía muy enfadado.

Agarró a Luccien por el hombro y empezó a decirle cosas muy rápido y muy alto, y en francés, así que no entendimos nada.

El chico dejó de sonreír y bajó la cabeza.

Después, Luccien le dijo algo a Helena y se marchó con el hombre.

Ella se quedó mirando cómo se alejaba.

Luego se dio la vuelta y vino caminando hasta donde estábamos nosotros.

—¿Qué hacías hablando con Luccien? —preguntó Toni.

—Es muy majo —dijo Helena.



—Y muy guapo —añadió Marilyn.

—Ya te digo —dijo Camuñas.

Helena se rio.

—Se ha tenido que ir porque tenía que hacer una entrevista en el hotel —dijo—. Pero le veremos mañana en la inauguración.

—¿La inauguración de qué? —pregunté.

—Pues de qué va a ser —dijo ella—. En la inauguración del torneo. El Cronos es el primer equipo en jugar.

En ese momento nos quedamos todos sin habla. ¿El Cronos iba a jugar en nuestro torneo?

—Esto va a terminar muy mal.

Todos nos giramos.

Pero no había sido Angustias el que dijo eso. Había sido yo.



5



El Cronos no es un equipo de fútbol. Es mucho más.

Es el único equipo del mundo que jamás ha perdido un partido. Se creó hace solo tres años, pero ya es una leyenda.

No es un equipo de ningún país.

Ni juegan en ninguna liga de fútbol.

El Cronos está compuesto por niños y niñas de todos los países. Son una especie de selección mundial patrocinada por Dream, que es una superempresa que fabrica todo tipo de cosas: televisores, ordenadores, móviles, tabletas…

Y también la mejor consola del mundo, la Dream Cronos.

Los niños que juegan en el Cronos tienen una beca de estudios y recorren el planeta jugando al fútbol en torneos y en partidos amistosos y cosas así, y

de paso promocionando los videojuegos, claro.

El Cronos tiene ojeadores siguiendo a miles de niños por todas partes: en España, en Inglaterra, en Rusia, en Brasil, en China…

Fichan a los mejores jugadores infantiles. Y los entrenan todos los días del año, en cualquier parte del mundo.

Aunque la mayor parte del tiempo viven en La Finca, un supercomplejo deportivo en una isla del Pacífico con residencia y colegio y campos de entrenamiento.

Por si fuera poco, los entrena el mejor entrenador del mundo. Pero no el mejor entrenador de fútbol infantil.

No.

El mejor entrenador de fútbol de adultos: Jochen Habermas. Ganador de tres Champions League con tres equipos distintos en tres años consecutivos.

El único que lo ha logrado.

Después de aquella hazaña, se retiró y dijo que nunca más volvería a entrenar.

Hubo quien pensó que ya no tenía ningún aliciente. Se aburría de ganar.

Otros, que se retiró por problemas personales. Habermas es el ídolo de Felipe y Alicia.

Nos contaron que Habermas vivía en un barco, y que iba a todas partes en él, y se negaba a ir a hoteles.

Y que odiaba los ordenadores y lo apuntaba todo en libretas, y que todos los días de su vida veía por lo menos cinco o seis partidos de fútbol.

El caso es que, después de dos años retirado, volvió de la forma más inesperada.

¡Para entrenar un equipo de niños!



O más bien, para formar el mejor equipo de la historia del fútbol. Fichado por Dream con un contrato millonario, según decían, y era el propio Habermas en persona quien se llevó a Luccien a tirones ese día de la playa.

Todos nos quedamos callados sin saber qué decir. No hay ningún equipo parecido al Cronos. Simplemente, son los mejores.

Han ganado todos los partidos que han jugado. Todos.

Y ahora estaban aquí. En Benidorm.



Para jugar nuestro torneo. EITIFIB.

YouTube está lleno de vídeos del Cronos.

En uno de los vídeos, en un partido contra el Sao Paulo, se les ve dando setenta y tres pases seguidos antes de marcar un gol.

¡Setenta y tres!

También tienen el récord de posesión de balón en un partido de infantiles: 95%.

Eso quiere decir que de los cuarenta minutos en los que el balón estuvo en juego, ellos lo tuvieron 38, y los rivales, 2 minutos.

—Probablemente, nosotras tendríamos menos posesión si nos tocara jugar contra ellos —suspiró Angustias.

—¿Os imagináis que nos toca jugar con ellos? —dijo Camuñas.

—A mí una vez me llamaron para hacer una prueba con el Cronos —dijo Toni.

—¿Ah, sí? —dijo Tomeo.

—¿Y quién te llamó? ¿Algún entrenador del Cronos? —preguntó Helena.

—¿O uno de esos ojeadores que van por todo el mundo? —preguntó Anita, interesada.

—Bueno —dijo él—, en realidad me llamó un señor que está casado con una amiga de mi madre, y que sabía que estaban haciendo pruebas en el

estadio de la Comunidad, y me dijo que tenía mucho interés en que yo fuera.

—Vamos, que fue un amigo de tu madre…

—Sí, bueno, pero tenía mucho interés…

—Sí, seguro. Van a echar a Luccien para ficharte a ti —dijo Camuñas, y todos nos reímos.

Toni miró a Camuñas como sí le fuera a pegar un empujón o algo peor, pero en ese momento apareció el padre de Camuñas en la playa. Y dijo:

—Han desaparecido las maletas.



Alguien se había llevado nuestras maletas, con todas nuestras cosas personales y, lo que es más grave, ¡con las equipaciones de fútbol!

Las camisetas, los pantalones, las botas… Todo había desaparecido.

—Seguro que ha sido un error —dijo Alicia.

—No sé yo —dijo mi madre—. Hay mucho mangante suelto ahí.

Nos reunimos todos en el vestíbulo del hotel, y Quique, el padre de Camuñas, explicó que mientras nosotros habíamos bajado a la playa, él se había encargado de guardar todas las maletas en la consigna del hotel.

—¿Pero las dejaste en la consigna? —preguntó mi madre, como si eso fuera el peor error del mundo.

—Mujer, ¿dónde quieres que las deje? —se defendió él—. Como teníais tanta prisa por ir a la playa…

—Entonces el hotel tendrá que hacerse responsable —protestó Felipe.

—Exacto —dijo mi madre.

—Los del hotel dicen que seguramente lo que ha pasado es que las han subido por error a un autobús que iba al aeropuerto con otros huéspedes —explicó.



—Total —dijo Alicia—, que de momento estamos sin maletas y sin equipaciones y sin nada, y mañana tenemos que jugar el primer partido.

—Esa es un poco la cosa —dijo Quique.

—¿Y qué hacemos ahora? —preguntó Alicia.

—Pues, de momento, ir al sorteo del torneo, que empieza en diez minutos.

Aquello salvó al padre de Camuñas, porque mi madre ya estaba con la cara que pone cuando va a tener bronca con mi padre.

Los mayores decidieron que mientras mi madre y el padre de Camuñas iban a una tienda de deportes a comprar uniformes para el primer partido, por si acaso, Felipe y Alicia nos acompañarían al sorteo.



El sorteo se celebraba en el Gran Hotel de Benidorm, en el salón de actos, y casi llegamos tarde porque a Gervasio, que es el conductor del autobús, se le había estropeado el navegador y nos perdimos.

Pero llegamos, que es lo que cuenta. Y allí estaba todo el mundo.

Los organizadores del torneo. Los patrocinadores.

Algunos políticos de la zona, a los que se les notaba que eran políticos porque eran los que más sonreían.

Había un montón de periodistas haciendo fotos a los participantes en el torneo, sobre todo a los del Cronos.

Allí estaban los jugadores de todos los equipos.

Los conocíamos a todos, pero aun así era increíble verlos allí. Estaban los italianos del Inter de Milán, con su chándal negro y azul.

El Inter de Milán es uno de los clubes más importantes de la historia del fútbol. Ha sido campeón de Europa tres veces y campeón de Italia dieciocho veces.

Que ya son veces.

Los que estaban allí no eran los mayores, eran los del equipo infantil. Pero aun así, eran el lnter de Milán.

—¡Son muy elegantes! —dijo Camuñas.

Las chicas le dieron la razón.

—Estás muy raro —dijo Tomeo—. Ahora todos los rivales te parecen guapos… o elegantes… No sé qué te pasa. Además, su uniforme es muy parecido al nuestro.

—Es parecido pero no es igual —dijo Camuñas.

—Los italianos son muy guapos y muy elegantes, lo sabe todo el mundo —añadió Helena.

—Bueno, bueno, cuidadín con ellos. Nosotros, a centrarnos en el fútbol, eh —cortó Felipe, al que seguro que le molestaban las miradas que le estaba echando el entrenador del Inter a Alicia desde su butaca.

También estaba el equipo campeón de África, el Strekker de Johannesburgo, que tiene a dos delanteros enormes, los hermanos gemelos Musala, a los que llaman los leones de Pilanesberg.

Cuando los vi, no podía creerme que tuvieran once años.

—¡Pero si nos sacan cabeza y media a todos! —dijo Camuñas—. ¡Parece que tienen dieciocho!

—Esos se afeitan ya, te lo digo yo —siguió Toni.

Detrás de ellos estaban sentados los del Huang Shi, de China. En ese equipo Juegan Li Han y Mao Ye, que son las dos extremos más rápidas del mundo, y que no paraban de moverse en los asientos hasta que llegó su entrenadora y les llamó la atención, y el San Esteban de Argentina, con los defensas más duros que hay: Erice y Quintana. Dicen que han lesionado a más gente a su edad que muchos profesionales en toda su carrera.

Aunque yo creo que es mentira y que son solo rumores para asustar a los rivales.

No parecían tan malos ni tan duros vistos de cerca, la verdad. Estaban haciendo bromas entre ellos mientras hablaban con las chicas del Huang Shi, que son bastante guapas.

Supongo que para verles dar patadas habría que esperar a los partidos.

Los que estaban más cerca de donde estábamos sentados nosotros eran los portugueses del Rías Boas.

También estaba el equipo local, el Colci de Benidorm, que iba invitado, como nosotros. Pero la atención de todos, hasta los del mismo Colci, estaba centrada en un equipo que era mucho más famoso que todos los demás juntos.

El Cronos.



El mejor equipo infantil del mundo. No nos lo podíamos creer.

—Hace dos días estaba jugando con Luccien en la Dream, y ahora mírale, ahí está —dijo Ocho.

Detrás de ellos estaban sentados los del Huang Shi, de China. En ese equipo Juegan Li Han y Mao Ye, que son las dos extremos más rápidas del mundo, y que no paraban de moverse en los asientos hasta que llegó su entrenadora y les llamó la atención.

Y el San Esteban de Argentina, con los defensas más duros que hay: Erice y Quintana. Dicen que han lesionado a más gente a su edad que muchos profesionales en toda su carrera.

Aunque yo creo que es mentira y que son solo rumores para asustar a los rivales.

No parecían tan malos ni tan duros vistos de cerca, la verdad. Estaban haciendo bromas entre ellos mientras hablaban con las chicas del Huang Shi, que son bastante guapas.

Supongo que para verles dar patadas habría que esperar a los partidos.

Los que estaban más cerca de donde estábamos sentados nosotros eran los portugueses del Rías Boas.

También estaba el equipo local, el Colci de Benidorm, que iba invitado, como nosotros. Pero la atención de todos, hasta los del mismo Colci, estaba centrada en un equipo que era mucho más famoso que todos los demás juntos.

El Cronos.

El mejor equipo infantil del mundo. No nos lo podíamos creer.

—Hace dos días estaba jugando con Luccien en la Dream, y ahora mírale, ahí está —dijo Ocho.

—Es el mejor del mundo… —dijo Camuñas.

—Sí, sí, y el más guapo, ya lo sabemos, no hace falta que lo repitas —dijo Tomeo.

—Pamplinas —dije yo esperando que se callaran. Pero nadie me hizo caso.

—¿Qué te dijo Luccien, Helena? —preguntó Anita.

—Es muy simpático. Me preguntó cómo había sido nuestro viaje, y también me dijo que le encantaba Benidorm —explicó mientras saludaba con la mano al mismo Luccien en persona.

—Claro, le encanta Benidorm como a todos los guiris —dijo Angustias.



—¿Es verdad que viajan en un avión privado? —preguntó Marilyn.

—¿Y qué les dan de comer todo lo que pidan, sea la hora que sea? —siguió Torneo.

—¿Y que tienen clases particulares para jugar a la Dream? —preguntó Camuñas.

—Silencio, que va a empezar el sorteo —dijo Alicia.

En mitad del escenario había una urna con ocho bolas, y junto a ella estaban el alcalde de Benidorm y una chica muy guapa que es una actriz que sale en una serie de televisión y que también es de Benidorm.

Los dos sonreían mucho y decían que todo era muy emocionante y que estaban superemocionados.

—Estamos muy emocionados —dijo la chica.

Pero el caso es que no sacaban las bolas.

Después soltaron un discurso sobre lo bonito que es Benidorm, y que es la mayor ciudad turística de España y del mundo, y que la visitan millones de personas cada año. Y que las playas son las mejores…

Y otra vez que estaban superemocionados y que qué emocionante era el momento…

Pero seguían sin sacar las bolas.

Yo creo que lo hacían a propósito para ponernos a todos todavía más nerviosos de lo que estábamos.

—¿Va a haber sorteo o no va a haber sorteo? Porque a mí ya me está entrando el hambre —dijo Torneo.

Y cuando dijeron por tercera vez lo superemocionados que estaban…

… por fin empezaron a caer las bolas.

La actriz cogió una y le dio la vuelta. Tenía una cámara cerca, así que cuando la acercó se vio bien grande en una pantalla gigante.

El nombre que ponía era Soto Alto.

—Soto Alto —dijo la chica.

Hubo un murmullo (y algunas risas) y todos nos revolvimos en nuestros asientos.

—Eso es porque todos los equipos quieren que les toque con nosotros —dijo Angustias.

—Pues a ver si luego se tienen que tragar las bromas —respondió Toni.

—Sí, seguro —dije yo. Aunque lo dije en voz baja.

Mientras hablábamos, cayó la siguiente bola. Nuestro rival.

El primer partido lo jugaríamos contra un equipo que había sido campeón de Europa. Y del mundo.



—¡El Inter de Milán! —dijo la chica sobre el escenario.

Felipe y Alicia se quedaron quietos, sin mover ni un músculo de la cara.

Nosotros tampoco nos movimos. Los del Inter parecían contentísimos.

Sonreían y nos miraban como diciendo: «Os vais a enterar».

—Yo quiero irme a casa —dijo Angustias.

—Lo que cuenta no es ganar o perder —dijo Felipe—. Aquí hemos venido a pasarlo bien y a aprender y disfrutar de la experiencia.

Pero no lo dijo muy convencido.

—Eso lo dirás por ti —dijo Toni—. Aquí todos han venido a ganar el torneo.

Es verdad que, mirando a los del lnter, no parecía que hubieran venido a disfrutar de la experiencia.

Más bien parecía que tenían ganas de meternos una goleada, y supongo que no sería muy difícil que lo hicieran.

Mientras discutíamos iban sacando el resto de las bolas, y a cada nombre que salía, había murmullos y aplausos.

Los demás partidos quedaron así:

Cronos - Huang Shi. Rias Boas - Strekker. Colci - San Esteban.

Y, como ya he dicho antes:

Internazionale de Milán - Soto Alto.

Nos había tocado en primera ronda el lnter de Milán. El torneo era a eliminatoria directa.

El que gana pasa a la siguiente ronda. Y el que pierde está fuera.

—Nos tocara quien nos tocara, nos íbamos a ir para casa; por lo menos, así podremos decir que hemos jugado contra el lnter de Milán —dijo Anita.



—Eso es verdad —dijo Camuñas intentando darse ánimos—. Son tan elegantes…

—Y tan buenos… —dijo Ocho.

—Y tan altos… —dijo Marilyn.

—Ya basta —dijo Helena—. Una cosa es que nos ganen, y otra que les regalemos el partido.

—Exacto —dije yo—. Lo más probable es que nos ganen, incluso que nos metan una goleada. Puede que hasta sea una goleada histórica y de escándalo, pero no les vamos a regalar el partido.

—Muy bien dicho, Pakete —dijo Alicia—. Somos un equipo pequeño, pero tenemos una oportunidad de demostrar al mundo que no siempre ganan

los poderosos.

Todos nos empezamos a dar ánimos y a decir que íbamos a luchar, y que teníamos que intentarlo.

—Pero si ni siquiera tenemos camisetas, ni botas —dijo Angustias.

—Eso es verdad —dijo Felipe—, pero tenemos algo mucho más importante…

Todos le miramos. ¿Qué tenemos? ¿Dignidad? ¿Orgullo?

¿Espíritu de equipo?

—Tenemos… dos entrenadores, y ellos solo tienen uno —dijo Felipe, y empezó a reírse.



—¿QUÉ-ES-ESO? —preguntó Toni señalando lo que el padre de Camuñas tenía en las manos.

Era una camiseta blanca con un dibujo de una palmera en la que ponía: «*I love Benidorm*»,

—Es lo único que tenían de vuestra talla —dijo mi madre.

—Y además estaban de oferta —añadió Quique.

Probablemente era una de las camisetas más feas y horteras que yo había visto en mi vida.

—Muy bonita —dijo Alicia—, pero aparte de eso, ¿habéis comprado las equipaciones de fútbol?

Mi madre y el padre de Camuñas se miraron sin entender.

—Estas son las equipaciones de fútbol —dijo mi madre. ¿¡Qué!?

No solo eran horribles.

Además había otro detalle: ¡ni siquiera eran camisetas de fútbol!

—¡Pero si son camisetas para los guiris! —dijo Marilyn.

—Si ya sabía yo que no teníamos que haber venido —dijo Angustias.

—Van a juego con estos pantalones —añadió Quique, y sacó de la bolsa unos bañadores amarillos con lunares negros.

Todos nos quedamos en silencio.



—Perdonad que os moleste. Sé que lo habéis hecho con la mejor voluntad —dijo Felipe—, pero aparte de que sean feos como un demonio, no son camisetas ni pantalones de fútbol. Son bañadores y camisetas turísticas.

—A mí las camisetas no me parecen tan feas —dijo Camuñas. Pero yo creo que nadie le oyó.

—Una cosa es que hagamos el ridículo jugando —dijo Toni—, pero con esto vamos a hacer el ridículo antes de jugar.

—A lo mejor así no se fijan en lo mal que jugamos —dijo Anita.

—Ay, madre —dijo Angustias, y emitió un suspiro.

—Por una vez, estoy de acuerdo con Felipe —dijo Alicia—. Por supuesto que lo más importante no son las equipaciones… Pero con eso no podemos jugar.

Y todos empezamos a hablar al mismo tiempo. Que aquello era un desastre.

Que se iban a reír de nosotros.

Que no era serio presentarse a un partido contra el Inter de Milán con esas pintas…

Y entonces alguien dijo:

—¡Ya está bien de tonterías!

Nos quedamos callados.

Y miramos a la persona que había pegado ese grito: mi madre.

—¿Se puede saber qué os pasa? —preguntó mi madre—. Estáis de viaje con vuestros amigos, os hemos traído a la playa, vais a jugar uno de los torneos de fútbol infantil más importantes del mundo, ¿y lo único que os importa son las camisetas?

—Y los bañadores —dijo Tomeo.

—Ni bañadores ni camisetas ni nada —dijo mi madre—. La verdad es que no sé si os merecéis estar aquí. ¿Vosotros sabéis lo mucho que ha costado apuntaros a este torneo y que os admitan? ¿Os imagináis la cantidad de niños y niñas de todo el mundo que estarían felices de estar aquí en vuestro lugar? y lo más importante: ¿os vais a portar como unos niñitos consentidos, o vais a aprovechar la oportunidad que os estamos dando y vais a jugar al fútbol como un equipo de verdad sin importaros si la camiseta que lleváis es más o menos bonita?



De repente, mi madre parecía otra persona. Alguien que sabía muy bien lo que estaba diciendo.

Nos miramos entre nosotros.

—Tienes razón, Juana, perdona —dijo Helena.

—Es verdad —dijo Anita—. ¿Qué importan unas camisetas y unos bañadores?

Sí, sí, todos asentimos. Tenía toda la razón.

—Y además, otra cosa os digo —añadió Quique muy orgulloso—, que los bañadores estaban en oferta, y hemos conseguido un precio buenísimo por todo el lote, que también eso es importante.

Nos dimos un abrazo y prometimos que a partir de ese momento dejaríamos de preocuparnos por tonterías y aprovecharíamos el viaje de verdad.

—Muy bien —dijo Toni—, todo esto es muy bonito, pero ¿alguien ha comprado botas de fútbol? ¿O vamos a jugar en chanclas?

Tenía razón.

En las maletas perdidas no solo estaban las camisetas y pantalones, también las botas, y cualquiera sabe que sin botas no se puede jugar.

—Pues mira, me alegra que hagas esa pregunta —dijo Quique.

—A mí también —dijo mi madre.

Los dos se miraron.

—Porque, de momento, botas no tenemos —dijo Quique—. Ahora bien, ¿eso significa que vais a jugar descalzos? No. ¿Significa que nos vamos a gastar un dineral en botas nuevas para todos? Eso sería lo fácil, pero no. ¿Que si tengo la solución ahora mismo? Pues para ser sincero, no. ¿Que la tendremos mañana antes del partido? Por supuesto.

¿Eh?

¿Qué había querido decir el padre de Camuñas?

—En resumen, que no tenemos botas ni sabemos si las vamos a tener —dijo Angustias, y suspiró.



Eran las botas de fútbol más increíbles que he visto en mi vida. No sé si eran de fibra de carbono como los trajes de los astronautas, pero desde luego lo parecían.

Tenían varias capas de distintos colores superpuestos, y unas suelas acolchadas especiales que cuando te las ponías parecía que estabas corriendo sobre almohadones.

No sé explicarlo.

Sencillamente, eran las mejores botas de fútbol del mundo, y tenían una inscripción enorme en la que ponía DREAM.

—Es honor por nosotros regalar estas zapatillas al equipo Soto Alto —dijo delante de todos, hablando en español pero con acento de Suecia. Griselda Günarsson era la relaciones públicas de la Compañía Dream Cronos.

Era muy rubia y un poco gordita.

Iba vestida con un traje de chaqueta y falda.

Y después nos entregaron unas botas de fútbol Dream nuevecitas a cada uno.

—¿Y esto es gratis? —preguntó mi madre por lo bajo a Quique.

—Pues claro, mujer. Nos hacemos unas fotos con ellos y santas pascuas —dijo él—. Si son muy majos…

—Mucho ojito —respondió mi madre—, que no hemos venido aquí a hacer publicidad a nadie. Lo de las botas, pase, pero ni una más, ¿estamos?



—Estamos —dijo el padre de Camuñas, y acto seguido le dio la mano a la señora Günarsson y los periodistas les hicieron fotos, y luego también nos hicieron un montón de fotos a nosotros, que sonreíamos con cara de tontos mientras nos daban las botas.

—Son alucinantes —dijo Tomeo.

—A mí me da cosa ensuciarlas —dijo Angustias.

Las botas nos las iban dando los propios jugadores del Cronos. Nos colocaron por parejas.

Uno del Cronos con uno del Soto Alto. El del Cronos nos daba las botas y nosotros teníamos que sonreír, mientras nos hacían fotos.

A mí me costó mucho sonreír.

La chica que me dio las botas era una niña turca que habían fichado este año y que se llamaba Nihal.

Era muy morena y tenía los ojos muy oscuros, y me miraba como si fuera a darme un empujón en lugar de regalarme unas botas.

Bueno, las botas no me las regalaba ella. Pero de todas formas, me las tenía que entregar.

—Toma, botas Dream para jugar fútbol, no para correr en playa —dijo muy seria.

—Ya, ya —dije yo, también muy serio.

—Era broma —dijo Nihal.

—Ah, perdona, no lo había pillado —respondí, y me puse un poco colorado.

Así que salí rojo como un tomate en las fotos, mientras la turca sonreía a las cámaras como si hubiera hecho eso un millón de veces.

—Pero sonríe, hombre, sonríe —me dijo uno de los fotógrafos, y yo de verdad que lo intenté, pero solo me salía una mueca con la boca apretada.

Con nosotros acabaron enseguida, y luego siguieron con las otras parejas.

No sé si por casualidad o no, a Helena le tocó con Luccien, y fue el momento en el que más *flashes* de fotos y más murmullos hubo. A los fotógrafos les parecían «una pareja encantadora».

—Son monísimos los dos —dijo uno.

—Qué buena pareja hacen —dijo otro.

Y venga a hacerles fotos y más fotos.

Y como Luccien estaba muy acostumbrado a eso de las cámaras y se maneja muy bien en actos públicos, se arrancó y le dio un beso a Helena en la mejilla.

Todo el mundo se puso a aplaudir, y los *flashes* de las cámaras casi nos cegaban.

Camuñas pasó a mi lado y me dijo:

—Son la pareja perfecta.

Y después se puso a aplaudir con ganas. Entonces crucé una mirada con Toni.

Él también los miraba con mala cara.

Parecía que a Toni tampoco le caía muy bien Luccien. Creo que era la primera vez que teníamos algo en común, y ahí estuvimos hasta que los fotógrafos se cansaron.

El caso es que ya teníamos equipación para jugar.

Las camisetas de «*I love Benidorm*».

Los bañadores amarillos con lunares negros, y las botas supersónicas Dream.

Ahora solo teníamos que esperar a que llegase la hora de nuestro partido.



Esa noche soñé que jugábamos con el Inter de Milán, y que ganábamos el partido.

Ya sé que solo era un sueño.

Pero fue buenísimo.

Yo metía el gol decisivo en el último minuto. Y todos me sacaban a hombros del campo. Me desperté con muchas ganas de jugar.

Salí de la cama y vi que Camuñas, que era mi compañero de cuarto, estaba durmiendo.

Le iba a llamar y entonces vi la hora en el despertador: las 6:15.

Me había despertado muy temprano. Demasiado.

Pero ya no tenía ganas de volver a acostarme. Así que me vestí para irme a desayunar al bufé.

Una de las cosas que más me gustan de los hoteles grandes son los bufés.

Hay un millón de cosas para comer y puedes repetir todas las veces que quieras, y nadie te dice que te acabes los platos. Puedes dejarlo a medias y coger otra cosa.

Me encantaría desayunar en un bufé todas las mañanas de mi vida.

—¿Vienes a desayunar? —le pregunté a Camuñas antes de salir. Pero él ni contestó. Seguía dormido.

Así que le dejé allí y me fui yo solo.

Subí a la última planta y llegué a la puerta del restaurante. El bufé de desayuno estaba todavía cerrado. Abría a las 7. Pero como no tenía nada que hacer, decidí esperar.

Me senté en un butacón enorme que había junto a la puerta y me puse a pensar en el partido.

En ese momento, oí algo que me llamó la atención.

—¡No estoy segura!

—Pero ¿por qué?

Las voces me resultaban conocidas.

Me levanté y giré por una esquina hasta que los vi al fondo, en una pequeña terraza que daba al mar.

Estaban los dos solos, y parecía que estaban discutiendo. Eran Felipe y Alicia.

Ya sé que no hay que espiar a los mayores ni hay que espiar a nadie.

Pero es que yo no tenía nada que hacer.

Así que me pegué a la pared y escuché lo que estaban hablando.

—No podemos hacerlo sin decírselo antes —decía Alicia—. Tenemos una responsabilidad con el equipo.

—Pero es que están muy ilusionados. ¡Han trabajado tanto para que todo saliera perfecto…! Tenemos que aprovechar la oportunidad. Hay que hacerlo ya —le respondió Felipe.

—Si lo hacemos y se enteran, van a llevarse una decepción.

—Es un montón de dinero. Por una vez, piensa en nosotros.

Después de decir eso, se alejaron por la terraza y dejé de oír lo que decían.

¿De qué estaban hablando?

¿Qué era lo que les daba tanto miedo hacer?

¿Por qué tenían miedo a decepcionarnos si lo hacían? ¿De qué dinero hablaban?

¿Se habían metido en un lío?

No sabía de qué iba todo aquello.

Ante tantas preguntas, solo se me ocurrió una cosa.

Bajé a despertar a Camuñas y le conté lo que había oído.

—¿Pero de qué hablas? —me preguntó él.

—Pues de Alicia y Felipe. Estaban los dos solos hablando a escondidas, y decían algo de aprovechar una oportunidad, y de dinero y más cosas que no entendí.

—¿Y…?

—No sé qué le ves de raro.

A veces Camuñas no se quiere enterar de las cosas.

—Todo —insistí—. A ver, ¿por qué estaban los dos solos hablando tan temprano en ese sitio? ¿A qué dinero se referían?



Camuñas me miró de arriba abajo y me dijo muy tranquilamente:

—Mira, Pakete, yo creo que ves cosas raras por todas partes. Una cosa es lo que nos pasó con los árbitros dormidos, pero no siempre hay casos extraños para investigar. Alicia y Felipe son novios, ¿no? Pues estarían hablando de sus cosas.

Le iba a contestar a Camuñas, pero no tenía respuesta. Así que lo pensé mejor y le dije:

—¿Vamos a desayunar?

Camuñas sonrió.

—Ahí le has dado —dijo.



Todos los partidos del torneo se jugaban al aire libre. En el complejo deportivo Benidorm Arena.

Nuestro partido se jugaba por la tarde.

Así que por la mañana pudimos ver jugar a los otros equipos. En la primera eliminatoria se estrenó el Cronos contra los chinos del Huang Shi.

Esto es lo que pasó en la primera jugada del torneo. Luccien tocó para Nihal, y ella la echó atrás, a su defensa.

El defensa la enganchó sin dejar que el balón tocara el suelo, y pegó un zambombazo impresionante.

El balón hizo un arco en el que subió y subió al principio, y después bajó de repente. Lo que se llama una folha seca. El balón entró en la portería del Huang Shi.

1-0 para el Cronos.

Tiempo transcurrido: cuatro segundos. ¡Increíble!

Era como ver un partido de la videoconsola, pero en directo. Los chinos estaban muy bien organizados y además tenían a Li Han y Mao Ve, las dos extremos superrápidas.

Eran los campeones de Asia y daba gusto verlos jugar.

—Se pasan el balón tan rápido que ni lo ves —decía Felipe, admirado.

Pero aun así no pudieron hacer nada. Jugaban contra el Cronos.

El resultado fue 4-0 para el Cronos… en la primera parte. Luccien metió tres de los cuatro goles.

El último, justo antes del descanso, fue uno de los mejores que he visto en mi vida.

El lateral derecho, Mikkelsen, le hizo un sombrero al lateral chino, y después centró balón sin mirar, y Luccien, desde fuera del área, le pegó de chilena.

Yo no sé cómo saltó, porque el balón iba altísimo, pero el caso es que llegó.

El balón voló directo hacia la portería como un obús y entró por la escuadra.

Todo el mundo se volvió loco. Los comentaristas de la tele, el público, los del banquillo del Cronos…

A uno del banquillo del Huan Shi se le escapó un aplauso. Todo era perfecto.

Luccien se giró hacia donde estábamos nosotros y le dedicó el gol a Helena.

Ella se puso muy nerviosa y le entró la risa. Le había dedicado un gol el mejor futbolista del mundo delante de todos.

—Oye, Helena, una pregunta que te quería hacer —dije.

—¿Sí?

—¿Tú desde cuándo sabes francés?



—Desde hace mucho —dijo ella, como si fuera lo más natural del mundo —. Mis tíos tienen una casa en Biarritz, y todos los veranos voy allí con ellos.

—Ah, no lo sabía.

—No pasa nada, Pakete —me dijo ella sonriendo—. Hay muchas cosas que no sabes, y se puso en pie para aplaudir a Luccien y a los del Cronos, que volvían al campo para jugar la segunda parte.

Yo ya tenía bastante con aquello, así que me fui de allí.

Pasé delante de Felipe y Alicia, que parecían muy tranquilos y ahora no hablaban de cosas extrañas.

Me quedé en una esquina del campo, solo, pensando en mis cosas. No tenía ganas de oír a Helena y Marilyn y Camuñas, y todos aplaudiendo y diciendo lo buenos que eran Luccien y los del Cronos.

En la segunda parte, los del Cronos se relajaron un poco, pero incluso así metieron otros tres goles.

Resultado final:

Cronos, 7 - Huang Shi, 0.

Felipe y Alicia se quedaron con la boca abierta cuando el entrenador Habermas les echó la bronca a sus jugadores al final del partido en vez de felicitarlos. Parecía un sargento más que un entrenador de fútbol, y gritaba tanto que, cada vez que hablaba, echaba escupitajos y los chicos tenían que apartarse.

Según él, no se puede bajar la intensidad aunque se vaya ganando. Siempre hay que dar el cien por cien de rendimiento.

—Como si fueran tractores en vez de niños jugando al fútbol —dijo mi madre.

Los del Cronos habían ganado por siete a cero y salieron de allí casi llorando.

Excepto cuando les pusieron una cámara cerca para hacerles una entrevista. Entonces sonrieron otra vez.

Después jugaron los portugueses del Rías Boas contra los sudafricanos del Strekker. Fue un partido muy táctico, como dicen los periodistas.

Vamos, que fue un rollo.

—Yo no entiendo cómo juegan tan conservador con esos leones que tienen —dijo el padre de Camuñas.

La verdad es que daba un poco de cosa ver a los hermanos Musala, con lo enormes y lo buenos que eran, encerrados atrás, defendiendo, en vez de atacar.

Porque cada vez que cogían un balón, era como una estampida. La gente en la grada se ponía a rugir, y los Musala se lo llevaban todo por delante.

Entonces pasó una cosa increíble.

En un córner, uno de los portugueses, Marcelinho, saltó con Ibrahim Musala, que era el más grande de los dos gemelos.

Marcelinho era el más bajito de los portugueses. Tan bajito que le llamaban Lentejita.

Los dos chocaron en el aire, y la gente se llevó las manos a la cabeza temiéndose que Lentejita saliera lesionado, o algo peor.

Pero Lentejita era muy listo y colocó su cadera justo bajo la de Musala, y este perdió el equilibrio y salió despedido.

Lentejita cayó de pie y siguió jugando como si nada.

Y Musala se pegó una costalada contra el suelo, y dio cuatro o cinco vueltas al caer.

Desde entonces, los Musala parecieron menos fieros y los portugueses atacaron un poco más.

Pero aun así, el partido acabó empate a cero. En los penaltis, ganaron los portugueses.

El portero Teixeira es buenísimo y dicen que lo va a fichar un equipo importante, o incluso el mismísimo Cronos, y paró tres penaltis.

Los sudafricanos se tiraron al suelo y empezaron a llorar, y lloraron tanto que contagiaron a todos los que había allí, y lloraron las madres, y luego las

madres de los portugueses también lloraban, al principio de alegría y luego de pena al ver a los sudafricanos tan tristes.

Y se abrazaron y siguieron llorando, y allí lloraba tanta gente que aquello parecía un culebrón.

Así terminó la mañana.

Por la tarde debutábamos nosotros. y pasaron cosas muy, muy raras.





Los equipos anfitriones suelen hacer casi siempre buen papel en sus torneos.

Inglaterra ganó su mundial, y Francia, y Argentina, y también Italia y Alemania (la primera vez). Hasta Uruguay.

España no. Lo ganamos después, aunque eso ahora no tiene nada que ver.

Pero a lo que voy: cuando un equipo juega en casa, casi siempre suele hacer un buen papel.

Incluso Corea del Sur llegó a semifinales en el mundial que jugaron en su país.

El anfitrión de nuestro torneo era el Colci de Benidorm, y jugaban el primer partido contra los argentinos del San Esteban, que eran los campeones infantiles de América del Sur.

El ganador de este partido sería nuestro rival en semifinales. Eso suponiendo que nosotros ganásemos al Inter.

Lo cual, si estuviera aquí mi profesor de matemáticas, el Tábano, diría que era una posibilidad entre un millón.

El Colci es un buen equipo, pero no es campeón de nada, y juegan el torneo porque son de Benidorm y el anfitrión juega siempre.

Pero el caso es que, aunque nadie apostaba por ellos, jugaron un partido buenísimo. Tenían muchísimas ganas, y se notaba que llevaban tiempo entrenando, y peleaban cada balón como si fuera el más importante.

Y además tenían algo muy importante que no tenía nadie más: el apoyo del público, que no paraba de gritar y de animar y le metía muchísima presión a los argentinos cada vez que cogían el balón.

Había una peña local, Paellas Colci, que había acudido al campo con paelleras vacías, y las golpeaban con el cazo.

Sin parar.

Durante todo el partido.

Más de cincuenta paelleras sonando al mismo tiempo hacen mucho, mucho ruido.

Justo antes del descanso, en un contraataque muy rápido, el balón le llegó al delantero centro del Colci, Pacheco, y este fusiló al portero del San Esteban.

Los de las paelleras se volvieron locos.

Parecía que aquello era la final de la Champions.

Después del descanso, los argentinos parecían asustados, por el ruido, por los gritos y, por supuesto, por las paelleras. Yo creo que no habían visto una cosa así en su vida.

La verdad es que yo tampoco.

Parecía que lo más importante del partido estaba ocurriendo en la grada, y no en el campo.

Ningún equipo volvió a meter gol.

Así que el equipo local, sin hacer grandes cosas, ganó el partido por uno a cero.

Yo di ría que el resultado fue:

Paelleras de Benidorm, 1 - San Esteban de Argentina, 0.



El Colci, el equipo local, había eliminado a uno de los favoritos, los campeones de Sudamérica.

Todo el mundo se puso como loco, y los de las paelleras saltaron al campo y se pusieron a bailar y a hacer el trenecito en mitad del terreno de juego.

Pero nosotros no teníamos tiempo para eso.

Nuestro partido estaba a punto de empezar.



Nuestro partido se retrasó hasta que los de las paelleras y el resto de la gente salíeron del campo.

Estaban celebrando el triunfo del Colci, y sinceramente, nuestro partido con el Inter yo creo que les daba igual.

Al final tuvo que intervenir la policía municipal de Benidorm para retirar a los últimos, que eran los de la peña de las paellas, claro.

Por fin salimos al campo, y entonces nos dimos cuenta realmente de lo grande que era. El Benidorm Arena era el campo más grande en el que habíamos jugado nunca.

Además tenía unas gradas enormes, y parecía que tenías al público encima.

La verdad es que imponía jugar allí. y más con el Inter de Milán.

Yo miré a Camuñas y a los demás, que parecían tan asustados como yo.

Angustias resumió lo que estábamos pensando todos en dos palabras:

—Ay, madre.

Íbamos con nuestras camisetas y nuestros bañadores de guiris. y aunque no lo parecía, con esa pinta que llevábamos, era un momento histórico para nosotros.

Íbamos a jugar el partido más importante de la historia de Soto Alto.

Entonces sucedió algo muy extraño.

Me agaché para atarme otra vez las botas que nos habían regalado, que me estaban un poco grandes, y al levantarme, nos miramos los unos a los otros, con esas camisetas ridículas.

Miré a Camuñas… y empecé a reírme.

Él me miró como sí me hubiera vuelto loco.

Pero después, al ver la cara que se le había quedado a Tomeo y la pinta que tenía con la camiseta, que encima le estaba pequeña y se le salían los michelines, también empezó a reírse, y así, uno a uno, todos empezamos a reírnos.

Era una imagen muy curiosa:

En un lado del campo, el Inter de Milán. Perfectamente vestidos, alineados, y muy serios y concentrados.

Y en el otro lado, siete niños y niñas con bañadores y camisetas de mercadillo barato, riéndose sin parar.

El árbitro nos llamó la atención.

—¿Empezamos a jugar o nos ponemos a contar chistes, señores? —dijo.

Por fin empezó el partido, y ocurrieron dos cosas que nadie se esperaba. Ni siquiera nosotros mismos.



Lo primero que pasó es que los de las paelleras, que aún no se habían ido, vieron nuestras camisetas de «*I love Benidorm*» y les hizo mucha gracia, así que se quedaron a animarnos.

—¡Vamos, chavales!

—¡A mojarles la oreja a los italianos!, y venga a golpear las paelleras una y otra vez.

Sin esperarlo, teníamos al público de nuestra parte. Y totalmente entregados.

La segunda cosa que ocurrió fue que los dos delanteros del Inter nos robaron el balón nada más sacar de centro, hicieron una pared perfecta hasta nuestra área, se plantaron solos delante de Camuñas … y nos metieron un gol casi antes de que pudiéramos enterarnos.

¡Gol del lnter!

No había sido tan rápido como el del Cronos. Habían tardado siete segundos.

¡Siete segundos y ya íbamos perdiendo por uno a cero! La cosa no pintaba muy bien.

Inter de Milán, 1 - Soto Alto, 0.

Aunque al menos teníamos a los de las paelleras de nuestra parte.

—En realidad nos animan porque si ganamos tendríamos que jugar contra ellos, y saben que contra nosotros va a ser más fácil llegar a la final —dijo

Angustias.

—Y qué más da por qué. El caso es que nos animan —dijo Marilyn.

—Exacto —dijo Helena—. Tenemos que estar más concentrados, vamos a jugar, esto va en serio.

Felipe y Alicia hacían gestos desde la banda.

—No pasa nada, vamos —dijo Alicia.

—¡No perdáis la posición! —gritó Felipe—. Podemos aguantar.

Los italianos eran tremendos.

El mejor equipo contra el que habíamos jugado, y posiblemente el mejor contra el que jugaríamos nunca. Sacamos de centro, Toni cogió el balón, pero una jugadora muy chiquitilla del Inter, la número 7, pasó a su lado a toda velocidad y se lo robó.

Sin pensarlo ni medio segundo, montaron un contra ataque rapidísimo, y antes de que pudiéramos reaccionar, ¡zas!

Otro golazo.

¡El segundo gol del lnter!

Camuñas estaba en el suelo lamentándose. Minuto uno y medio de partido. Internazionale de Milán, 2 - Soto Alto, 0.

La cosa no pintaba muy bien.

Mi madre saltó al terreno de juego y dijo:

—¿Qué pasa, se os ha olvidado jugar al fútbol?

El árbitro, al verla, le dijo que hiciera el favor de salir de allí ahora mismo.

—Señora, por favor, salga de aquí —dijo.

Pero mi madre es muy cabezota, y cuando se le mete algo entre ceja y ceja no para.

Sin hacer ni caso al árbitro, nos dijo:

—Entre las risas y las paelleras y las camisetas ridículas, se os ha olvidado que esto es un partido de fútbol, y que tenéis delante al Inter y que van a por todas…

El árbitro se puso muy serio.

—Señora, o sale ahora mismo del terreno de juego, o aviso a la policía.

Desde la banda, Quique le hacía señas a mi madre.

—Vamos, Juana, por el amor de dios —dijo.

Los de las paelleras no paraban de dar golpes y de animar… a mi madre. Por lo visto, también les hizo gracia que una señora estuviera allí en medio dando voces a los jugadores. Se lo pasaban tan bien que cualquier cosa era una buena excusa para armar bulla y golpear las paelleras.

Mi madre hizo un gesto a la grada como diciendo: «Vale, vale». Luego nos miró a nosotros y, antes de irse, dijo:

—Yo ahora me voy a sentar, pero haced el favor de concentraros y jugar al fútbol.

Mientras salía, se cruzó con Felipe en la banda.

—Muchas gracias, Juana, pero para decirles cosas a los chicos durante los partidos ya estamos nosotros, que somos los entrenadores —le dijo él.

—Pamplinas —respondió ella, y sin más, se sentó de nuevo en la grada junto al padre de Camuñas.

Teníamos que sacar de centro por tercera vez en menos de dos minutos.

Nos miramos, y nos pusimos a hacer lo que más nos gusta en el mundo: jugar al fútbol.

Bueno, más o menos. No hacíamos más que correr detrás del balón, porque ellos se la pasaban a toda velocidad.

Pero por lo menos estábamos concentrados en el partido. Tomeo estaba sudando como un pollo.

—Me mareo, Pakete, me mareo. Yo creo que es una bajada de azúcar o algo —dijo medio ahogado—. ¿Alguien me puede traer unos donuts, por favor?

—¡A callar y a correr! —le gritó Marilyn, en plan capitana. Corrimos como en nuestra vida, pero aun así era casi imposible contenerlos.

A medida que pasaban los minutos, los italianos apretaban más y más. Parecía que eran ellos los que iban perdiendo.

Aquello era una auténtica avalancha.

Por lo menos, en los siguientes minutos no metieron más goles. Camuñas despejaba balones a destajo. Tantos, que a ratos hasta parecía un buen portero. Cuanto más fuerte y mejor le tiraban, más balones paraba.

—A lo mejor es que hay que tirarle muy fuerte y no nos habíamos enterado —dijo Toni.

Pero ni con Camuñas en su mejor día bastaba contra el campeón de Italia.

Seguíamos perdiendo por dos a cero. Aquello tenía muy mala pinta.

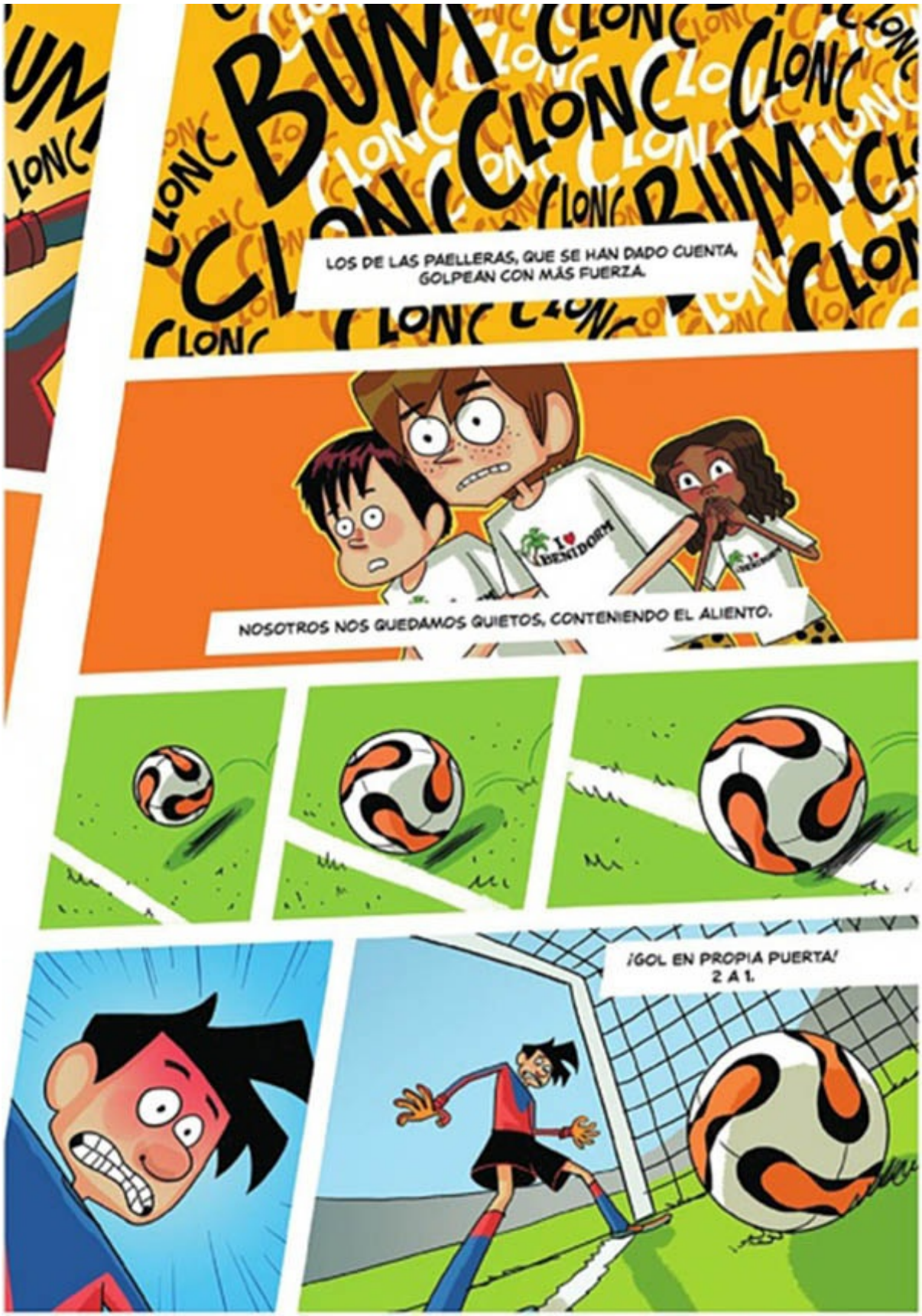
Estaba a punto de acabar la primera parte. y todo cambió de repente.




ÚLTIMO MINUTO DE LA PRIMERA PARTE. SEGUIMOS PERDIENDO POR 2 A 0. EL ÁRBITRO ESTÁ A PUNTO DE PITAR EL DESCANSO.
2L
NTER
LAN
SOTO
ALTO
14
LOS ITALIANOS ESTÁN MAREANDO EL BALÓN, DÁNDOSE PASES ENTRE ELLOS, ESPERANDO TRANQUILAMENTE QUE ACABE EL TIEMPO.
CLONC
BUM
BUM
LOS DE LAS PAELLERAS SE HAN COLOCADO DETRÁS DE LA PORTERÍA DEL INTER Y GOLPEAN CON FUERZA, ARMANDO UN GRAN ESCÁNDALO.
BUM
¡YA VALE! ¡ME DUELE LA CABEZA!
CLONC
BUM
BUM BUM
CLONC


MIENTRAS TANTO, PIRANDELLO LE PASA EL BALÓN A BUONARROTI, EL DEFENSA IZQUIERDO, QUE ECHA EL BALÓN ATRÁS AL PORTERO, SIN MIRAR...
Y SIN SABER QUE GABRIELE, EL PORTERO, NO ESTÁ ATENTO...
CLON
BUM
CLONC
CLONC
BUM
1
¡YA ESTÁ BIEN!
¡¡¡GABRIELE, QUÉ HACES!!!
¡¡GABRIELE, OJO!!
¡CUIDADO!


CLONC CLONC CLONC
PERO GABRIELE NO OYE NADA PORQUE ESTÁ DE ESPALDAS Y LOS GOLPES DE LAS PAELLERAS SON ENSORDECEDORES.
¡¡¡GABRIELE!!!
CLONC CLONC CLONC
POR UN MOMENTO PARECE QUE EL TIEMPO SE DETIENE. EL BALÓN AVANZA MANSAMENTE HACIA LA PORTERÍA. GABRIELE NO SE ENTERA.
CLONC


BUM
CLONC
LOS DE LAS PAELLERAS, QUE SE HAN DADO CUENTA, GOLPEAN CON MÁS FUERZA.
I ♥ BENIDORM
NOSOTROS NOS QUEDAMOS QUIETOS, CONTENIENDO EL ALIENTO.
¡GOL EN PROPIA PUERTA!
2 A 1.



Podíamos volver a Sevilla la Chica con la cabeza bien alta. Le habíamos metido un gol al Inter de Milán.

Bueno, en realidad se lo habían metido ellos mismos. Pero daba igual.

El caso es que era un gol.

Soto Alto llevaba un gol a favor.

Y eso era mucho más de lo que podíamos soñar unos minutos antes.

Mi madre y el padre de Camuñas se volvieron locos en la grada.

El resto de la gente lo celebró casi como si hubiera sido un gol del Colci.

Los de las paelleras gritaban y cantaban y se reían sin parar. Gran parte del gol había sido mérito suyo, y lo sabían.

Así que durante la segunda parte se crecieron. y armaron aún más ruido.

Nosotros aún no habíamos tirado aún a puerta ni una sola vez. Pero eso daba igual.

Perdíamos por dos a uno, y teníamos que luchar con uñas y dientes.

Felipe y Alicia insistieron durante el descanso en que teníamos que defender a muerte.

Solo nos separaba de ellos un gol, y mientras la cosa siguiera así, teníamos una oportunidad. La clave estaba en que no metieran más goles.

—Pero tendremos que meter nosotros algún gol —protestó Toni. En eso tenía razón el superchulito.

—Paso a paso, Toni —dijo Alicia—. Ahora lo importante es Jugar con orden y estar unidos, y así empezamos la segunda parte.

Defendiendo cada balón como si fuera el más importante.

Los del Inter parecía que estuvieran enfadados con todo el mundo.

Sobre todo, el entrenador.

Había sentado al portero Gabriele y a Buonarroti en el banquillo por su fallo durante el gol.

Además, protestó al árbitro por el escándalo que estaban montando en la grada con las paelleras.

Y también dijo que nosotros teníamos mucha cara, que habíamos visto lo que había ocurrido y nos habíamos quedado callados y sin decir nada.

¿Pero qué quería que dijéramos?

El gol se lo habían metido ellos solitos.

El árbitro le sacó tarjeta amarilla al entrenador del Inter por gritar, y entonces el hombre se puso como loco.

Empezó a decir cosas en italiano muy deprisa, y le tuvieron que sujetar porque se fue a por el árbitro, como si quisiera pegarle.

Cuanto más nervioso se ponía, más tranquilo parecía el árbitro y más se reían los de las paelleras en la grada.

Al final, el árbitro expulsó al entrenador italiano.

Le sacó tarjeta roja y, como no se calmaba, la policía le acompañó fuera del terreno de juego.

Y el partido continuó.

Pero los italianos ya no eran tan superiores como en la primera parte.

A ver, no es que nosotros dominásemos el partido ni nada parecido; simplemente, empezamos a jugar con más orden.



Y ellos parecían desconcertados por todo lo que había ocurrido. Había sido cuestión de mala suerte. Pero se lo tomaron como algo personal, y encima estaban sin entrenador.

Durante varios minutos no pasó nada importante.

Ellos tenían más tiempo el balón, pero parecía que lo único que buscaban era que el partido se acabase cuanto antes y olvidar todo aquello.

El público estaba volcado con nosotros. y de verdad que lo intentamos.

Incluso Helena hizo un jugadón y llegó con el balón controlado hasta el borde de su área, pero no pudo tirar porque dos defensas le hicieron un sándwich y la pelota salió por los aires.

Lo más increíble ocurrió justo después de esa jugada. Era saque de esquina a nuestro favor.

El primero que sacábamos en todo el partido. Toni cogió el balón.

Helena, Tomeo y Angustias, que eran los tres más altos, subieron a rematar.

Marilyn y yo nos quedamos retrasados por si acaso.

Torneo es el más alto del equipo y ha subido a rematar todos los saques de esquina desde que juega en Soto Alto.

Pues bien: nunca jamás ha conseguido rematar.

Ni una sola vez.

No es que no haya metido ningún gol.

Es que ni siquiera ha conseguido rematar. Posiblemente es un récord negativo.

Pero ese día todo cambió para Torneo.

Toni sacó el córner a pierna cambiada, como hacía casi siempre. Pero le dio demasiado fuerte, y el balón pasó por encima de todos los que estaban esperando en el área.



Y allí, pasado el segundo palo, donde se suponía que el balón no iba a ir, estaba Tomeo. Estaba en el sitio equivocado, como siempre. Solo que aquel día era el sitio perfecto, no sé si me explico.

Al ver venir el balón hacia él, podía haber intentado rematar. Pero como no estaba acostumbrado, se asustó, y en lugar de dar Tomeo al balón, ocurrió justo lo contrario. El balón le dio a Tomeo.

En el cogote.

La bola salió hacia arriba mientras Tomeo se quejaba del golpe. Subió y subió… y el defensa central del ínter, Leonardo, pegó un salto enorme y le dio al balón con la cabeza con todas sus fuerzas.

Pero en lugar de salir del área, el balón se fue hacia atrás. Hacia la portería del lnter.

Totó, el portero suplente, reaccionó con los reflejos de un gato y estiró el brazo derecho a una velocidad increíble.

El balón tocó en la punta de su guante …

Pero no llegó a tiempo.

El balón entró en la portería del lnter. Por la escuadra.

Sin que el portero pudiera hacer nada. ¡¡¡Goooooool de Soto Alto!!!

¡Y otra vez en propia puerta!

Aquello era increíble.

El defensa central del Inter había metido un golazo de cabeza… en su propia portería.

El partido estaba a punto de acabar, y el resultado era: 2-2

Todos corrimos hacia Tomeo, que estaba con la boca abierta sin entender muy bien qué había ocurrido, y le abrazamos.

—Pero qué hacéis… No me empujéis, que me duele la cabeza del balonazo —dijo.

Pero todos nos tiramos encima de él. Aquello era una fiesta total.

¡Habíamos empatado al lnter de Milán! Los de las paelleras se volvieron locos.

Entre los gritos, las risas y los paellazos, aquello parecía cualquier cosa menos un partido de fútbol.

Dos goles en propia puerta durante el mismo partido era algo que yo no había visto nunca.

Pero aquello no había terminado todavía.



Lo voy a decir cuanto antes:

Nunca en la historia del fútbol, que se sepa, un equipo se ha marcado dos goles en propia puerta durante un partido.

Nunca jamás.

Los de las paelleras no sé si lo sabían, pero estaban entusiasmados.

Y gritaban:

—¡Otro, otro, otro, otro, otro…!

Querían que el Inter se metiera otro gol en su portería. Casi no quedaba tiempo.

El partido estaba a punto de acabar.

Según las normas del TIFIB, si se llegaba con empate al final de partido, se iba directamente a los penaltis. Ni prórroga ni nada. A los penaltis.

Así que estábamos a punto de jugarnos todo en una tanda de penaltis.

Tal vez en los penaltis podíamos tener un poco de suerte y eliminar al Inter.

¡Eliminar al lnter de Milán!

Solo de pensarlo, parecía un sueño.

Pero los jugadores del lnter no parecían estar de acuerdo. Nada más sacar de centro, atacaron en tromba.

Querían solucionar el partido por la vía rápida, como es lógico. Sin esperar a los penaltis.

Se veían muy superiores.

Habían tenido mala suerte.

Así que hicieron una jugada rápida, y la pequeña jugadora con el número 7 pegó un zapatazo y tiró desde fuera del área.

Camuñas se puso en la trayectoria del balón y este le dio en toda la barriga.

¡La había parado!

Su padre aplaudía como un loco desde la grada.

—¡Ese es mi niño! —gritó.

Pero al sacar con la mano, Camuñas dio un pase demasiado largo, y enseguida la volvieron a coger los del Inter.

Quedaban pocos segundos.

El número 11 del Inter regateó a Angustias, regateó a Tomeo y, cuando estaba solo delante de Camuñas, disparó con toda su alma.

Camuñas cerró los ojos y se quedó allí quieto en mitad de la portería, sin atreverse a mover ni un solo músculo.

El tremendo trallazo parecía que iba a entrar… Pero en el último segundo, se estrelló contra Camuñas y salió rebotado.

¡Camuñas la había parado con la cara!

Se quedó en el suelo, con la cara totalmente roja del golpe y un poco mareado.

—La he parado, la he parado —decía.

Aunque yo creo que no sabía ni lo que decía.

El balonazo había sido tan fuerte que la pelota salió rebotada casi hasta el centro del campo… y allí la cogí yo.

En esos momentos era el jugador más adelantado de nuestro equipo.

Vi a Toni y a Marilyn un poco retrasados, abiertos en las bandas, y pensé en pasarles el balón para intentar ganar tiempo.

Pero en una décima de segundo pensé que no quería ganar tiempo.

Quería meter un gol.

Así que corrí con el balón controlado hacia la portería del Inter. Tenía delante de mí dos defensas y el portero, y posiblemente era la última oportunidad del partido.

Corrí con toda mi alma.

Salió el primer defensa y me hizo una entrada tirándose al suelo a por mí con las piernas por delante.

Pensé: «Ahora o nunca».

Así que salté por encima de él. y seguí adelante.

Aún tenía el balón en mi poder.

Todo el mundo en la grada se puso en pie. En silencio.

Hasta los de las paelleras se callaron por primera vez. El partido estaba a punto de acabar.

Tenía el balón y delante de mí solo estaban el defensa central y el portero. Pensé en tirar desde lejos.

Pero en lugar de eso, me fui con el balón hacia un lateral del área.

El defensa me siguió, intenté regatearle, pero era muy rápido. Así que… chocamos, y los dos caímos al suelo.



El portero salió como un rayo a por el balón.

Vi que el balón se había quedado muerto delante de nosotros. El portero venía corriendo a por él, y el defensa y yo estábamos enredados, caídos en el suelo de manera absurda.

Si hacía un esfuerzo, tal vez podría llegar al balón y darle un toque hacia la portería.

Como el portero venía tan deprisa, quizá con un pequeño toque podría meter gol.

Lo intenté con todas mis fuerzas.

Pero el defensa italiano era más grande que yo. Y como ya he dicho, estábamos enredados en el suelo.

Todo parecía que estaba ocurriendo a cámara lenta. Conseguí moverme.

Podía llegar al batón…

Pero el defensa vio mis intenciones, y consiguió incorporarse un poco y darle al balón antes de que llegara yo, y delante de mí solo estaban el defensa central y el portero. Pensé en tirar desde lejos.

El defensa le dio al balón para evitar que le diera yo.

Pero como él también se estaba levantando del suelo, no pudo darle bien.

Solo quería alejar la pelota de mí.

Lo que pasó fue que, al alejar el balón de mí, lo mandó… hacía su propia portería.

El portero Totó, que estaba a punto de llegar al balón, vio cómo su defensa se lo quitaba.

La pelota pasó por debajo del portero sin que este pudiera hacer nada.

Y…

¡Sí!

¡El balón entró en la portería del lnter! ¡Goooooool!

¡Gol! ¡Gol! ¡Gol!

Era el tercer gol en propia puerta. Era el 3 a 2.

Era un récord mundial.

Y nada más entrar el balón en la portería, el árbitro pitó el final del partido.

Habíamos ganado.

Al Inter de Milán, y lo más increíble de todo: habíamos ganado sin tirar ni una sola vez a portería.

La locura se desató en todo el campo.

Mi madre y el padre de Camuñas se abrazaban como locos. Mis compañeros y Felipe y Alicia se tiraron encima de mí y estuvieron a punto de asfixiarme.

Los de las paelleras montaron una tremenda fiesta y dijeron que estábamos invitados a paella en Benidorm siempre que quisiéramos.

Desde el suelo, mientras celebrábamos la victoria, pude ver que en la grada también había alguien más.

Estaban los del Cronos, observando todo lo que había ocurrido. Estaba Luccien y también los otros jugadores.

La niña turca, Nihal, me miraba con cara de pocos amigos. También estaba Griselda, la relaciones públicas del equipo, y el entrenador Habermas, la leyenda.

Y dos hombres mayores, que yo en ese momento no conocía de nada, pero que poco después iba a saber perfectamente quiénes eran.

Pero ahora no era el momento de pensar en el Cronos. ¡Habíamos ganado al Inter de Milán!, y al día siguiente teníamos que jugar contra el equipo local, el Colci, y aquello no iba a resultar fácil: los de las paelleras ya no iban a ir con nosotros.



17

La fiesta siguió en la piscina del hotel. Nos llevaron refrescos y nos dejaron pedir pizzas y hamburguesas y helados.

Pero el padre de Camuñas ya no parecía tan contento.

—Qué serio te veo, Quique —le dijo mi madre.

—Es por la responsabilidad que tenemos ante nosotros.

—Bueno, no te preocupes. Es algo bonito para los chicos.

—Ya, ya, por supuesto, pero es un reto muy grande… Tan grande que quizá habría que llevarlos a un sitio más tranquilo, para que estén más

concentrados. A las afueras…

—Este hotel es estupendo. Aquí están perfectamente y se lo están pasando de miedo. Además, lo elegiste tú, Quique, no me fastidies —dijo mi madre.

—Está bien, Juana…

Mi madre le miró fijamente.

—Aquí pasa algo que no te atreves a decirme, ¿verdad? —preguntó ella.

Al final, el padre de Camuñas tuvo que explicar lo que ocurría.

—Te vaya decir la verdad —dijo Quique—: no hay contratadas más noches de hotel. Yo creía que perderíamos el primer partido y a casa, pero ahora habrá que pagar otra noche de hotel, y retrasar el viaje, y… es mucho dinero, la verdad.

—Pero yo pensaba que habías reservado para más noches por si acaso teníamos que quedarnos —dijo mi madre—. Eso es lo que habíamos hablado, Quique.

—Eso es así y no —respondió Camuñas padre.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que entre el seguro de viaje, y las nuevas equipaciones, y la cena de anoche, y algunos imprevistos … pues he estado muy ocupado, y se me ha pasado lo del hotel.

—No lo entiendo.

—No hay mucho que entender, Juana —dijo el padre de Camuñas—. No tenemos hotel.

Mi madre le miró muy seria.

—¿Entonces? ¿Quieres que vayamos a dormir a la playa o qué? Quique tragó saliva.

—No, no —dijo—. Aunque, bien pensado, una noche en la playa a lo mejor nos hacía bien a todos…

—¡Quique!

—Está bien…

El padre de Camuñas parecía avergonzado.

—Te prometo que lo vaya solucionar. Yo me encargo. Se dio media vuelta.

Y se alejó.

—¿Se puede saber adónde vas?

—Me han dicho que hay una pensión por aquí cerca que es muy económica —dijo—. Les he pedido que nos lleven allí las maletas en cuanto aparezcan. Es algo provisional, mujer.

Las maletas todavía no habían llegado.



Ahora estábamos sin maletas y sin hotel.

Pero como habíamos ganado, todo nos daba igual.

Cuando estábamos en el *lobby*, listos para irnos a la pensión, el padre de Camuñas se puso a hablar con el director del hotel.

Al cabo de unos minutos, Quique volvió.

—Chicos, he estado hablando con el director del hotel… Como estaba muy serio, nos temíamos lo peor.

—Nos vamos a una pensión con chinches y con cucarachas, si ya lo sabía yo —dijo Angustias.

Pero entonces el padre de Camuñas sonrió.

-… y lo he arreglado todo. Aquí no hay plazas, pero ¡nos llevan a otro hotel mucho mejor!

Todos gritamos y aplaudimos,

—Y que quede claro: todo a mi cargo. ¡Viajes Camuñas siempre cuida a sus clientes! Y os digo otra cosa: ¡esta vez he reservado hasta el domingo por si ganamos el torneo!

Todos le miramos otra vez, desconfiados.

Pero el padre de Camuñas insistía.

—Decidme, ¿os he fallado alguna vez, chicos? Eh, decidme.

Unos minutos después, el padre de Camuñas y Gervasio nos llevaron hasta el autobús y nos marchamos del hotel.

Todos teníamos mucha curiosidad por ver adónde nos llevaba el padre de Camuñas.

Excepto el propio Camuñas, que parecía muy confiado.

—Ya veréis cómo mi padre nos lleva a un buen sitio… Ya veréis, ya.

Pero cada «ya veréis» de Camuñas sonaba más inseguro que el anterior.

Pasamos por algunos de los rascacielos más importantes de Benidorm: Torre Coblanca, Torre Benidorm, Torre Levante…

—Sería genial estar en uno de esos hoteles, ¿verdad? —dijo Helena.

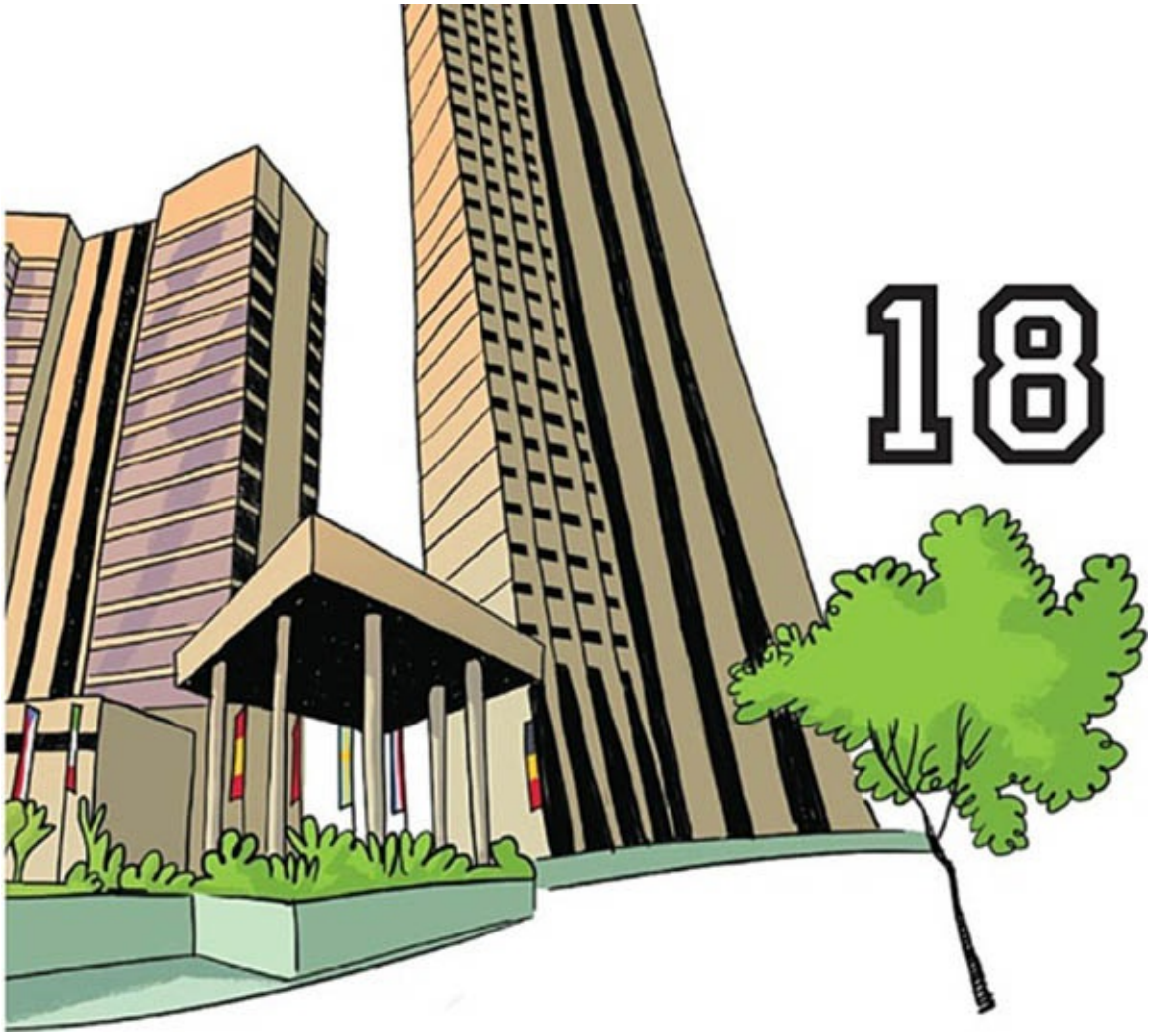
—Huy, no, no, no… Yo ahí no, que tengo vértigo —respondió Angustias enseguida.

Pero era el único que no pensaba que sería genial estar en uno de esos rascacielos.

Así que nos quedamos helados cuando el autobús de Gervasio paró delante del más increíble de todos.

—Hemos llegado, chicos —dijo Quique. y ninguno se atrevía a bajar.





El hotel Bali tiene 186 metros y es el más alto de Europa. O del mundo, yo qué sé.

Desde la puerta de entrada miramos para arriba y se nos doblaba el cuello hacia atrás, y todavía no veíamos el final: parecía infinito.

Entramos al vestíbulo, que es como un campo de fútbol enorme, con la boca abierta, mientras el padre de Camuñas sonreía e hinchaba el pecho como un pavo real.

—¿Qué os había dicho, eh? ¿Qué os había dicho?

Lo mejor de todo es que en el centro del vestíbulo, en un carrito, estaban ¡nuestras maletas!

Todos corrimos a recogerlas.

Yo noté algo raro en la mía, pero estaba tan contento de recuperarla por fin, que la agarré y tiré hacia el ascensor con ella sin pensarlo dos veces.

El ascensor era panorámico, con las paredes transparentes, y mientras subíamos veíamos el mar y toda la ciudad.

Angustias se dio la vuelta contra la pared, muerto de miedo.

—¡Nos vamos a caer, nos vamos a caer!

Los demás no le hicimos ni caso: pegamos la cara al cristal y vimos cómo la ciudad se iba haciendo más y más y más pequeña a medida que subíamos.

—Piso 30, 31, 32, 33… —contaba Tomeo.

Aunque nadie lo sepa, Benidorm es la segunda ciudad con más rascacielos por metro cuadrado del mundo, por detrás de Nueva York.

Y todos estaban por debajo de donde estábamos nosotros. Seguíamos superando rascacielos, y veíamos el mar delante de nosotros.

—¡Esto es la pera, chicos! —decía Felipe, que estaba muy abrazado a Alicia, que también tenía miedo a las alturas.

—¿Qué os había dicho, chavales? ¿Qué os había dicho? —repetía una y otra vez el padre de Camuñas.

Mi madre no decía nada. Y es algo que me extrañó mucho, porque no deja nunca de hablar.

Paramos en la planta 44, que no es la más alta porque la más alta es la 52. Y por fin llegamos a la puerta de nuestra habitación.

Quique leyó una lista.

—Camuñas —hasta su padre le llamaba Camuñas—. Pakete, Angustias, Tomeo, Ocho… y Toni, aquí.

—¿Cómo? ¿Seis en una habitación? —pregunté yo.

—¿Tengo que dormir con estos? —protestó Toni.

Cuando abrieron la puerta, comprendimos por qué.

Era una *suite*, que es una habitación de hotel que es como un piso.

Con un salón con mesa de comedor, y sofás y sillones, y una tele LED inmensa, y dos dormitorios y dos baños. Con un *jacuzzi* cada uno.



Aquello era como lo que veíamos en la tele.

Yo nunca habría imaginado estar en un sitio así.

En un dormitorio había tres camas, y en el otro, una doble y una individual.

Camuñas se pidió enseguida la individual, que estaba más cerca de la ventana, y a mí me tocó compartir cama con Angustias.

Angustias es uno de mis mejores amigos y tiene bastantes cosas buenas.

Pero compartir cama con él es un rollo.

De noche tiene miedos y pesadillas, y no te deja dormir nunca tranquilo.

Además, tarda una hora en acostarse porque se lava los dientes tres veces. Y se enjuaga otras tres veces.

Y además, lo peor de todo es que ronca como si fuera un oso hormiguero.

—Es una cosa de familia. A mi padre hay hoteles donde no le dejan entrar —se excusó.

Todavía no habíamos colocado nuestras cosas cuando recibimos un vídeo en el teléfono.

En él salían Helena, Marilyn y Anita saltando en la supercama de su *suite*.

No era tan grande como la nuestra, pero también era alucinante.

El padre de Camuñas y mi madre seguían por allí, examinando toda la habitación con los ojos como platos.

Mi madre ya no aguantó más.

Se acercó al padre de Camuñas y le preguntó en voz baja:

—¿Quién paga estas suites, Quique?

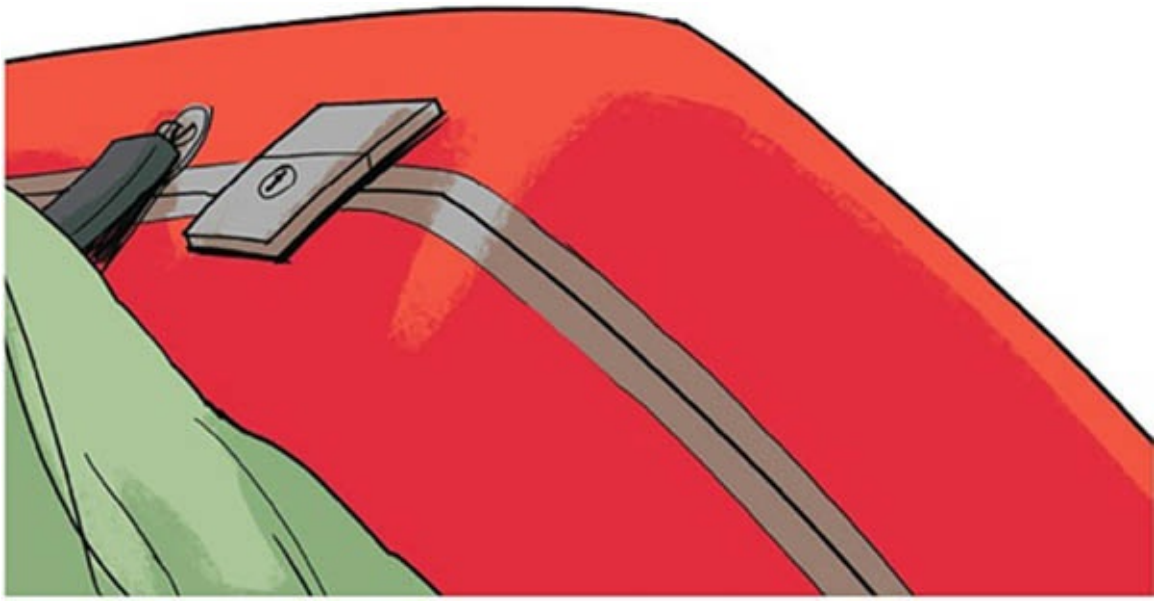
—Pero Juana, qué cosas tienes, de verdad. Viajes Camuñas.

—Quique…

—Ni un céntimo. No nos va a costar ni un céntimo. Total, solo tenemos que hacernos unas fotos y un par de entrevistas y… y así se fueron, discutiendo pasillo abajo. Y después él añadió: —Ya verás tu habitación. Un *jacuzzi* para ti sola.

Mientras tanto, nosotros corrimos a abrir nuestras maletas. ¡Por fin!

Pero mi maleta no se abría.





19

Mi maleta era nueva y es de las que aprietas dos botones y hacen clac y se abren, y además tiene llave. Y yo tengo la llave siempre bien guardada.

Pero a la maleta no le daba la gana abrirse.

—Eso es la llave, que lo mismo se te ha mojado —dijo Camuñas.

—O que la cerradura se ha llevado un golpe y se ha estropeado —sugirió Angustias.

Así estuvimos un buen rato, intentando abrirla por todos los medios.

Hasta saltando sobre ella, que dijo Camuñas que a veces funciona.

Primero, él solo, y luego acabamos saltando cuatro sobre la maleta.

—¿Se puede saber qué hacéis? ¿Nos vamos a la piscina o no? —preguntó Toni, que ya estaba en bañador y muy impaciente.

—Es que la maleta de Pakete no se abre —dijo Ocho.

Toni se quedó muy serio.

Después dijo:

—Yo sé cómo abrirla. Dejadme.

Agarró la maleta y se fue con ella hacía la terraza.

—¿Qué vas a hacer? —le pregunté yo, cada vez más nervioso.

—Abrirte la maleta, Pakete.

Y siguió empujándola, cómo si la fuera a tirar por la terraza. Yo no podía creerme que fuera a hacerlo.

—¿Pero cómo vas a tirar la maleta? Hay más de cuarenta pisos…

—Seguro que del golpe se abre —dijo tranquilamente—. Lo hago por ti, Pakete.

Los demás le miraban entre asustados y expectantes. ¿Sería capaz de tirarla?

Yo creo que, en el fondo, Camuñas y todos los demás estaban deseando que la tirase.

Yo le miré fijamente.

Toni levantó la maleta…

Y entonces pasó lo último que Toni y yo esperábamos. Oímos un «clac».

La cerradura de la maleta se abrió sola. Toni y yo nos miramos.

—Se ha abierto —dije.

—Ya veo —dijo él.

Y después de un instante de duda, la dejó en el suelo.

—Otra vez será —dijo, y pasó al interior de la habitación.

Yo agarré mi maleta, que había estado a punto de salir volando, y por fin la abrí.

—¿Qué es eso? —pregunté al ver el interior.

—¿Qué es eso? —preguntó Angustias señalando algo dentro de la maleta.

Yo levanté lo primero que tenía a mano. Era un bikini.

—Pakete, ¿por qué llevas ropa de chica en tu maleta? —preguntó Tomeo.

—A Pakete le gusta llevar ropa de chica —dijo Ocho.

—Que no me gusta —protesté yo.

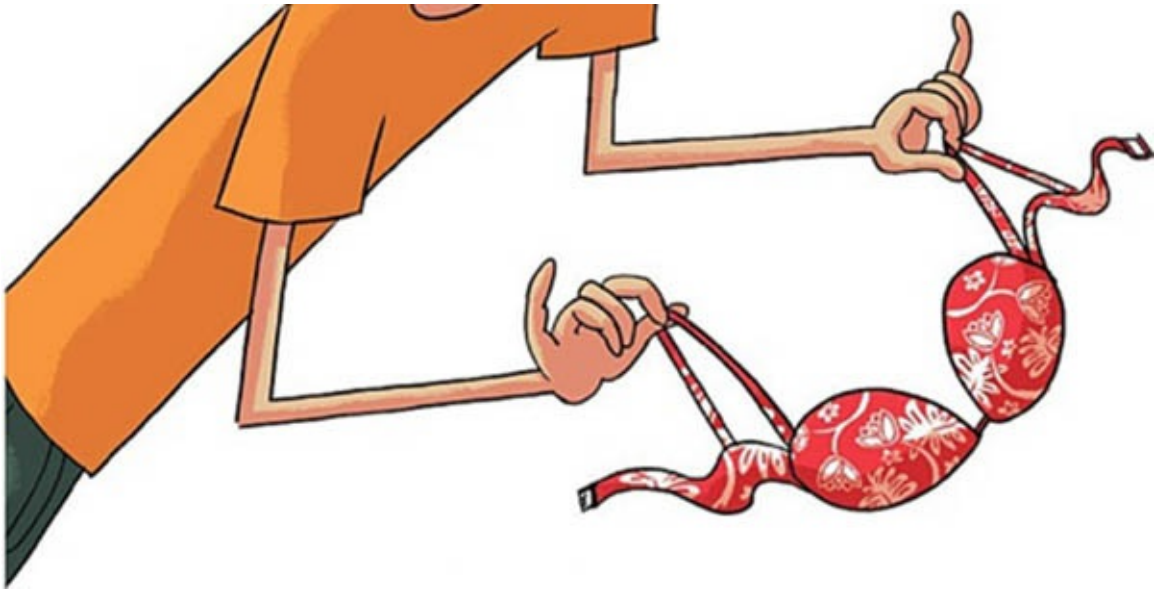
—No pasa nada. Si te gusta, pues te gusta —dijo Camuñas—.

Cada uno es muy libre de ponerse lo que quiera…

Y empezaron a reírse.

Yo tiré enseguida el bikini dentro de la maleta y la cerré.

—Bueno, ¡vale ya! ¡No es mi maleta! ¡Alguien se ha equivocado! —respondí yo.



—¿Seguro? —preguntó Camuñas.

—Venga, ponte tu bikini favorito y vamos a la playa —soltó Toni, y todos fueron saliendo hacia la playa, mientras se reían. Yo me quedé allí cerrando otra vez la maleta.

Pensé que había tenido muy mala suerte y que no era justo que hubieran aparecido todas las maletas menos la mía.

Un rato después, bajé solo en el ascensor. Con la maleta. Tenía que llevarla a recepción y preguntar qué había pasado.

En el piso 30 se abrieron las puertas y entró alguien. Era Nihal.

Llevaba el pelo negrísimo recogido en una coleta, y el chándal de entrenamiento.

¿Los del Cronos estaban en el mismo hotel que nosotros?

—No mires a mí —dijo la turca.

—¿Estáis aquí…? —empecé a decir yo.

—No hables a mí —me interrumpió.

—Hablas muy bien español.

—¿Qué he dicho? —dijo mientras seguía mirando al frente.

El ascensor siguió bajando.

Yo no me atrevía a decir nada ni a moverme.

—En La Finca aprender inglés y español y francés —dijo ella por fin—, porque son los idiomas que debes conocer todos los futbolistas profesionales. Y deja de mirar a mí.

—No estaba mirándote.

—Sí estabas.

—Vale, te estaba mirando porque no hay nadie más y tú estás hablando. ¿Dónde quieres que mire?

Dio un paso y se vino hacia mí.

—Puedes mirar pared —dijo muy seria. Yo no sabía qué hacer.

En el siguiente piso, el ascensor se paró, y ella se bajó y salió corriendo.

—¡No mires a mí! —dijo mientras se alejaba. Me quedé a cuadros.

¿Qué le pasaba a aquella chica? ¿Por qué estaba tan rara?

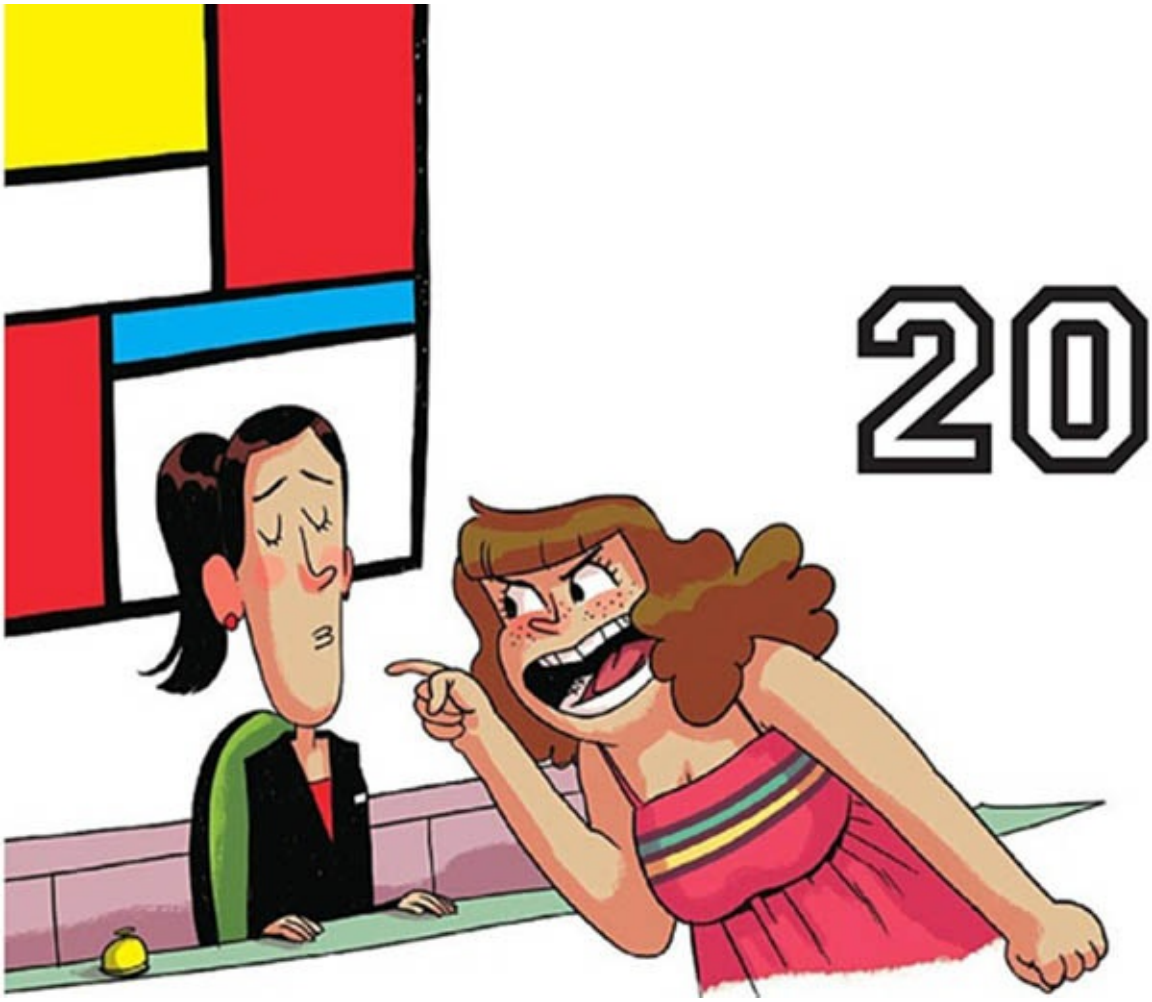
¿Qué le había hecho yo?

Y entonces me di cuenta de una cosa.

A pesar de lo antipática que parecía a primera vista, Nihal me caía bien.

No sé explicarlo.

Pero eso es lo que pensé.



Cuando llegué a recepción cargando con la maleta, mi madre ya estaba allí, discutiendo con la mujer del mostrador.

Mi madre le decía que aquella nueva equivocación con las maletas era un escándalo.

—Esto es un auténtico escándalo —dijo mi madre.

—Pero, señora, el error lo cometieron en el otro hotel. —intentó decir la recepcionista.

—A mi no me venga con esas, eh —le cortó mí madre—. Primero nos pierden las maletas, y ahora a mi pobre hijo se la cambian por otra de vaya usted a saber quién. Esto no va a quedar así, no se piense que porque seamos de un pueblecito de la sierra no conocemos nuestros derechos…

La recepcionista parecía desconcertada ante la avalancha de mi madre.

Entonces empezó a sonar una canción de Alejandro Sanz que a mí me parece muy cursi, pero que por lo visto a mis padres les encanta porque la escuchaban de novios, y mi madre la tiene puesta en su móvil, y solo suena cuando llama mi padre.

Yo pongo los ojos en blanco de la vergüenza que me da cada vez que la escucho.

—Contesta a tu padre, Pakete, haz el favor —dijo mi madre.

Y me pasó el teléfono y, mientras, ella siguió discutiendo con la chica de recepción.

—Francisco, ¿te estás portando bien? —me preguntó mi padre—. No rompas nada, que este año tampoco tengo paga extra.

—No te preocupes, papá —dije.

Se oyó de fondo la voz de mi hermano Víctor.

—Pakete, vaya potra tuvisteis el otro día, ¿eh? ¿Cuántos os van a meter los del Colci?

Víctor se piensa que es más listo que nadie y siempre se está metiendo conmigo porque es mayor que yo.

Mi padre me dijo:

—No hagas caso a tu hermano. Tú, sobre todo, no des patadas, Francisco. Da igual que os den un palizón. Que os metan ocho, nueve, catorce. Pero no des patadas, Francisco. Tú, a dar ejemplo y a jugar limpio, eh.

—Lo mismo ganamos, papá. Nunca se sabe —dije.

—Claro, claro —dijo mi padre, que no parecía muy convencido—. Ah, y pregúntale a tu madre dónde ha guardado los recambios de las cuchillas de afeitar, haz el favor, que llevo barba de tres días y no es bueno para la imagen de las fuerzas del orden en el pueblo.

—Ahora te la paso, papá…

Mientras hablaba con mi padre, vi algo que me llamó la atención. En los sillones del vestíbulo, en una esquina, había dos mujeres discutiendo.

Una alta y muy guapa y elegante, que no me sonaba de nada. Pero la otra sí: Gríselda Günarsson, la rubia del acento raro que nos había resuelto el problema de las botas para el primer partido.

La relaciones públicas del Cronos.



Parecían discutir muy seriamente.

En cuanto la señora joven y alta se dio cuenta de que las estaba mirando, se calló y le dijo algo a Griselda antes de levantarse y marcharse.

—Francisco, ¿sigues ahí? —preguntó mí padre.

Entonces llegó mi madre, toda contenta y sonriente.

—Francisco, adivina lo que nos han dicho en el hotel. ¡Podemos elegir lo que queramos en las tiendas que hay en el vestíbulo hasta que aparezca tu maleta! ¡Ellos se hacen cargo! Es como un bufé libre, pero de ropa…

—Qué bien —dije yo.

¡Ahora me tocaba ir de compras, que es la segunda cosa que más odio en el mundo!

La primera es que mi hermano me dé collejas delante de todos, pero bueno, eso ahora no tiene nada que ver.

—Si es que hablando se entiende la gente —dijo mí madre, muy orgullosa de lo que habrá conseguido con el hotel.



—Papá quiere hablar contigo —le dije, y le pasé el teléfono.

Ella cogió el móvil y se puso a hablar con él y le contó lo de las maletas y otras cosas que seguro que ya se las había contado, pero a mi madre a veces le gusta mucho repetir las cosas.

Yo no presté mucha atención.

Me fui caminando hacia una esquina del vestíbulo.

—¡Eso, eso, vete mirando las tiendas, que ahora voy yo! —me gritó mi madre mientras seguía hablando por teléfono. Yo le sonreí.

—Sí, sí, mamá —dije.

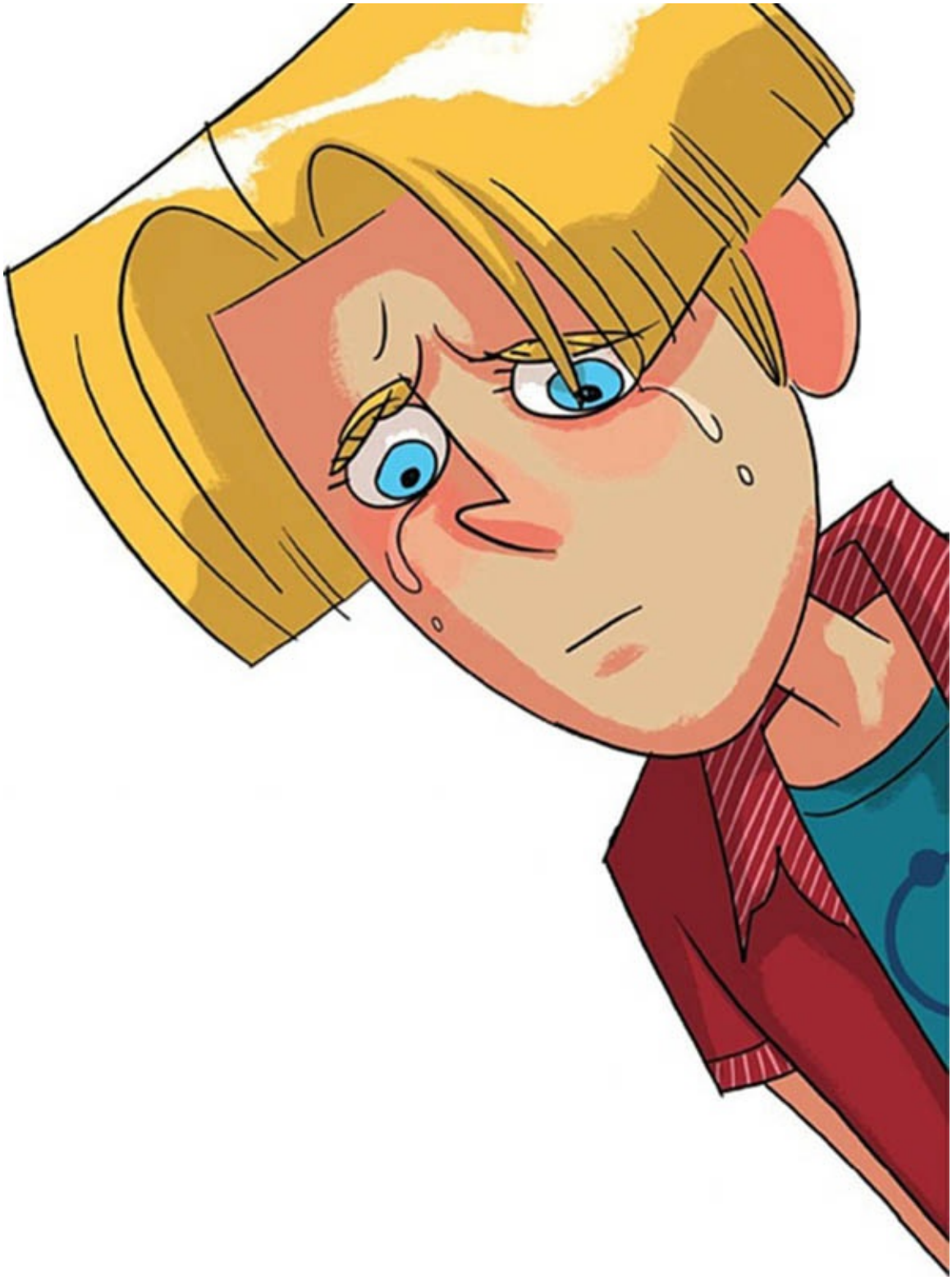
Pero yo no estaba buscando las tiendas.

Me acerqué al fondo del vestíbulo, donde empezaba la zona comercial del hotel, y allí vi a Griselda y a la mujer con la que discutía. Estaban en el interior de una tienda de regalos y ropa y hablaban con alguien. Con un niño.

Parecía que las dos le estaban diciendo algo muy importante, porque estaban muy serias.

Miré a través del escaparate y pude ver quién era el niño. Se trataba de… Luccien, y lo más increíble es que… ¡estaba llorando!

Luccien, la superestrella del fútbol, uno de los niños más famosos del mundo, estaba llorando.



Yo pensé que un niño así estaría todo el día feliz y contento, y haciendo lo que le diera la gana.

Pero, por lo visto, no estaba muy contento. Las dos mujeres seguían hablándole.

Me asomé un poco por la puerta de la tienda, haciendo como si estuviera mirando unas camisas.

De reojo, al verlos juntos, me pareció que la mujer alta se parecía mucho a Luccien.

A lo mejor era su madre.

Aunque podía oírles, no entendí nada. Hablaban en francés.

Pensé que últimamente todo el mundo hablaba en francés. A lo mejor había llegado el momento de apuntarme a unas clases particulares si quería enterarme de las cosas.

Luccien seguía llorando, y las dos mujeres seguían hablando muy serias y en ese momento …

Una mano se puso sobre mi hombro. Yo me giré sobresaltado.

—¿Ya has elegido una camisa?

Era mi madre.

—¿Eh?

—Camisa —dijo mi madre—, que si has elegido ya.

—Esta misma —dije.

Y cogí la primera que vi a mi lado sin fijarme mucho.

—¿Estás seguro?

La miré.

Era una camisa de color naranja con palmeritas. Me encogí de hombros.



Esa misma tarde, el Granos jugó la semifinal contra el Rias Boas.

Luccien metió ocho goles.

Lo voy a repetir por si alguien no lo ha entendido bien. Luccien metió ocho goles en el partido.

Cuatro en la primera parte y cuatro en la segunda. ¡Ocho goles en un solo partido!

Debía ser un récord en torneo infantil. Y en cualquier torneo internacional.

El Granos ganó por 13 a 0 a los portugueses. Fue una verdadera exhibición de fútbol.

A lo mejor parece una broma, pero el mejor del Rías Boas fue el portero, Teixeira.

Si no hubiera sido por él, podrían haber acabado 25 a 0. Hizo algunas paradas increíbles.

Nihal también metió dos goles, y los celebró mirando al cielo y levantando los dos brazos. Todos los jugadores del Cronos eran buenísimos.

Y jugaban perfectamente sincronizados.

Habermas había conseguido crear un equipo indestructible.

Al terminar el partido, los del Cranos hicieron un montón de fotos y entrevistas.

Griselda estaba por allí supervisando todo y organizando las entrevistas. Para algo era la relaciones públicas del equipo y también estaban los dos hombres de traje que había visto durante el primer partido, y que observaban todo como si fueran dos búhos.

Helena bajó al campó y felicitó a Luccien. Los dos empezaron a reírse, y otra vez se daban toquecítos en los brazos y los hombros. En lugar de enfadarme y marcharme hacia otro lado, esta vez decidí acercarme.

Me puse al lado de Helena, miré a Luccien y dije:

—*Congratulations.*

Que significa «enhorabuena» en inglés, como todo el mundo sabe.

Luccien me miró y sonrió. y dijo:

—*Thanks.*

Y yo, que ya estaba lanzado con el inglés, seguí:

—*Where are you from?*

O sea, que le pregunté de dónde era. Él me miró y dijo:

—*From París*.

—Ah, París. *very níce*.

Yo no había estado en París en mi vida, pero todo el mundo sabe que París es una ciudad muy grande y muy bonita.

A continuación sonreí.

Contuve la respiración, y dije:

—*Have you a girlfriend in Paris?*

Helena abrió mucho los ojos, como si hubiera preguntado una barbaridad.

Luccien se rio.

Lo que le había preguntado era si tenía una novia en París. Bueno, más o menos.

Porque mi inglés no es muy bueno.

Pero yo creo que Luccien me entendió perfectamente.

—*Oh, la, la* —dijo.

Yo le miré, intentando entender qué quería decir.



«*Oh, la, la*» no sé lo que significa.

Puede que signifique: «A ti no te voy a contestar».

O tal vez: «Tengo todas las novias que me da la gana». O incluso: «Ese no es asunto tuyo».

O a lo mejor no significa nada.

El caso es que no dijo nada más y se marchó de allí. Helena me miró.

—¿A qué ha venido eso? —preguntó.

—¿Qué pasa, que solo puedes hablar tú con Luccien? —dije yo.

Helena me miró extrañada.

—Es muy bueno y quería felicitarle y hablar un poco con él —añadí—. ¿Te molesta?

—¿Por qué me iba a molestar?

—No lo sé.

—Pues eso digo yo.

—Pues ya está.

—Estás muy raro, Pakete.

—¿Yo? ¿Estoy muy raro yo? —pregunté boquiabierto.

Helena casi no me hacía ni caso.

Se pasaba el día hablando con Luccien y con Toni y con todo el mundo menos conmigo. Y resulta que el que estaba raro era yo.

—¿Raro? ¿Yo estoy raro? —pregunté una vez más. Helena movió la cabeza y también se fue de allí. La miré mientras se iba.

Pensé que no me gustaba que se llevara tan bien con el francés. Eso es lo que pensé.

Pero ahora tenía que olvidarme de Luccien y jugar un partido. La semifinal del torneo.



Unos días antes estábamos en Sevilla la Chica, nuestro pueblo, preparando las vacaciones tranquilamente como todos los años, y ahora, de repente, teníamos la oportunidad de llegar a la final de uno de los torneos infantiles más importantes del mundo.

¡A la final!

Solo teníamos que ganar al Colci, el equipo anfitrión. Siendo sinceros, era casi imposible.

Ellos eran mejores.

Jugaban en casa, y además tenían a los de las paelleras.

Yo creo que esta vez habían venido más que la primera vez. Nos recibieron haciendo sonar todas las paelleras al mismo tiempo.

El Benidorm Arena parecía haberse transformado para el partido.

Ahora era una auténtica olla a presión. El ambiente era tremendo.

Allí estaban todos los espectadores del primer partido, más otros muchos que se habían sumado porque querían ver al equipo local en la final.

Había miles de personas en las gradas.

Más gente que toda la población de Sevilla la Chica junta.

Yo pensaba que me iba a quedar sordo con el clone, clonc, clone de las paelleras.

Y había mucha más gente con bocinas, carracas, trompetas… También había una compañía de moros y cristianos. Se habían disfrazado como en las fiestas, y andaban pegando trabucazos y tirando petardos.

También tiraron miles de papelitos cuando los dos equipos salimos al campo.

—¿Esto es la final del mundial, o qué? —bromeó Felipe, que parecía muy nervioso, aunque trataba de disimular.

La verdad es que el ambiente era espectacular.

Incluso daba un poco de miedo.

Solo éramos unos niños jugando un partido de fútbol.

—Hemos visto campos peores, chicos, ¿verdad? —dijo Alicia, poco convencida.

—Sí, sí, claro, por supuesto —dijimos todos.

—Yo nunca había visto nada así —dijo Angustias, con toda sinceridad.

—Por muchos miles de aficionados que haya en las gradas, en el campo solo hay siete contra siete. No os olvidéis de eso —dijo Felipe.

Nuestro entrenador tenía razón.



Si habíamos podido con el Inter de Milán, ¿por qué no íbamos a poder con el Colci?

—¡Vamos, Soto Alto! —gritó mi madre desde la grada, sentada junto al padre de Camuñas.

Pero en medio de todo aquello, creo que solo la oí yo. El árbitro pitó.

Y el partido dio comienzo.

Salieron a por todas desde el primer segundo.

Como si quisieran ganar el partido en cinco minutos. Apenas nos dejaban tocar el balón.

En cuanto lo recuperábamos, teníamos a dos de ellos encima. Su entrenador, un hombre mayor con un enorme bigote, estaba a pie de campo dando instrucciones a gritos y moviendo tanto los brazos que parecía un espantapájaros.

La afición local le llamaba Mostacho García, y era el entrenador del equipo oficial del Colci, que juega en segunda B.

Era una especie de ídolo en Benidorm, y la gente le adoraba. Hasta tenían una canción para él.

Una canción que a todos les hacía mucha gracia.

Mostacho. Mostacho. Mostacho García, el Colci gana, siempre la lía.

—La canción, ahí está el asunto. Si ya sabía yo que había que perfeccionar lo de la canción, Juana —le dijo Quique a mi madre.



Cerca de donde estaban mi madre y el padre de Camuñas, en el palco de invitados, estaban otra vez todos los del Cronos, con Habermas a la cabeza.

El entrenador alemán lo observaba todo muy atentamente, y no paraba de tomar notas en su famosa libreta negra.

Cada vez que le hacen una entrevista. Habermas dice que odia los ordenadores y la informática, y que él lo apunta todo de su puño y letra en una libreta negra.

—La gente se ha olvidado de escribir con tanto ordenador —decía. y les enseñaba a todos su libreta negra.

El Cronos tenía a Habermas, el mejor entrenador del mundo. Así que los del Colci decidieron que ellos no iban a ser menos. Le pidieron a Mostacho García que entrenara al equipo infantil del Colci. Solo para ese torneo.

Y aceptó.

Por lo visto, llevaban un mes entrenando todos los días a puerta cerrada, y ahora estaba allí, en el banquillo, de pie, sin dejar de moverse ni un segundo.

De vez en cuando, se tocaba el bigote, y luego volvía a gritar ya mover los brazos. Torneo intentó despejar un balón. A su manera.

Le dio un patadón a la pelota sin pensar hacia dónde iba.

El balón salió disparado hacia el banquillo y le dio un balonazo en la cara al entrenador del Colci.

Mostacho García cayó de culo.

Y se debió hacer daño.

Porque pegó un buen grito.

Todos en la grada se quedaron callados.

Esperando que montara un gran escándalo, o que se fuera a por Tomeo directamente.

Ante la atenta mirada de todos, el entrenador se levantó, se llevó la mano al mostacho y dijo:

—¡No pasa nada!

Luego miró a Tomeo con cara de malas pulgas, como diciendo: «Ya te pillaré»,

La gente le aplaudió con ganas.

Los de las paelleras empezaron a golpearlas como si las fueran a partir por la mitad.

Ya cantar.

Mostacho, Mostacho, Mostacho García, el Colci gana, siempre la lía.



Aunque parecía el protagonista del partido, él no jugaba. Los que estábamos en el campo éramos nosotros.

—Yo, yo… yo solo quería despejar el balón. ¡Lo juro! —respondió Torneo, muerto de miedo.

A partir de ese momento, cada vez que el balón pasaba cerca de Torneo, incluso aunque no le diera, en la grada se volvían locos a chillar y a gritar ya decirle de todo.

Tomeo miró a Felipe como diciendo: «¿Qué hago?». Felipe le hizo un gesto con la mano:

—Aguanta, Torneo, aguanta —dijo.

Y el partido siguió. Con más gritos. Y más paellazos.

Durante la primera parte hubo mucho ruido pero no pasó nada importante.

Ellos atacaban. Nosotros nos defendíamos como podíamos. y esperábamos que ocurriera un milagro. Así llegamos al descanso. Con empate a cero.



—¡Vaaaaaaaamos!

El entrenador del Colci, además de tocarse el mostacho, chillaba y animaba a grito pelado a sus jugadores. Salió del banquillo y se puso una

mano en la oreja mientras con la otra hacía un gesto para que los hinchas también gritaran.

—Este hombre parece un animador más que un entrenador de fútbol —dijo mi madre en la grada.

El caso es que funcionó y la gente se vino arriba.

Primero el público, y después los propios jugadores del Colci, y a su vez estos arrastraron al público, que chillaba cada vez más.

Y a cada jugada, más presión, y más gritos.

A los pocos minutos, el Colci nos tenía totalmente acorralados. No pasábamos del medio campo.

Nos mirábamos unos a otros, dándonos ánimos.

Parecía que nos iban a marcar un gol en cualquier momento, era casi inevitable.

Pero aguantamos. Aguantamos toda la segunda parte, jugando juntos, achicando balones sin parar, aunque fuera a base de patadones y despejes.

Aguantamos…

Hasta que, a falta de un minuto y medio, pasó lo que se veía venir.

En una jugada en la que hubo hasta siete rebotes y rechaces, el balón le quedó suelto al número 5 del Colci, Maxi, que estaba en el punto de penalti.

Camuñas estaba en el suelo, batido.

El 5 no se lo pensó y remató con la portería vacía. El público estaba a punto de cantar el gol.

Pero cuando el balón iba a entrar en nuestra portería…

Una sombra voló hacia él y lo atrapó con las dos manos al mismo tiempo, justo en la línea de gol.

Lo había salvado en el último minuto.

El problema es que quien había parado el balón no era Camuñas. Era Tomeo.

Aún tenía el balón en las manos.

El árbitro señaló inmediatamente el punto de penalti.

—Lo siento —dijo llevándose la mano al bolsillo y le sacó tarjeta roja.

Penalti y expulsión.

Tomeo no pudo ni siquiera protestar. El árbitro tenía razón.

Era un penalti clarísimo.

No quedaba tiempo.

Era una pena.

Habíamos luchado muchísimo, y hablamos aguantado hasta el final. O casi.

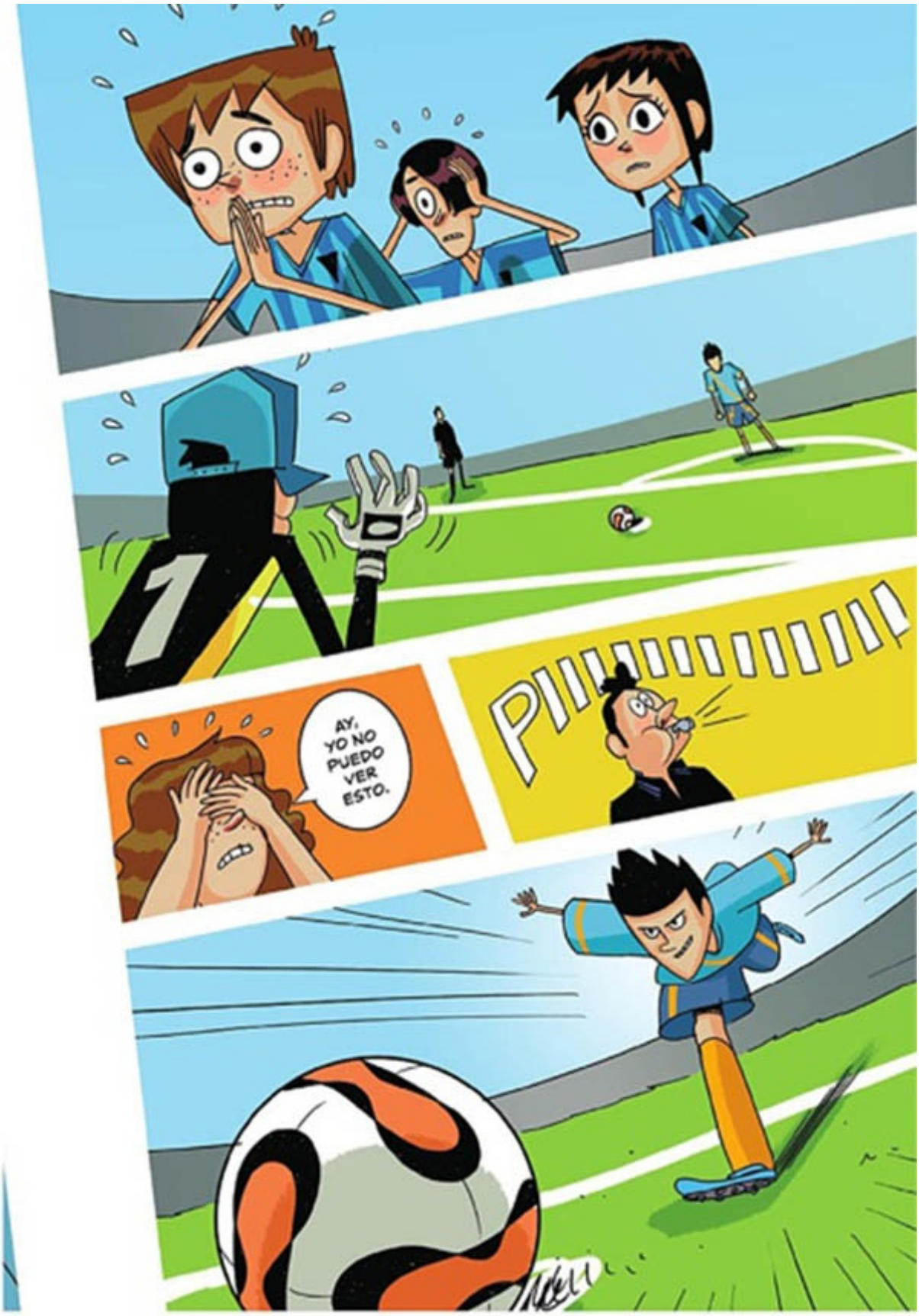
Por muy poco.

Tomeo se fue muy triste del campo. Todos le fuimos felicitando según pasaba a nuestro lado: al fin y al cabo, había salvado un gol, aunque fuera con las manos.

Los miles de espectadores que apoyaban al Colci se pusieron de nuevo a rugir como locos.

Menos de un minuto, y tenían todo a favor.


¡VENGA, HIJO, LO PARAS SEGURO!
24
1
QUIQUE, POR FAVOR.
NI DE BROMA LO PARA.


AY, YO NO PUEDO VER ESTO.
PIIIIIIIIIIIP


PERO EN EL ÚLTIMO SEGUNDO...
1
!
1
PAF
MAXI HIZO UN AMAGO, LO QUE LOS BRASILEÑOS LLAMAN PARADINHA.


CON EL PORTERO CAÍDO,
A MAXI LE BASTABA
CON DARLE SUAVEMENTE.
PERO NO HIZO ESO.
LO QUE HIZO FUE PEGARLE
CON TODAS SUS FUERZAS.
BAM
¡HABÍA FALLADO EL PENALTI!
Y LA JUGADA AÚN NO HABÍA TERMINADO.



Toni recogió el balón y salió disparado hacia la portería del Colci.

Los del Colci se habían quedado tan planchados con el fallo del penalti, que tardaron unos segundos en reaccionar.

Después de pasar el medio campo, Toni abrió el balón a la derecha.

Justo por donde corría la banda Marilyn.

Helena y yo también echamos a correr hacia el área. Perseguidos por los jugadores del Colci.

—¡La tijera, la tijera! —dijo Alicia desde la banda.

El desmarque de la tijera es una jugada en la que los dos delanteros entran al área al mismo tiempo, en diagonal, cruzándose para despistar a los centrales.

El desmarque nos salió bien, y el número 3 del Colci, que me cubría a mí, se fue detrás de Helena, y yo me quedé solo.

Sabía que Marilyn centraría al segundo palo, así que me fui directo a esa zona del área.

Tenía la vista fija en el balón. Preparándome para rematar. Si llegaba el balón, tenía que ser gol.

Entonces sentí una mano en mi espalda, y un golpe en la parte de atrás de mí rodilla. Era Maxi, el más rápido del Colci.

¡Otra vez él!

Había tirado el penalti, y ya había bajado a defender. De repente, sentí que me entraba la risa.

Cuando te dan ahí, la rodilla se dobla y te da la risa, qué le vaya hacer.

El caso es que me fui al suelo, y no se enteró nadie.

Justo en el momento en que Marilyn centraba.

—¡Penalti! —grité desde el suelo, pero nadie parecía oírme. Todos estaban pendientes del balón y del centro de Marilyn. Entonces sucedió.

El balón le cayó en el píe a Maxi, el jugador que había fallado el penalti, el mismo que me había tirado al suelo, y despejó el balón como pudo. Con todas sus fuerzas.

Con la mala suerte de que el balonazo me dio a mí. Rebotó y volvió hacía su portería.

Maxi se dio cuenta del error e intentó despejar otra vez. Pero ya no llegó a tiempo.

El portero estaba cubriendo el centro, y tampoco llegó.

Así que el balón…

Entró en su portería. GOOOOOOOL.

En las gradas se quedaron helados mientras todo mi equipo corría hacia mí.

Yo seguía en el suelo, sin poder creérmelo, y todos se apiñaran sobre mí hasta que me empezó a faltar la respiración.

Incluso Toni.

—Eh, que no puedo respirar —dije. Pero no me oían.

Estaban tan emocionados que solo pensaban en el gol. Yo también pensaba en el gol.

Pero, con todos encima, me estaba poniendo amarillo.

—¿Estás bien, Pakete? —dijo Camuñas, que se dio cuenta de que algo pasaba.

—Noooo —dije—. Me ahogo…

Todos se levantaron y por fin pude respirar.

Vi a mi madre, que me hacía gestos desde la grada. y Felipe y Alicia, que se abrazaban emocionados. No dio tiempo para más.

Los del Colci querían sacar de centro, pero el árbitro dijo que el partido se había terminado y pitó el final.

Discutieron un buen rato, pero el partido se había acabado, y no había más que hablar.

Soto Alto, 1 - Colci, 0.

Todos lo celebramos dando saltos y gritando. Ahora si.

Habíamos ganado.

Un momento…

¡Habíamos ganado el partido!

—¡Estamos en la final, estamos en la final! —dijo Tomeo, que corrió desde el banquillo para abrazarnos.

Aunque es muy grande y está un poco gordo, lo subimos a hombros y dimos la vuelta al campo con él encima.

No había hecho nada, y encima le habían expulsado, pero daba igual.

Estábamos en la final.

El único que no saltaba era Angustias.

—¿Y si lo celebramos mejor en el vestuario? ¡Esta gente nos va a matar!

Tenía razón.

En aquel momento, los hinchas del Colci y los de las paelleras invadieron el campo.

Por un momento pensé que venían a por nosotros. Pero en lugar de eso, se fueron a por el árbitro.

No sé por qué.

El árbitro había pitado un penalti a su favor. Había expulsado a Tomeo. Y no había hecho nada raro.

Pero los aficionados se fueron a por él.

El árbitro salió corriendo y la policía le ayudó a meterse en el vestuario, entre gritos e insultos.

En medio de todo aquel lío, vi al fondo al entrenador del Colci. Mostacho García caminaba solo por la banda.

Tocándose el bigote, y hablando solo.

Habían perdido contra un equipo desconocido, y encima, sin meter ningún gol.

Camuñas me empujó y echamos a correr hacia el vestuario. ¡Estábamos en la final!



Salimos en todas las televisiones y en todos los periódicos. ¡Dos partidos ganados sin meter ni un gol!

Contra el Inter de Milán y contra el equipo anfitrión. Nunca había pasado una cosa así.

Ni en torneos infantiles ni de adultos ni en ningún sitio. Ganar dos partidos seguidos sin marcar.

Entrevistaron a Marilyn, que era la capitana del equipo, y a Helena, que se había hecho muy popular desde que salía en las fotos con Luccien.

Y a Toni, que era el máximo goleador del equipo en la Liga, y a Camuñas, que había parado muchos goles.

A mí no me entrevistaron, pero no me importó. Yo me pongo muy nervioso delante de una cámara.

Esa noche, nos juntamos a cenar todos en el salón del hotel. El padre de Camuñas encendió la televisión y dijo que nuestros entrenadores iban a ser entrevistados en directo.

Mi madre les pidió a todos los presentes que no hicieran mucho ruido, que queríamos escuchar la entrevista.

Era un programa de Tele Benidorm, y Felipe y Alicia salieron con un presentador que iba con una chaqueta roja y que sonreía mucho. El hombre de la chaqueta roja los presentó y, antes de que ellos pudieran hablar, pusieron imágenes de los goles en propia puerta que se habían metido nuestros rivales, el Inter y el Colci.



Uno… dos… tres… y cuatro. ¡Cuatro goles en propia puerta!

—Es un récord mundial —dijo el presentador, sin dejar de sonreír en ningún momento.

Alicia y Felipe dijeron que ellos estaban felices y que el equipo estaba muy concentrado, y que si seguíamos jugando así, era cuestión de tiempo que metiéramos un gol.

El entrevistador les preguntó entonces si pensábamos ganar el torneo sin meter ni un gol.

Alicia dijo que eso no les preocupaba.

—No nos preocupa —dijo—. Lo importante es que los chicos jueguen en equipo y disfruten de la experiencia.

—Sí, sí, pero hasta ahora habéis tenido mucha suerte —insistió el entrevistador—. ¿Pensáis seguir teniendo esa suerte en la final contra el mejor equipo del mundo, el Cronos?

Felipe tartamudeó un poco antes de contestar…

—Esto… sí… no… es… es… no es cuestión de suerte —dijo por fin.

—¿Ah, no?

—¿Sabe usted lo que es la suerte? —preguntó Felipe.

El entrevistador negó con la cabeza.

—Pues la suerte —dijo Felipe muy serio— es cuando se juntan la preparación y la oportunidad. Nosotros estamos preparados para jugar. Y la oportunidad de ganar se ha presentado en este torneo. Así que la estamos aprovechando. Eso es la suerte.

No sé muy bien lo que quería decir Felipe, pero me encantó escucharle allí, hablando de nosotros, en Tele Benidorm.

Ya he dicho que Alicia y Felipe estaban muy raros últimamente.

Luego, el presentador les preguntó si era normal que una pareja de novios entrenaran a un equipo de fútbol.

Ahí se pusieron un poco rojos y dijeron que ese era un tema personal, y que habían venido para hablar de fútbol y no de su vida.

Todos nos reímos cuando les hicieron esa pregunta. Y se acabó la entrevista.

—Hala, a cenar —dijo mi madre, y bajó el volumen de la televisión.

Después de cenar, salimos todos a jugar al jardín.

Yo subí un momento a la habitación a recoger la cámara de fotos, que me la había olvidado.

Nada más entrar en la habitación, alguien llamó a la puerta.

—Vooooy.

Acababa de entrar y ya estaban llamando. ¿Quién sería?

Por mi cabeza pasaron muchas posibilidades.

Tal vez era Camuñas, que siempre aparecía cuando menos te lo esperabas.

O Tomeo.

O Angustias.

Incluso Toni, que venía a meterse conmigo.

Por un momento pensé que quizá podía ser Helena, que por fin quería que hablásemos a solas.

Aunque también podía ser mi madre, para decirme que no podía estar siempre olvidándome las cosas.

Pues bien, no era ninguno de ellos.

Era la última persona que yo me podía imaginar. Abrí la puerta y allí estaba.

Con su chándal del Cronos y su pelo rubio. Luccien.

—¿Esto no es habitación de chicas? —me preguntó con acento francés muy fuerte cuando me acerqué.

Un momento.

¿Qué hacía allí Luccien?

Y otra cosa: ¿hablaba español?

—¿Hablas español? —pregunté.

—Un poco —dijo.

—Ah, pues mucho mejor.

—Estaba buscando Helena. ¿No es aquí? —preguntó.

—No, no, esta es la habitación de los chicos —dije—. Está abajo, en la piscina, con los demás.

—Ah —dijo decepcionado, como si no tuviera ganas de ir a la piscina.

Se quedó un momento en la puerta sin decir nada.

Yo tampoco sabía qué decir.

—Pues nada —dije, por decir algo—. El domingo vamos a jugar la final, Qué bien.

—Sí, sí, muy bien —dijo él.

—A ver si no nos metéis muchos goles —dije yo haciéndome el simpático.

Luccien parecía preocupado.

Entró en la habitación y cerró la puerta.

—Pakete, tengo que decir una cosa.

—Pakete.

Luccien miraba a todas partes, preocupado.

—En realidad me llamo Francisco —añadí—. Aunque todos me dicen Pakete. Bueno, no todos, pero sí muchos. Al principio me llamaban así para reírse de mí, pero luego ya es un apodo, como el Pelusa, o la Pulga, o uno de esos apodos que les ponen a los futbolistas y que parecen ridículos, pero que después todo el mundo los usa y suenan muy bien… Querías decirme algo, ¿verdad?

—Tengo que contar una cosa —volvió a decir.

—¿Es algo sobre Helena?

—No, no.

—¿Ah, no?

—No tenemos tiempo —dijo mientras echaba una mirada de reojo a la puerta de la habitación, como si en cualquier momento fuera a abrirse.

Entonces oímos el ascensor y unas zapatillas resonando en la moqueta.

—¿Luccien? —dijo una voz, y Luccien se asustó mucho. Era Habermas, su entrenador.

Luccien me cogió por los hombros y se puso muy serio.

—Escucha —dijo—. Vais a ganar la final.

—Sí, bueno, lo vamos a intentar —dije yo—. Lo ha dicho nuestro entrenador, que tenemos la oportunidad y no sé qué más.

Los pasos se oían cada vez más cerca.



—¿Luccien? —repitió Habermas.

—No broma. Soto Alto ganar el torneo. Alguien quiere… Tenéis que ganar.

—¿Cómo que tenemos que ganar?

—Nosotros perder, vosotros ganar. Está todo hablado —dijo. Y se fue hacia la puerta.

—Pero oye… ¿Hablado con quién? No te vayas así…

El francés abrió la puerta y se fue de allí corriendo, sin decir nada más.

Escuché voces en el pasillo. Creo que era Habermas, pero no estaba seguro.

Me asomé despacio.

Miré hacia un lado y hacia otro. Luccien había desaparecido.

—¿Luccien? —dije.

Pero no hubo contestación. Sentí un escalofrío. El pasillo estaba vacío, y no se oía nada.

—¿Luccien? —volví a preguntar. Pero nada.

¿Cómo era posible que hubiera desaparecido tan rápido? ¿Y por qué me había dicho que íbamos a ganar?

¿Qué estaba ocurriendo?

Me quedé en la puerta unos segundos, esperando que ocurriese algo.

Y entonces alguien me agarró por detrás. —¡Uuuuuuuuuh!

Casi me caigo del susto. Era Camuñas.

—Ten cuidado, hombre, que es muy malo para la salud asustar a las personas de esa forma —dije.

Camuñas se reía.

—¿Qué hacías ahí con esa cara? —me preguntó. Yo le miré.

—Ha pasado algo increíble —dije.

—Ya estamos —dijo él.

—No, no, esta vez es en serio.

—Bueno, ¿me lo vas a contar o no?

Lo pensé un segundo. Y dije:

—No.


1



Reunión urgente de los Futbolísimos. Mandé un mensaje a todos.

«A las 12 de la noche en la playa, frente al hotel». Los primeros en llegar fuimos Camuñas y yo.

Llevaba toda la noche insistiendo para que le contara lo que había ocurrido.

Pero le dije que se lo tenía que contar a los Futbolísimos. A todos.

Poco a poco, fueron llegando los demás.

—Felipe casi me pilla al salir de la habitación —dijo Angustias.

—¿Pero te ha pillado o no? —pregunté.

—No, pero casi. Lo he pasado fatal. Y luego, en la recepción, me he cruzado con esos dos hombres de traje que parece que están en todas partes y que siempre tienen los ojos muy abiertos.

—¿Te han dicho algo?

—No, pero yo creo que me estaban vigilando.

—Mira, Angustias, siempre estás viendo fantasmas —dijo

Camuñas.

Allí estábamos los Futbolísimos. Reunidos a medianoche en la playa de Benidorm.

—Bueno, tú dirás —soltó Marilyn.

—Eso, ¿para qué has convocado la reunión? —preguntó Toni.

—Todavía no —dije—. Tenemos que estar todos.

Nos miramos unos a otros. Allí estábamos ocho.

Así que faltaba uno.

—Falta Helena —dijo Anita.

—Exactamente.

—A ver si le ha pasado algo —dijo Angustias.

—¿Por qué le va a pasar algo? —preguntó Marilyn.

—No sé —dijo Angustias.

—Bueno, pero vete adelantando algo —dijo Tomeo—. ¿Para qué nos has hecho venir?

—Dice que ha pasado algo muy raro —dijo Camuñas.

—¿Pero a ti ya te lo ha contado? —preguntó Ocho.

—No, no, a mí no ha querido decirme nada.

Toni dio un paso al frente.

—Bueno, ya está bien —dijo—. Helena estará a punto de llegar. Haz el favor de decir para qué nos has traído aquí.

Noté cómo en ese momento catorce ojos me miraban fijamente.

—Está bien —dije—. Ahí va: vamos a ganar la final.

—¿Qué?

—¿Pero esto qué es, una broma?

—¿Has tenido una visión o lo has soñado, Pakete?

—¿Y para decirnos eso nos convocas aquí a medianoche?

—Un momento, por favor —dije—. No me habéis entendido. No es que yo crea que vamos a ganar la final. Es que alguien me lo ha dicho.

—¿Y quién te lo ha dicho, si puede saberse? —preguntó Marilyn.

—¡Luccien!

¿Eh?

Yo no había dicho nada.

La voz provenía del paseo marítimo. Los ocho nos giramos.

Y allí vimos a Helena.



—¡Luccien! —dijo ella mientras venía corriendo hacia nosotros—. ¡Se ha ido!

—¿Cómo que se ha ido? —preguntó Toni.

—Se ha ido a su casa a París y ya no va a jugar con el Cronos nunca más —dijo Helena—. Acaban de dar la noticia en la televisión. Por eso he llegado tarde.

Por fin Helena llegó a la playa, adonde estábamos nosotros. Parecía muy alterada.

—Nadie sabe los motivos —explicó ella—, pero por lo visto ha dejado de ser del Cronos desde hoy mismo. Se rumorea que ha fichado por un equipo profesional de adultos. Y otras fuentes dicen que se retira del fútbol. Lo único seguro es que ya no está aquí.

—Pero eso es… —dijo Marilyn.

—¡Es una buenísima noticia! —dijo Toni—. Así no podrá jugar la final contra nosotros.

Visto así, era una buena noticia para nuestro equipo. Todos murmuramos.

Que si era muy raro.

Que seguro que Luccien había firmado un contrato multimillonario.

Que les daba pena no jugar contra él, pero que era mejor. Después de algunos comentarios más, Camuñas se volvió hacia mí y dijo:

—Bueno. Y tú, Pakete, ¿qué nos tenías que contar? ¿Por qué has dicho que vamos a ganar la final?

—¿Has dicho que vamos a ganar la final? —preguntó Helena, extrañada.

—Bueno, a ver, yo no lo he dicho —intenté explicarme.

—Entonces, ¿quién lo ha dicho?

—Pues el mismo que se ha ido a París… Luccien.

—¿Luccien te ha dicho que el Cronos va a perder la final y que nosotros vamos a ganar?

—Exactamente.

28



Todos se quedaron callados, mirándome, y después siguió un bombardeo de preguntas.

—¿Cómo vamos a ganar al Cronos, SI son los mejores del mundo? —preguntó Camuñas.

—¿Cuándo te lo ha dicho?

—¿Y por qué lo sabe él?

—¿Se cree que por no jugar vamos a ganar nosotros?

—Además, ¿cómo sabes si es verdad lo que te dijo Luccien? —siguió Toni—. Puede que te estuviera tomando el pelo.

—No lo sé —dije, y me encogí de hombros.

—¿Pero qué te dijo exactamente? —preguntó Helena.

—Me dijo que íbamos a ganar la final. Y que ya estaba todo hablado.

—¿Hablado con quién? —preguntó Camuñas.

—Eso mismo le pregunté yo —me defendí—: ¿hablado con quién?

—¿Y qué te contestó?

—Pues… nada. Se fue sin decir nada más, porque el entrenador

Habermas estaba en el pasillo y Luccien parecía muy nervioso.

Ninguno parecía entusiasmado con lo que acababa de contar.

—A ver si lo entiendo —dijo Toni—. ¿Nos has convocado a medianoche para decirnos que el francés ese, antes de irse a París, te dijo que íbamos a ganar la final?



—Sí —respondí.

—Pues vaya cosa.

Todos parecían de acuerdo con Toni.

Lo que había dicho Luccien no tenía tanta importancia.

A lo mejor lo había dicho porque pensaba que si no jugaba él, podíamos ganar.

O a lo mejor era una tontería sin más.

—Yo creía que era algo más importante —dijo Camuñas.

—Y yo —añadió Tomeo.

Helena me miró y, viendo que nadie me hacía caso, dijo:

—Un momento. Si Pakete ha convocado a los Futbolísimos es porque tiene sus razones.

De nuevo, todos me miraron.

—¿Tienes tus razones? —preguntó Marilyn.

—Creo que sí —dije, sin estar muy convencido.

—Pues adelante.

Los miré, y pensé que era el momento de decir todo lo que me pasaba por la cabeza.

—Primero, hemos ganado dos partidos seguidos contra equipos que son mucho mejores que nosotros. Segundo, hemos ganado los dos partidos sin meter ni un solo gol. Tercero, ahora vamos a jugar contra el mejor equipo del mundo. Cuarto, el jugador estrella de ese equipo dice que nosotros vamos a ganar y se retira. Son muchas casualidades, ¿no? Ah, y quinto:

Felipe y Alicia andan por ahí hablando a escondidas de dinero y de otras cosas que no me pude enterar bien —dije—. Yo creo que es todo un poco raro.

—Dicho así, suena extraño, la verdad —dijo Helena.

—Eh, eh, que no habremos metido ningún gol, pero que yo he hecho unos paradones… —dijo Camuñas.

—Y yo creo que no hemos jugado mal —dijo Tomeo.

—Pero si nadie está diciendo que hayamos jugado mal —dije yo—, solo que es muy raro, y que a lo mejor alguien está interesado en que ganemos.

—¿Alguien aparte de nosotros, quieres decir?

—Eso quiero decir.

—¿Y qué tienen que ver Alicia y Felipe con todo esto?

—No tengo ni idea.

Otra vez empezaron todos a hablar al mismo tiempo. Que esto no tenía sentido.

Que para qué iba a querer alguien que ganásemos nosotros. Que mezclar a Felipe y Alicia con Luccien no venía a cuento. Entonces Marilyn dijo una cosa que nos dejó a todos boquiabiertos.

Para el que no lo sepa, Marilyn vive en Sevilla la Chica como todos nosotros, pero ella nació en Colombia.

Nos contó que una vez, en su país, habían detenido a los futbolistas de un equipo profesional por meterse un gol en propia puerta y dejarse ganar.

—Los detuvo la policía a todos —dijo.

—¿Por meterse un gol a Sí mismos? —dijo Tomeo, preocupado.

—Por dejarse ganar.

—¿Y por qué se dejaron ganar? —preguntó Toni.

—Pues porque por lo visto eran los favoritos, y en las apuestas deportivas pagaban mucho dinero si perdían —explicó Marilyn.

—O sea, que se dejaron ganar a propósito para conseguir dinero en las apuestas —dijo Helena.

Marilyn asintió.

De pronto pareció que en aquella playa hacía más frío.

¿Y si nos habían dejado ganar a propósito los otros equipos? ¿Era posible algo así?

—En los partidos infantiles no hay apuestas —dijo Toni.

—Pues hay que enterarse bien —dijo Helena—. Y también hay que hablar con los jugadores del Colci y con los del Inter.

Ahora la cosa sí que se ponía seria.

—¿Y por qué no vamos a la policía y nos olvidamos de todo esto? —preguntó Angustias.

—Pues porque todavía no sabemos lo que está pasando. Y no tenemos pruebas de nada —dijo Camuñas.

—A mí me está entrando hambre —dijo Torneo,

—Está bien —dije—. Propongo que investiguemos nosotros a ver qué hay detrás de todo esto. Y si descubrimos algo, entonces decidiremos qué hacer.

—Ya estamos con las investigaciones —dijo Angustias—. Yo he venido a Benidorm a jugar al fútbol y a bañarme en la playa, no a investigar.

Por supuesto, nadie le hizo caso a Angustias.

—Bueno, ¿y por dónde empezamos? —preguntó Camuñas.

—Mañana nos llevan a Terra Mítica a todos los equipos —dijo Helena—. Ese será un buen sitio para empezar nuestras investigaciones.

Y así acabó la primera reunión de los Futbolísimos en Benidorm.



Vamos por partes.

¿Qué es exactamente una apuesta deportiva? Pues ni más ni menos, lo que su nombre indica: una apuesta que se hace a un deporte.

Por lo visto, antes solo se apostaba a las carreras de caballos y de galgos.

Pero después, poco a poco, las apuestas se fueron extendiendo a todos los deportes.

Como el tenis, el baloncesto… y, por supuesto, el fútbol.

Si en un partido, por ejemplo, juega un equipo muy bueno contra uno muy malo, las apuestas son siempre a favor del equipo bueno. Y en caso de que haya una sorpresa y gane el equipo malo, las apuestas se pagan mucho más. A lo mejor te dan dos veces lo que has apostado. O tres. O incluso más. Dependiendo cómo sea de grande la sorpresa.

No sé si me estoy explicando.

Como dice Marilyn, a veces se han descubierto casos de futbolistas que hacen trampas y se dejan ganar un partido para cobrar una apuesta.

Cuando eso ocurre, y se descubre, la policía interviene para detener a los que hayan hecho trampas.

Lo que pasa es que nunca hasta ahora, que se sepa, ha ocurrido algo así en un partido infantil.

Para empezar, porque está prohibido apostar en deportes en los que jueguen niños.

Camuñas y yo estábamos navegando en el ordenador del hotel, y acabábamos de ver algo que nos había dejado sin habla.



Buscábamos cosas relacionadas con apuestas de fútbol. y habíamos encontrado una página web en la que ponía:

«La Final del TIFIB de Benidorm, primer partido infantil de la historia que cotiza en las casas de apuestas»,

¿Cómo podía ser eso?

¿La gente de todo el mundo podía apostar en nuestro partido? ¿Y nosotros sin saberlo?

«Cronos - Soto Alto, una experiencia piloto en las apuestas deportivas»,

Por lo visto, éramos una experiencia piloto.

O sea, que era verdad: ¡nuestro partido estaba en las casas de apuestas!

Aquello no olía bien.

A lo mejor tenía razón Angustias y lo que teníamos que hacer era contar lo que sabíamos a la policía.



—Pero si no sabemos nada —dijo Camuñas mientras seguía buscando por la red.

—Sabemos lo que Luccien me dijo… —intervine yo.

—Mejor dicho: lo que tú dices que Luccien te dijo.

—¿Cómo?

—Es que ni siquiera tienes pruebas de que Luccien te dijo eso.

—¡No necesito pruebas, yo sé perfectamente lo que me dijo! —protesté.

—Si vas a la policía, necesitarás pruebas —sentenció Camuñas.

Tenía razón.

Si queríamos descubrir algo, primero debíamos investigar por nuestra cuenta.

Era la única manera.

A la mañana siguiente, nos levantamos muy temprano. Nos esperaba Terra Mítica.



Terra Mítica es un parque temático enorme.

Está a unos pocos kilómetros de Benidorm. Y todas las atracciones están inspiradas en la gente que vivió en el Mar Mediterráneo hace muchos años.

La visita la habían organizado los patrocinadores del Torneo y del Cronos, a sea, Dream.

Iban a presentar allí un juego nuevo para su consola y por eso invitaron a los jugadores de los cuatro equipos.

Los que íbamos a jugar la final, y los que estaban ya eliminados pero se habían quedado a jugar por el tercer y cuarto puesto.

Cuando llegamos, nos subieron a todos a un barco que se llamaba Seker, desde el que se veían todas las atracciones.

En el barco pusieron un vídeo que hablaba de dioses y héroes de la Antigüedad, y decían que todas las atracciones estaban basadas en sus hazañas.

Pero nosotros solo hablábamos de una cosa.

¿Habíamos ganado de verdad los partidos, o los otros equipos se habían dejado?

Decidimos empezar por el principio. Por el Inter de Milán.

Buscamos por el barco al portero, Gabriele, el que miraba a la grada cuando se metieron en propia puerta el primer gol.

Por lo visto, Gabriele era hijo del famoso portero Gabriele, el de la selección Italiana.

—¿Y eso qué? —preguntó Tomeo.

—Pues que Gabriele padre fue portero de los tres equipos que ganaron la Champions con Habermas —dijo Helena, que siempre era la que más sabía de fútbol.

—O sea, que Habermas y el portero del Inter se conocen —dijo Toni.

—Eso parece —dije.

Cada vez había más casualidades en esta historia. Demasiadas.

Nos miramos. Todos estábamos pensando lo mismo.

¿Y si lo que Luccien había dicho era verdad y los partidos estaban amañados?

¿Le habría ordenado Habermas a Gabriele que se dejara meter un gol?

Si era así, estábamos ante algo muy gordo. Había que hablar con Gabriele.

Mirarle a la cara.

Y preguntarle si se había dejado meter el gol a propósito. Eso es lo que había que hacer.

No podíamos ir los nueve al mismo tiempo a preguntarle, porque seguramente se asustaría y no querría contestar.

Decidimos que Camuñas y yo fuéramos en nombre de todos. Le vimos enseguida en la proa, que es la parte delantera del barco, como todo el mundo sabe.

La popa es la parte de atrás, y ya no sé más partes.

Gabriele estaba sentado en un banco, junto a la barandilla. Mirando las atracciones que pasaban delante de nosotros. Sin pensarlo más, fuimos a por él.

Mientras nos acercábamos, Camuñas me miró preocupado.

—Un momento, Pakete. ¿Tú sabes cómo se interroga a alguien?

—¿Eh? —dije, sin entender a qué se refería—. No vamos a interrogarle, solo vamos a hacerle unas preguntas y ya está.

—Cómo que preguntarle y ya está. Antes hay que preparar al testigo, hacerle un poco de guerra psicológica —siguió Camuñas.

—No sé qué quieres decir.

—Exacto, no sabes —dijo Camuñas—. Puede que el testigo no quiera contestar. O que se vuelva hostil. O que responda con evasivas. Deberías dejarme a mí.

—¿Por qué te voy a dejar a ti? —protesté—. Además, mi padre es policía y ha interrogado a un montón de gente.

—Municipal. Tu padre es policía municipal. Se dedica a poner multas y cosas así —dijo Camuñas—. y no es por nada, pero yo soy portero igual que Gabriele, y entre porteros siempre hay como una conexión especial. Lo importante es que no se dé cuenta de que le estamos interrogando, que parezca una charla casual.

Miré al italiano y miré a Camuñas.

Al fin y al cabo, el portero del Inter tenía muy mal genio, y había discutido con el árbitro y con los de las paelleras. Incluso había discutido con los de su propio equipo.

Así que tampoco tenía yo mucho interés en que se enfadara conmigo.

—Muy bien, pregúntale tú. Yo me quedo a tu lado por si acaso —dije echándome a un lado.

—Ya verás cómo no se va a dar cuenta —dijo.

Camuñas dio unos pasos y se sentó junto al italiano. Y puso lo que él llamaba «cara de disimular».

En realidad, yo creo que no disimulaba nada, sino todo lo contrario, la verdad.

Gabriele le miró, muy extrañado.

—¿Te pasa algo? —preguntó Gabriele.



—¿A mí? No, no, no… Estoy aquí tranquilamente, tomando el aire, ya ves.

—Es que parecía que me estabas mirando —insistió el italiano.

—¿Yo? No, estoy mirando un poco todo… y nada. Pero vamos, que no te miraba a ti.

Por un instante, ninguno de los dos dijo nada más. Camuñas siguió «disimulando».

Y Gabriele parecía cada vez más incómodo. Hasta que, en un momento dado, se levantó.

—Hasta luego —dijo Gabriele, y se fue hacia otra parte del barco.

—Adiós —dijo Camuñas.

Y ya está.

Cuando Gabriele se alejó, me acerqué a Camuñas.

—Te has dado cuenta, ¿eh? —dijo Camuñas.

—¿De qué?

—Pues del interrogatorio… Gabriele no ha sospechado nada.

—¿Pero cómo va a sospechar si no le has preguntado nada?

—Ya te he dicho que lo importante es que no se dé cuenta…

—¿Pero cómo se va a dar cuenta si no le preguntamos nada?

—Hay que ir paso a paso.

Negué con la cabeza.

No había tiempo para tonterías.

Me acerqué a Gabriele y le toqué el hombro por detrás. Él se giró.

—¿Qué pasa?

Dudé un momento, y pensé que lo mejor era soltarlo de golpe.



—Gabriele, perdona que te moleste, pero… ¿alguien te obligó a dejarte meter el primer gol contra nosotros? ¿Habló contigo Habermas?

El portero se quedó pasmado.

—¿¿¿Cómo??? ¿Qué estás diciendo?

—Es que han pasado muchas cosas raras, y si te dejaste meter ese gol, es mejor que lo digas cuanto antes.

—Mira, enano —dijo Gabriele—, nunca en mi vida me he dejado meter un gol, ni por Habermas ni por nadie en el mundo. Tuvisteis mucha suerte, pero el Cronos os va a meter una paliza. Y no vuelvas a hablarme nunca más si no quieres que te tire al agua ahora mismo.

Y nada más decir eso, se dio media vuelta y se fue.

—Qué manía con llamarme enano, igual que mi hermano mayor —dije.

—Ahora sí que se ha dado cuenta de que era un interrogatorio

—Protestó Camuñas.

Le miré, pero no me dio tiempo a decirle nada más porque una voz nos interrumpió.

—¿Se puede saber qué hacéis aquí? ¡OS estamos buscando por todo el barco!

Era Quique, el padre de Camuñas.

Dijo que no podíamos ir por nuestra cuenta, y que además teníamos que hacernos unas fotos con los patrocinadores, que para eso nos habían invitado al parque.

Volvimos con el resto del grupo, y les contamos lo que había dicho Gabriele.

—Yo le creo —dije.

—Pues vaya cosa —dijo Toni.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Pues que si se dejó meter el gol a propósito, no lo iba a decir —insistió Toni.

—No sé, parecía muy enfadado —dije—. A mí me parece que estaba diciendo la verdad.

Helena propuso que siguiéramos con los interrogatorios a ver si llegábamos a alguna conclusión.

El siguiente de la lista era el que se marcó el gol en propia puerta en la semifinal.

El número cinco del Colci: Maxi.



Era un escenario enorme.

Había pantallas gigantes donde pasaban anuncios de la consola Cronos 3 y de los nuevos juegos.

En muchas imágenes aparecía, cómo no, Luccien metiendo goles.

En el escenario estaban en ese momento los jugadores del Cronos, firmando autógrafos y portadas de los videojuegos a otros niños.

Nihal cruzó una mirada conmigo. No sé si era una sonrisa exactamente, pero pareció alegrarse de verme.

Griselda Günarsson, la relaciones públicas, era la que dirigía todo y les decía dónde debían colocarse, y los movía de acá para allá como si fueran

muñecos.

Cerca de allí, apartado y con cara de malas pulgas, estaba Habermas, el entrenador.

Anotó algo en su libreta negra y dijo:

—Hummmm.

A los jugadores del resto de equipos nos habían puesto en una esquina, y por lo visto lo único que teníamos que hacer era sonreír y estar allí como unos pasmarotes.

—¿Cuándo vamos a subir a las atracciones? —preguntó Toni.

—¿Y cuándo vamos a comer algo? —preguntó Torneo.

—Haced el favor —dijo mi madre.

Teníamos a los jugadores del Colci muy cerca, apenas a unos metros.



En medio de ellos estaba Maxi.

Todos le estábamos mirando. Sin decir nada. Pensando que quizá era el momento de hablar con él.

En ese momento, nos llamaron para subir.

Sonó una música y los nueve entramos en fila en el escenario. El presentador del evento dijo que la final era «David contra Goliat, si Goliat fuera del tamaño de un Transformer», y todo el mundo se río mucho.

Nosotros sonreímos sin saber qué hacer ni qué decir.

Aunque, por lo visto, no teníamos que hacer ni decir nada. Solo estar allí mientras el presentador seguía diciendo tonterías.

—Mira, se van, se van —dijo Helena.

Los del Colci ya habían hecho su ronda de fotos y ahora se marchaban, supongo que a montar en las atracciones.

—¿Podemos bajar ya? —pregunté yo.

Pero el padre de Camuñas se puso muy serio y dijo que nos teníamos que quedar arriba para hacernos fotos con los del Cronos, como cuando nos dieron las botas.

—Al fin y al cabo, sois los finalistas del torneo —dijo.

Al terminar, habíamos perdido de vista a Maxi y el resto del equipo local.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Marilyn.

—Tenemos que encontrarlos. Quizá no tengamos otra oportunidad de hablar con Maxi —dijo Helena.

—El parque es grandísimo. ¿Tenéis un satélite o algo así para encontrarlo? —preguntó Toni.

Yo miré hacia arriba. y tuve una idea.

—Un satélite, no, pero hay un sitio desde donde se ve todo —dije, y señalé una atracción: El Síncope.

—Yo en esas cosas me mareo —dijo Angustias—. Vaya comprar un poco de algodón dulce, y luego os veo.

—Yo voy contigo, que necesito azúcar —dijo Tomeo.

—Yo también —dijo Ocho.

—Mejor subid vosotros, Pakete, y luego nos contáis —dijo Anita, y se fue detrás de ellos.

Quedábamos cinco: Helena, Marilyn, Camuñas, Toni y yo.

—¿Vamos?

—Vamos.

El Síncope funciona como un péndulo.

Va girando de un lado a otro, y al final de la barra te sientas en un disco.

Desde un extremo al otro sube muy alto, casi a cuarenta metros sobre el suelo, y desde ahí se veía todo el parque.

—Fijaos bien, eh. Hay que encontrar a los del Colci.

Allí estábamos los cinco sentados.

Mirando para todos lados, sin prestar atención a lo alto que estábamos subiendo.

Por fin llegamos arriba del todo, y Camuñas señaló un punto.

—¡Mirad, mirad!

—¿Los has encontrado? —pregunté yo.

—¡No, pero ahí está mi padre!

Efectivamente, vimos a Quique Camuñas hablando y riéndose con Griselda, la rubia relaciones públicas de Dream.

—¿Y eso qué? —preguntó Marilyn.

Camuñas se encogió de hombros.

—¡Mirad, ahí están los del Colci! ¡Van a entrar al Laberinto del Minotauro! —dijo Helena.

El chándal naranja de los del Colci era inconfundible.

—¡Eso es, buen ojo! —la felicitamos todos—. Ahora vamos a baj… ¡¡¡ahhhhh!!!

Aquí va un pequeño consejo.

No hay que subirse nunca a una atracción si no sabes exactamente cómo funciona.

El péndulo empezó a inclinarse ya girar.

El disco giraba a noventa kilómetros por hora.

Además, el péndulo se balanceaba de un lado para otro hasta que nos quedábamos casi en horizontal.

A los pocos segundos, todo se movía de un lado a otro, y yo pensaba que la tripa se me iba a salir por la boca.

Parecía que aquello no acabaría nunca.

Me sentía como si estuviera dentro de una batidora, y dentro de una batidora te pasan muchas cosas por la cabeza.

Vi a Helena.

A Nihal.

A mi padre dentro del coche de policía. El patio de mi colegio.

Un balón entrando en la portería. Otro balón… y otro más.

Creía que me iba a desmayar. Por suerte, El Síncope se detuvo. Al fin.

Bajamos los cinco completamente mareados y con la cara blanca.

Pero al menos sabíamos dónde estaba Maxi.





El Laberinto del Minotauro era una especie de pasaje del terror, pero lleno de monstruos mitológicos.

—¿Entramos? —preguntó Camuñas.

—Nos llevan mucha distancia de ventaja —dijo Helena—. Lo mejor es que hagamos dos grupos. Unos que hagan el recorrido en sentido normal, y los otros, que empiecen por el final.

—También podemos quedarnos en la salida esperando a que salgan y allí vamos a por Maxi —dijo Camuñas.

—¿Y si dan la vuelta y salen por la entrada? —dijo Marilyn.

—¿Y por qué iban a hacer eso? —preguntó Toni.

—No lo sé, pero yo creo que ahí dentro será más fácil interrogar a Maxi sin que se pueda escapar —dije.

—Muy bien. Entonces, Camuñas, tú te quedas en la salida vigilando —dijo Helena—. Marilyn y yo entramos por el principio. y Toni y Pakete, que entren por el final. Así es imposible que se nos escape.

—¿¡Qué!? —dije yo.

—¿Tienes algún problema? —preguntó Toni—. ¿Te da miedo entrar por el final, o es que no quieres ir conmigo?

Le miré y pensé que lo último que quería en el mundo era meterme en un pasaje del terror con Toni robagoles superchulito. Ni por el principio ni por el final.

—No, yo no… Vamos… Yo, lo que digáis —dije.



En cuanto pasamos a la primera sala del laberinto, un dragón gigante cayó del techo y estuvo a punto de aplastarnos.

—¡Aaaaaaaaaah! —gritamos Toni y yo al mismo tiempo mientras nos agarrábamos el uno al otro.

Luego, el dragón subió otra vez al techo con una cuerda y nosotros nos separamos.

—Es un dragón de juguete —dije.

—A mí no me dan miedo estas tonterías —dijo Toni—. Lo que pasa es que, claro, te pillan así por sorpresa y un poco pues sí que te asustas.

—Claro, claro —dije.

Seguimos avanzando con cuidado, porque estaba todo muy oscuro y no se veía nada.

—Toni —dije.

—¿Qué pasa? ¿Tienes miedo?

—Un poco, pero vamos, que te quería preguntar otra cosa.

—Dime.

—¿Tú crees que Helena y Luccien…?

—¿Qué?

—Pues eso, que si Luccien y Helena se han hecho novios o lo que sea.

Toni se quedó callado un momento.

—¿Sabes lo que yo creo? —dijo Toni.

—¿Qué?

—Que Luccien ahora está en París y Helena está aquí.

—Eso sí.

—Pues eso.

Toni no me caía bien. Pero en una cosa tenía razón: Helena estaba allí, con nosotros, y Luccien estaba muy lejos.

Eso era bueno.

En medio de la penumbra, seguimos avanzando.

—¡Aaaaaaaaaah! —grité.

—¿Pero qué te pasa ahora? —preguntó Toni.

—Es que una mano me ha tocado —dije, muy nervioso.

—He sido yo, perdona —dijo él.

—¿Has sido tú?

—Sí, es que no veía nada y me he agarrado a ti un momento.

¿Te importa?

—No, no —dije, y seguí caminando muy despacio.

Toni y yo íbamos muy juntos, y creo que los dos teníamos miedo. y por primera vez pensé que no éramos tan diferentes y que a lo mejor algún día Toni y yo podríamos llegar a ser amigos.

Tal vez.

Entonces llegamos a la guarida del Minotauro.

—Allí están —dijo Toni.

Dentro de la guarida, rodeados de antorchas, estaban los jugadores del Colci.

Y en un extremo, junto a una cueva, estaba Maxi. Era el momento.



—Hola —dije, como si fuera lo más natural del mundo saludar a alguien a quien no conoces dentro de un pasaje del terror.

Maxi me miró sin entender de qué iba aquello.

—¿Tú quién eres? —preguntó.

—Soy Francisco, el número 7 del Soto Alto, no sé si te acuerdas de mí —dije—, aunque todos me llaman Pakete.

—Yo soy Toni, el número 9 y el mejor del equipo. Encantado

—Dijo Toni, y se puso a mi lado.

Los dos sonreímos y pusimos cara de buenas personas. Maxi nos miró de arriba abajo, como si estuviéramos locos.

—Está a punto de salir el Minotauro —dijo.

—Ya, ya, por eso. Solo queríamos hacerte un par de preguntas —dije.

—¿Ahora?

—Solo un par de casillas sin importancia —dije.

—Venga, al grano, Pakete —dijo Toni.

—No hay que correr, Toni —dije yo—. En estas cosas es mejor no ir deprisa, no asustar a las personas.

Maxi nos miró con los ojos muy abiertos.

—¿De qué vais vosotros dos? ¿Es una broma o es que sois así de verdad?

El resto de jugadores del Colci estaban dentro de la guarida, un poco más adelantados.

—Es que es un asunto delicado —dije. Toni me dio un empujón con el codo.

—Ya voy, ya voy… Bueno, a ver, Maxi, el gol que te metiste en propia puerta, ¿fue mala suerte? ¿O alguien te dijo que lo metieras?

—¿¡Qué!?

Ahora si que Maxi estaba muy nervioso.

—¿Os habéis metido en el laberinto para buscarme y preguntarme eso?

—No —dije yo rápidamente.

—No, no, no —dijo Toni.

—Bueno, un poco sí —dije al fin—. Es que están pasando cosas muy raras, y tenemos que saber la verdad, Maxi. ¿Nos puedes contar lo que pasó con el gol, por favor?

—Ya le dije todo lo que sabía a esos dos —dijo Maxi.

¿¡Eh!?

—¿A qué dos? —pregunté.

—Pues a esos dos tíos que van de traje, ya sabéis, esos dos que están en todos los partidos y que parecen dos búhos —dijo.

Un momento.

Estaba hablando de la pareja de tipos trajeados que siempre estaban viendo los partidos, y que también estaban en el hotel.

—¿Te han interrogado?

—¿Quiénes son?

—¿Y qué querían?

—No sé quiénes son, pero mi padre dijo que hablara con ellos, así que le hice caso. Querían saber cosas del gol que metí en nuestra portería, igual que vosotros —dijo Maxi.

Teníamos que descubrir cuanto antes quiénes eran esos dos.

—Ah, y también me preguntaron por vuestros entrenadores —dijo Maxi.

—¿Te preguntaron por Alicia y Felipe?

—Me preguntaron si había hablado con ellos antes o después del partido.

—¿Has hablado con Alicia y Felipe? ¿Qué tienen que ver ellos con todo esto?

En ese momento sonó una bocina que inundó la gruta. Era un ruido infernal.

Se encendió una luz roja y apareció…

… el Minotauro.

Con su cuerpo de hombre y cabeza de toro.

Y todos los que estábamos allí salimos corriendo. Los del Colci.

Maxi.

Toni.

Todos los turistas que había dentro. Yyo mismo.

El Minotauro nos perseguía y gritaba como un loco y llevaba un palo enorme y daba golpes a todo lo que se movía.

Como estaba muy oscuro, yo me tropecé varias veces y perdí de vista a todo el mundo.

Solo corría y pensaba que nunca jamás volvería a meterme en un laberinto como ese.

Corrí hasta la entrada de la gruta, y allí me volví a tropezar. y me caí encima de alguien.

Cuando abrí los ojos, la vi.

Justo debajo de mí, estaba ella.

Nihal.



Nihal era distinta a todas las chicas que yo conocía. Tenía una manera de mirarte muy rara.

Parecía que siempre estaba enfadada.

Y sin embargo, me caía bien.

No puedo explicarlo.

—Ten cuidado tú —dijo.

—Sí, sí, perdona —dije.

Me quedé mirándola como un tonto.

—¿Vas a levantar o quedar encima de mí todo el día?

—Ah, sí, claro —dije, y me puse en pie.

La miré sin saber qué decir.

—Te gustan los pasajes del terror, ¿eh? —dije, por decir algo.

—¿Puedo decir verdad? —me preguntó.

—Pues claro.

Nihal se acercó a mí.

Miró a un lado y a otro, como si alguien pudiera escucharla. y me dijo en voz baja:

—No gusta pasaje del terror, ni laberintos, nada.

—¿Ah, no?

—Pero todavía gustan menos fotos y periodistas —dijo—. Así que yo escondo aquí.

Nihal jugaba muy bien al fútbol.

No le gustaban las fotos ni los periodistas, y tenía una manera de mirarte y de decir las cosas que te ponía nervioso.

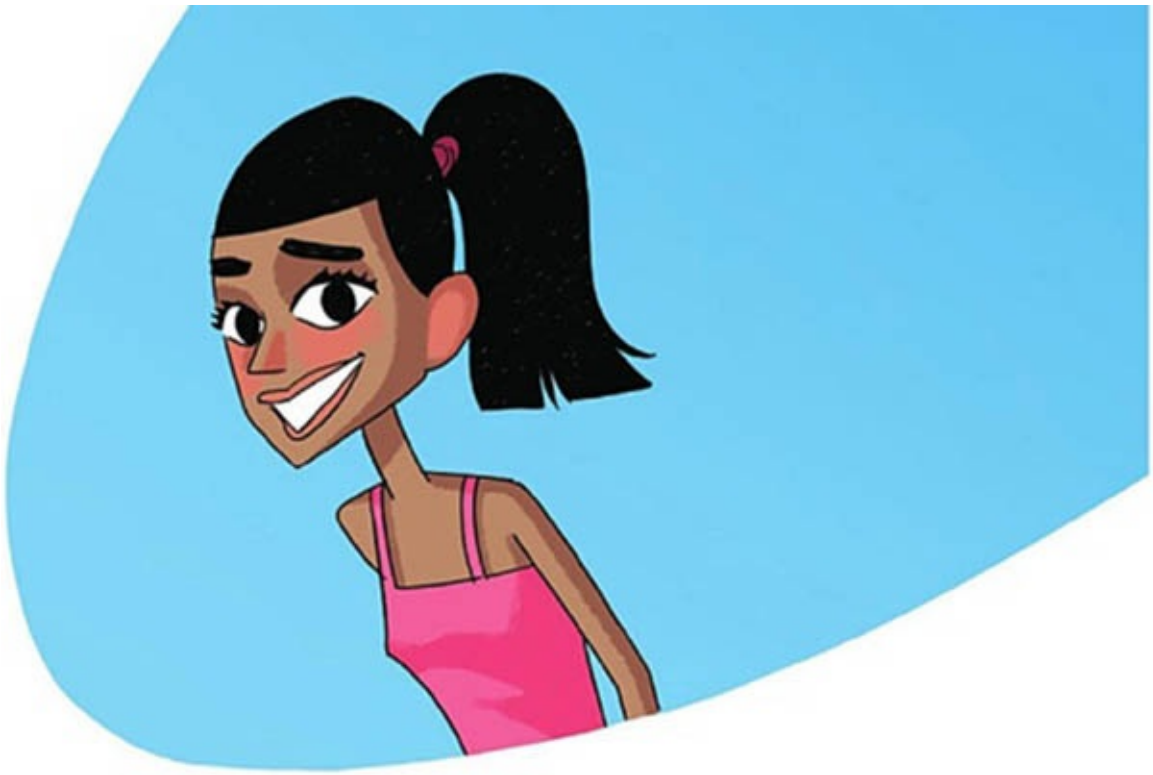
Nihal, la turca del Cronos. Allí estábamos.

En la entrada del Laberinto del Minotauro.

—¿Quieres que entre contigo? —dije.

—¿Pero tú no sales ahora? —me preguntó.

—Sí… y no. O sea, que he entrado por el final, y ahora no sé muy bien dónde estoy, pero me encantaría acompañarte. Si a ti te parece bien. Además, como ya he estado, puedo avisarte para que no te asustes con los dragones que caen del techo y esas cosas, aunque supongo que tú no te asustas por esas tonterías, ¿verdad?



Nihal sonrió.

Creo que era la primera vez que sonreía.

—Tú juegas muy mal fútbol, pero muy gracioso —dijo.

También era la primera vez que una chica decía que yo era gracioso.

Y me sonó bien.

Aunque me dijera que jugaba mal al fútbol, cosa con la que no estoy de acuerdo, y que supongo que lo dijo sin pensarlo muy bien.

—Pero mejor vas con tus amigos, ellos esperan —dijo Nihal.

—¿Qué amigos?

—Ellos —dijo Nihal, y señaló a la entrada del laberinto.

Allí estaban mis ocho compañeros.

Toni, Helena, Marilyn, Camuñas, Tomeo, Angustias, Ocho y Anita. y los ocho me estaban mirando sin decir nada.

No me había dado cuenta hasta que Nihal los señaló.

—Ah, sí, parece que me están esperando —dije.

—Adiós —dijo ella.

Y entró en el laberinto.

—Adiós —dije yo con un poco de pena.

La vi alejarse por el túnel y desaparecer dentro del pasaje.

En ese momento, todos mis compañeros vinieron hasta donde yo estaba.

—¿Qué ha pasado?



—¿Qué haces con la turca del Cronos?

—Toni dice que habéis hablado con Maxí.

—¿Qué te pasa, Pakete?

Los miré y me encogí de hombros.

—No me pasa nada —dije—. La estaba interrogando.

—Sí, seguro —dijo Angustias.

Nos fuimos de allí. Teníamos mucho que hacer. y mucho que investigar.

Mientras salíamos del parque, Helena me miró desde lejos. Sin decir nada.

Noté que era una mirada rara.

A lo mejor era así como la miraba yo cuando la veía hablar con Luccien. No lo sé.



35

Alicia y Felipe son nuestros entrenadores desde que yo estoy en el equipo de Soto Alto.

Había algunos padres que siempre protestaban porque una pareja, y más una pareja de novios, entrenara a nuestro equipo.

Pero a mí me gustaban mucho.

Felipe, con su barba y tan alto, siempre nos animaba mucho y siempre nos defendía cuando teníamos algún problema, y Alicia sabía mucho de fútbol y siempre nos contaba historias de otros futbolistas y de otros equipos.

Yo creo que juntos hacían una buena pareja.

Desde hacía algunas semanas, además eran novios. Eso no era bueno ni malo.

Como ellos decían, «era su vida privada».

Pero ahora estaban pasando cosas muy raras. y teníamos que investigarlos.

Aunque fueran nuestros entrenadores.

—Yo creo que Alicia y Felipe son inocentes —dijo Helena.

—Nadie dice que sean culpables —dijo Toni—, pero Maxi nos ha dicho que esos dos tipos trajeados los habían preguntado por ellos. Y Pakete los oyó hablar a escondidas de dinero y de cosas raras.

—¿Y por qué no investigamos a los tipos trajeados? —preguntó Torneo.

—Pues porque no sabemos quiénes son —dijo Camuñas—. Primero tenemos que averiguar otras cosas.

Decidimos seguir a Alicia y Felipe después del entrenamiento. Los vimos salir del hotel y tomar un taxi. Parecía que tenían mucha prisa.

¿Adónde iban nuestros entrenadores? ¿Por qué tenían tanta prisa?

Y lo más importante:

¿Cómo los íbamos a seguir, si ellos iban en taxi y nosotros teníamos que ir a pie?

—¡Gervasio! —dijo Camuñas.

Gervasio era el conductor de nuestro autobús.



Y en ese momento estaba en la puerta del hotel, limpiando el autobús.

—Gervasio, tienes que ayudarnos —dijo Camuñas, que por lo visto conocía a Gervasio por la agencia de viajes de su padre.

Camuñas le dijo que, por favor, siguiera al taxi. Y que si lo hacía, le recomendaría a su padre que le contratara para más viajes.

Gervasio se rio, como si la ocurrencia de Camuñas fuera una tontería y él no necesitase que un mocoso le recomendara.

—A ver, os llevo con una condición —dijo.

—¿Cuál?

—Que si metéis un gol en la final, me lo dediquéis.

Todos nos miramos.

—¡Trato hecho!

Subimos al autobús y nos pusimos en marcha. Gervasio era un hombre mayor y hablaba poco.

A mí me caía bien porque siempre estaba allí cuando le necesitabas.

Y además parecía que siempre estaba de buen humor. Fuimos detrás del taxi hasta el puerto.

En un muelle había un cartel donde ponía:

FERRYS TABARCA.

—¿Se puede saber qué es Tabarca? —preguntó Tomeo.

—Tabarca es la isla habitada más pequeña de España. Está a unos kilómetros de Benidorm. Atrae muchos turistas —dijo Anita, que es la que más sabe de geografía en Sevilla la Chica.

—Van a pasar allí la tarde y a tomar el sol y visitar la isla. Lo hace mucha gente. No sé a qué viene tanto misterio —dijo Gervasio.

Todos le miramos y le pedimos que nos guardara el secreto.

—Te prometo que te vamos a dedicar un gol en la final delante de las televisiones y de todo el mundo —dijo Camuñas.

—¿Y la recomendación de tu padre? —dijo Gervasio.

—Creí que no te interesaba.

—Tal y como están las cosas, claro que me interesa. Si me puedes conseguir más viajes, me vendrá muy bien.

—De acuerdo —dijo Camuñas.

Y se dieron la mano, como dos personas mayores. Todos bajamos corriendo del autobús.

—Tened cuidado, no os metáis en líos —dijo Gervasio. Vimos a Felipe y Alicia, que ya habían subido al *ferry*.

—No tenemos dinero para comprar los billetes —dijo Toni.

—Yo tengo algo —dijo Helena.

—Y yo también —dijo Marilyn.

Todos pusimos lo que teníamos.

Incluso Torneo, que siempre lleva monedas para comprar choches y helados y cosas así.

En total teníamos para dos billetes.

—¿Quiénes van?

—Yo he convencido a Gervasio, así que yo voy seguro —dijo Camuñas.

—Pero tú no has puesto dinero para los billetes —dijo Toni.

—La idea de seguirlos ha sido mía —dije.

—Yo también quiero ir —dijo Helena.

Por un momento pensé que la posibilidad de ir a Tabarca con Helena no estaba mal.

—Yo soy la capitana —dijo entonces Marilyn.

—Pero esto no tiene nada que ver con el equipo —dijo Tomeo.

—Claro que tiene que ver, y nos pusimos a discutir a ver quién tenía que ir.

—Yo no voy, os cedo mi sitio, a mí los *ferrys* no… —dijo Angustias.

Al final decidimos hacer una votación, y los dos más votados irían a Tabarca detrás de Alicia y Felipe.

—Daos prisa, que el *ferry* está a punto de salir.

La única regla de la votación era que no te podías votar a ti mismo.

Yo voté a Helena y resulta que todos votaron a Helena. Menos Camuñas.

Que votó a… Toni.

—¿Pero se puede saber por qué has votado a Toni en lugar de votarme a mí? —le pregunté.

—Porque me da la gana —dijo—. Y tú, ¿por qué no me has votado a mí? Si ya sabía yo que no me podía fiar.

En eso tenía razón.

Yo tampoco le había votado.

—¿Y tú a quién votas, Helena? —preguntó Toni.

—Da igual. Como tú eres el único que tienes un voto, pues a ti —dijo ella.

Al final, Helena y Toni se iban solos a Tabarca.

Y yo me tenía que quedar allí, en el puerto, viendo cómo se marchaban.

Nos despedimos de ellos.

—No los perdáis de vista —dijo Marilyn.

—No te preocupes —dijo Toní, y vimos cómo el *ferry* salía del puerto con ellos dos a bordo. Estaban agarrados a la barandilla y nos saludaron con la mano.

—La verdad es que hacen buena pareja —dijo Camuñas.

—Olvídame —dije yo.

No podía ir a Tabarca para seguir a Felipe y Alicia.

Y encima tenía que ver cómo Helena y Toni se iban juntos. Entonces sonó mi teléfono móvil.

Era mi madre.

—Pakete, ¿se puede saber dónde te has metido?

En ese momento se me ocurrió una idea.

—Mamá, ¿te apetece ir a Tabarca?



36



La isla de Tabarca tiene 30 hectáreas, la temperatura media en todo el año es de 17 grados, y actualmente tiene 61 habitantes.

Eso es lo que ponía en el folleto que te daban al llegar. Al final cogimos el siguiente *ferry*.

Subimos mi madre, el padre de Camuñas y los siete del equipo que nos habíamos quedado en el puerto.

—¿Pero cómo es que se han ido Helena y Toni solos? —preguntó mi madre.

—Porque solo teníamos dinero para dos —dije.

—¿Y no me podías haber llamado antes? —insistió mi madre—. El móvil te lo he dado solo para emergencias, pero para una cosa así también me puedes llamar, Pakete.

—Bueno, lo importante es que aquí estamos —dijo el padre de Camuñas.

—Exacto —dije yo.

Pensé que si le contaba toda la verdad a mi madre, se iba a pensar que estábamos locos.

En cuanto llegamos a la isla, salimos disparados.

Mi madre y el padre de Camuñas se quedaron en el único restaurante que había, debajo de un toldo, tomando unas cañas.



—Tened cuidado con el sol —dijo mi madre.

—Y no corráis, que es peor —dijo Quique.

Pero ya no los oímos. Habíamos salido corriendo.

—Tenemos que encontrarlos antes de que sea demasiado tarde —dije.

—¿Y por qué va a ser demasiado tarde? —dijo Camuñas.

—Pues porque no es bueno que estén solos tanto tiempo —dije sin pensar.

—Pero si Alicia y Felipe son novios desde hace mucho, y pasan mucho tiempo solos y…

Entonces Camuñas se quedó callado.

—Un momento —dijo—. Tú no estabas hablando de Alicia y Felipe.

—Pues claro que estaba hablando de ellos, qué tontería.

—Tú estabas hablando de Helena y Toni.

—No sé por qué dices eso.

Pero Camuñas ya no dio su brazo a torcer.

—¿Estás celoso de Toni?

Yo empecé a reírme.

—Sí, hombre, celoso. Ja ja ja, lo que me faltaba. Camuñas se encogió de hombros.

—Estás celoso —dijo.

—¡Allí están! —dijo Marilyn, que iba por delante de nosotros, con el resto del grupo.

—¿Quién? —pregunté.

—Pues quién va a ser: Alicia y Felipe —dijo ella. Tabarca es una isla muy pequeña.

Así que yo creo que es imposible perderse.

Estábamos dando la vuelta a la isla buscando a Alicia y Felipe, y de paso, a Helena y Toni, claro y allí los teníamos.

Justo delante de nosotros.

Nos escondimos detrás de unas rocas, y vimos a Felipe y Alicia muy nerviosos, mirando a todas partes. Salían de una pequeña iglesia. Iban los dos hablando con un hombre muy bajito, calvo y con la nariz muy afilada.

—¿Una iglesia? ¿Qué hacen en una iglesia? —pregunté.

—Los mayores criminales del mundo cierran los tratos en las iglesias —dijo Tomeo.

—¿Dónde has oído eso? —preguntó Anita.

—En las películas de la mafia —respondió él, muy seguro, como si fuera un experto.

Entonces Alicia sacó un sobre del bolso y se lo dio al hombre que los acompañaba.

El calvo cogió el sobre y miró su interior.

—Es dinero, seguro —dijo Torneo.

—Puede ser cualquier cosa… dijo Ocho.

—A lo mejor no están haciendo nada malo. ¿Desde cuándo es delito ir a la iglesia? —dijo Marilyn.

—¿Y el sobre?

—¿Qué pasa? Puede ser un donativo.

—O puede ser dinero para un chantaje.

—O para comprar un partido —dije yo.

Todos me miraron.

No sé por qué dije eso.

Fue lo primero que me pasó por la cabeza.

—Sí quisieran comprar un partido, no vendrían hasta una iglesia de Tabarca —dijo Marilyn—. No tiene sentido.

—Si quieres que nadie te vea, es el sitio perfecto —insistió Tomeo. Mientras hablábamos, Felipe y Alicia se despidieron del hombre y se marcharon en dirección al muelle.

¿Ya está?

Cuando parecía que ya no íbamos a descubrir nada más… Sucedió lo último que nos podíamos imaginar.

Alguien más salió de la iglesia.

Un hombre al que todos conocíamos de sobra. Jochen Habermas.





37

¡Habermas, Felipe y Alicia, juntos en la isla de Tabarca! Justo el día antes de la final, y se reunían en una iglesia perdida, donde nadie podía verlos. Ahora sí que estaba claro que algo raro ocurría.

Aquello no era una casualidad.

Habermas iba hablando por el móvil.

Se despidió con un gesto del hombre calvo y se fue de allí. ¿Qué tramaban?

¿Nos estaban traicionando nuestros entrenadores? Fuera lo que fuera, teníamos que averiguarlo.

Y otra cosa.

¿Dónde se habían metido Toni y Helena?

Se suponía que habían venido a investigar, y allí no había ni rastro de ellos.

¿Habrían ido a bañarse, o a tomar un helado, o qué?

Cuando fuimos al muelle para volver, por fin nos encontramos con Helena y Toni.

Tenían la ropa empapada de agua.

—¿Pero qué hacéis aquí? —dijo Helena, muy sorprendida.

—¿Y vosotros? ¿Dónde os habéis metido? ¿Por qué estáis mojados?

—Estábamos siguiendo a Felipe y Alicia, y se han metido en una iglesia, y entonces nos hemos quedado dormidos en unas rocas junto al mar mientras esperábamos —dijo Toni.



—Ha sido muy gracioso —dijo Helena.

—¿Qué tiene de gracioso dormirse? —pregunté.

—Estábamos dormidos y, de pronto, nos ha despertado una ola y nos ha empapado de agua —dijo Helena y los dos empezaron a reírse.

—Menos mal que alguien estaba despierto —dijo Camuñas—. Hemos descubierto que Felipe y Alicia se han reunido con Habermas.

Helena y Toni nos miraron con los ojos muy abiertos.

—¿Se han reunido en Tabarca con Habermas? Aquella sí que era una pista muy importante.

—¡Pero se puede saber qué hacéis con la ropa mojada! —dijo mi madre.

Parecía muy enfadada.

Les dijo a Toni y Helena que era la última vez que se iban solos a ninguna parte sin avisar.

Y que iban a coger una pulmonía, con toda la ropa empapada.

Y que si volvían a escaparse, se les iba a caer el pelo.

—Corre, corre, Juana, que no llegamos —dijo Quíque. y todos echamos a correr.

El *ferry* de vuelta estaba a punto de salir. Era el último del día.

Helena y Toni llevaban la ropa completamente mojada.

Aunque les habían echado la bronca, parecía que se lo habían pasado muy bien.

En el viaje de vuelta no dijeron nada.

De vez en cuando, se miraban y sonreían. No habían investigado mucho.

Pero no parecía importarles.





Algunos equipos de fútbol entrenan a puerta cerrada.

Para que el rival no vea sus tácticas ni las jugadas que tienen preparadas.

Sobre todo, cuando tienen un partido importante. Los del Cronos nunca entrenan a puerta cerrada. Siempre están abiertos al público.

Son tan buenos que pueden enseñar todas sus tácticas, sus estrategias a balón parado, todo, y aun así volver a hacerlas durante el partido, y que les salgan bien.

Cada entrenamiento suyo es un espectáculo.

Casi siempre hay más espectadores viendo sus entrenamientos que en los partidos oficiales de otros equipos.

Mientras ellos entrenaban en el campo principal, con cientos de personas en las gradas, nosotros lo hacíamos en un campo mucho más pequeño, sin gradas ni público.

Ellos eran el Granos.

El equipo más famoso del mundo, y nosotros, solo un equipo de un pequeño pueblo.

Fue seguramente el entrenamiento más raro de nuestra vida. Felipe y Alicia nos hicieron preparar un montón de jugadas. Corríamos.

Ensayábamos la jugada.

Volvíamos a correr, y la ensayábamos otra vez. Ellos decían: «Más, más, más». Después, otra jugada.

Y venga a repetir: «Más, más, más».

Parecía que este último entrenamiento antes del partido se lo habían tomado muy en serio.

Acabamos agotados.

—Yo no sé si es bueno correr tanto el día antes del partido —dijo Torneo, que estaba tan rojo del esfuerzo que parecía a punto de explotar.

—Yo estoy mareado —dijo Angustias.

—Tú siempre estás mareado. Eso no cuenta —dijo Marilyn.

Durante el entrenamiento, en realidad estábamos más pendientes de Alicia y Felipe que de las jugadas en sí.

¿Qué tramaban?

¿Qué hacían con Habermas en la isla de Tabarca? ¿Por qué parecían tan nerviosos?

Al terminar el entrenamiento, fuimos al vestuario a cambiarnos. Mientras caminábamos por el pasillo, prácticamente a rastras, vimos aquella puerta.

Parecía una puerta normal y corriente. Estaba pintada de verde.



Tenía un número pintado: 8, y lo más importante de todo: estaba abierta.

—Mira —le dije a Camuñas.

—¿Qué?

—La puerta esa —insistí—. Está abierta.

—Pues muy bien —dijo Camuñas.

—¿Pero no te das cuenta?

—¿De qué?

—¡Es la puerta del Cronos!

Camuñas miró la puerta, luego me miró a mí, y por fin comprendió.

—¡La puerta del Granos! —dijo.

—Shhhhhhhhhhh —le dije para que bajara la voz.

Nos hicimos los despistados, y mientras el resto del equipo se metía en el vestuario con Alicia y Felipe, nosotros entramos en el vestuario del Cronos.

Aquello no estaba permitido, claro.

Pero nosotros no queríamos robar.

Solo queríamos encontrar pruebas.

—¿Pruebas de qué? —preguntó Camuñas.

—De lo que sea —dije yo.

Todo en aquel vestuario estaba perfectamente ordenado; no como en el nuestro, que la ropa y las botas estaban tiradas por cualquier sitio.

El logotipo de Dream aparecía por todas partes: en las mochilas, en la ropa colgada en las perchas … Incluso había un vídeo de Dream en una pantalla frente a las taquillas.

—¡Las taquillas! —dijo Camuñas al verlas.

En las taquillas es donde se guardaban siempre las cosas importantes.

—Ya, ya —dije—, pero habla más bajo si no quieres que nos pillen.

Empezamos cada uno por un extremo, abriendo las taquillas del Cronos.

—A lo mejor encontramos la libreta negra de Habermas —dijo Camuñas —. Según dicen, ahí lo apunta todo.

—Pero no sabemos cuál es la taquilla del entrenador —dije—. Ni siquiera sabemos si tiene una taquilla, ni tampoco si deja su libreta guardada en un sitio así…

—¡Pues sí! —dijo Camuñas.

—¿Que sí qué? —pregunté.

—¡Que sí todo!

Camuñas tenía una libreta negra en las manos. ¡La libreta de Habermas!

—¿Cómo la has encontrado tan rápido?

Camuñas se hizo el interesante y a continuación dijo:

—En la puerta de esta taquilla pone ENTRENADOR. Pues la verdad es que no había sido tan difícil.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó.

Miré la libreta, y estaba a punto de responder cuando, de pronto, escuchamos ruidos en la puerta.

Tal vez eran los del Cronos, que volvían de entrenar.

—Corre —dije.

Fuimos hacia la puerta, y allí nos encontramos de bruces con ella.

—¿Qué hacer aquí? —preguntó.

Camuñas y yo la miramos y sonreímos. Era Nihal.

—¿Qué hacer en vestuario nuestro? —volvió a preguntar ella.

—Pues qué vamos a hacer —dijo Camuñas tratando de improvisar—. Díselo tú, Pakete, dile qué hacemos aquí.

—Pues… nada —dije yo—, que nos hemos equivocado de puerta. Estábamos buscando nuestro vestuario, y ya ves…

Nihal me miró fijamente.

—Vestuario vuestro pequeño, el nuestro muy grande. Imposible confundir —dijo.

—Ya, eso sí —dije.

Y no sabía qué más decir.

Camuñas tragó saliva. Tampoco sabía qué decir. Nihal y yo nos miramos.

Ya he dicho que tiene los ojos muy negros, y cuando te mira muy seria te da un poco de miedo.

No sabía qué hacer.

Ni qué decir.

Si Nihal se chivaba nos podíamos meter en un problema muy gordo.

Oímos ruidos a lo lejos.

El resto del equipo del Granos ya estaba bajando las escaleras y entonces lo hice. Sin pensar.

Sin saber por qué. Me acerqué a Nihal…

… y le di un beso.

En la boca.



Ella se quedó paralizada, como si fuese lo último que esperaba en el mundo.

Después del beso, la miré y me encogí de hombros.

—¿Te ha molestado?

Pero Nihal no respondió.

Camuñas me dio un empujón.

—Ahora nos tenemos que ir —dijo Camuñas—. Vamos. y tiró de mí.

—Adiós —dije.



La libreta estaba llena de diagramas, alineaciones y dibujos. También había números y claves y muchas páginas escritas a mano. Solo había un pequeño problema.

—¡Está todo en alemán! —dijo Helena.

Todos estábamos alrededor de la libreta negra, mirándola como si fuera una especie de objeto mágico.

Habíamos subido a nuestra habitación del hotel para poder mirarla tranquilamente y ver si éramos capaces de encontrar algo útil.

—¿Alguien sabe alemán? —preguntó Marilyn.

—Yo sé inglés —dijo Anita, que siempre sacaba sobresaliente en las clases de inglés.

—Y yo francés —dijo Helena.

—Y yo sé un poco de gallego —dijo torneo, que siempre nos contaba que en agosto se iba al pueblo de sus abuelos en Galicia.

—¿Y eso para qué nos sirve? —dijo Camuñas.

—Para nada —dijo Toni—. Esta libreta no sirve para nada.

La verdad es que, por mucho que tuviéramos la libreta negra de Habermas, si no entendíamos lo que ponía, era igual que no tenerla.

Estábamos en el piso 44 del hotel Bali. El sol entraba por la ventana, y al fondo se podía ver el mar.

—Podríamos estar tranquilamente en la playa, en lugar de perder el tiempo investigando —dijo Angustias.

Tenía razón.

Creo que todos estábamos un poco desanimados. Al día siguiente teníamos la gran final.

El partido más importante de nuestra vida, y estábamos perdiendo el tiempo con estas investigaciones que, de momento, no nos habían llevado a ninguna parte.

—Mira, mira —dijo Ocho señalando la televisión.

En la tele de la habitación apareció una imagen de Luccien.

Parecía un informativo.

Cogí el mando y subí el volumen.

Mientras salían imágenes de archivo de Luccien, el locutor decía que, después de su misteriosa escapada del Cronos, cada vez había más rumores de que había fichado por un equipo de los grandes de Europa y que podía convertirse en el jugador más joven de todos los tiempos en debutar en una liga profesional.

Y hablaban del Real Madrid, del Manchester o incluso del equipo de su ciudad, el Paris Saint-Germain.

Pero la verdad es que eran rumores y nadie sabía lo que había pasado con él.

Después pasaron a otras noticias de fútbol.

Helena apagó la televisión. Parecía estar muy enfadada con Luccien.

—Bueno… Entonces, ¿qué hacemos con la libreta? —preguntó Camuñas.

—Podríamos intentar buscar un traductor —dije.

—¿Y dónde encontramos ahora alguien que sepa alemán y que nos quiera ayudar?

Todos nos quedamos pensativos.

Y entonces alguien llamó a la puerta. ¿Quién sería?

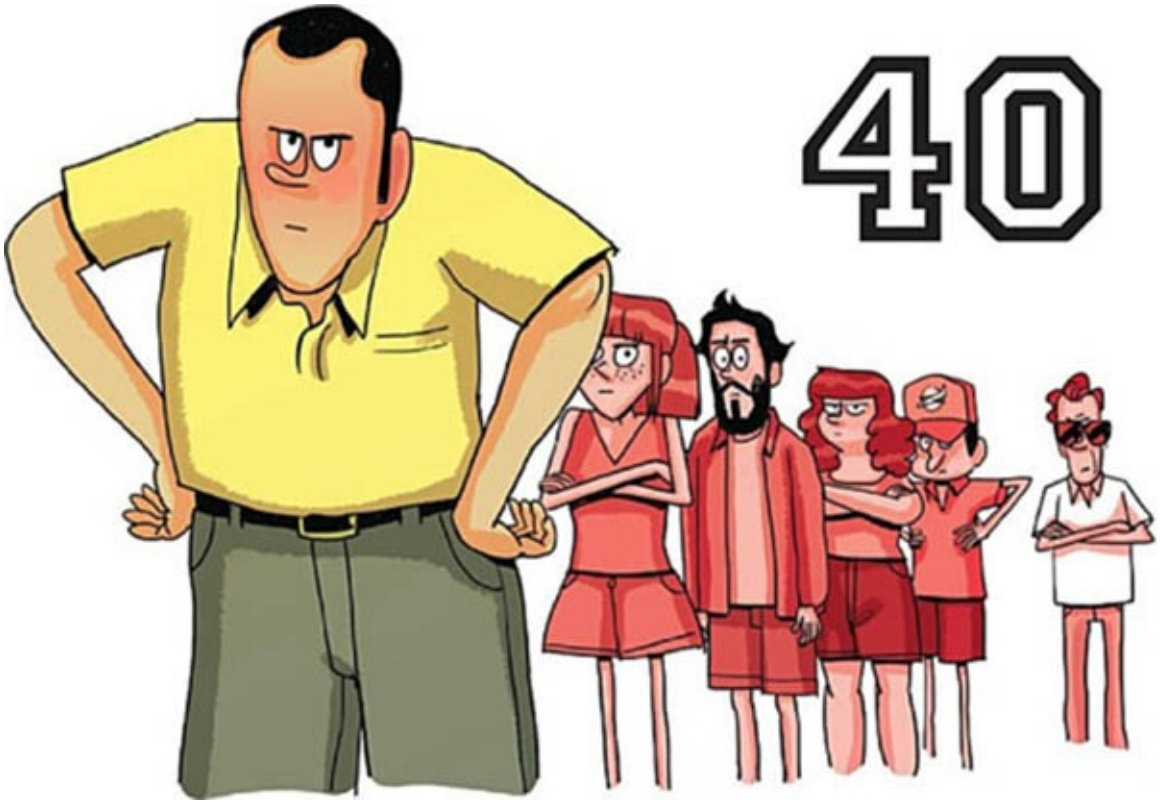
Tal vez la solución a nuestros problemas estaba detrás de la puerta.

O todo lo contrario.

Me acerqué despacio. La abrí y al ver a la persona que había allí, casi me caigo de espaldas.

Era mi padre, y no estaba solo.





Al lado de mi padre estaban Alicia y Felipe. y mi madre.

Y el padre de Camuñas. y detrás de ellos … Habermas.

—Papá —dije—, ¿cuándo has venido? ¿Qué haces aquí?

—¿A ti qué te parece? —dijo mi padre, y entró en la habitación seguido por todos los demás.

—Pakete, ¿pero cómo se te ocurre? —dijo mi madre. y me miró como si hubiera cometido un crimen.

—¿Se puede saber en qué estabais pensando? —preguntó mi padre.

Los nueve nos quedamos allí en medio, sin saber qué decir.

—Papá —dije—, tenemos que hablar un momento… a solas.

—¿Para qué? —me preguntó él, muy enfadado—. ¿Me vas a explicar por qué te has colado en el vestuario del equipo rival, has registrado las taquillas y

has robado material privado de una persona que no conoces? ¿O me vas a explicar qué hacías en una isla mintiendo a tu madre y espiando a tus entrenadores? ¿O por qué te escapaste del hotel a medianoche sin decir nada a los mayores? ¿O cómo has sobornado al conductor de un autobús para que persiguiera un taxi? ¿Para qué quieres hablar conmigo a solas, Francisco? ¿Me vas a explicar algo de todo eso?

Por un momento me quedé callado.

Cuando mi padre me llamaba Francisco, la cosa se ponía fea. Por lo visto, sabían todo lo que habíamos hecho.

O casi.

—Mi libreta dónde estar —dijo Habermas. Camuñas sacó la libreta negra y se la dio. Mi padre movió la cabeza de un lado a otro.

—Venía a Benidorm a darte una sorpresa, a ver el partido final de mañana —dijo mi padre—, y me encuentro esto. ¿Cómo puede ser? Estoy muy decepcionado, Francisco.

—Yo también —dijo Quique, el padre de Camuñas.

—¿Se puede saber qué mosca os ha picado? —preguntó Felipe.

—Lo que habéis hecho es un delito, ¿os dais cuenta? —dijo mi padre—. Este hombre, Jochin Habermas, os puede denunciar a la policía si quiere…

—Jochen —le corrigió Habermas—. Yo no denunciar de momento porque padre tuyo policía parece persona buena.

Habermas miraba su libreta y pasaba las páginas, como si quisiera asegurarse de que no habíamos arrancado ninguna.

—¿Querías táctica mía para partido final? —preguntó Habermas.

—No exactamente —dije yo.

—Queríamos pruebas —dijo Camuñas.

—¿Qué ser pruebas? —preguntó Habermas.

—Pues ya sabe —dijo Camuñas—, cosas para demostrar lo que está pasando con los partidos…

Miré a Camuñas, y a Helena, y a todos los demás. Y pensé que había llegado el momento de contar a mi padre lo que estaba pasando.

—Esa libreta es una prueba muy importante de todo lo que está ocurriendo —dije.


1



Hubo un murmullo general. Nos habíamos quedado con la boca abierta.
—¿Os vais a casar en la iglesia de Tabarca? —preguntó Helena.

—¡Qué romántico! —dijo mi madre—. Pues sí que os lo teníais calladito…

—Es que queríamos que fuera una sorpresa después del partido —dijo Alicia.

—¿Y el sobre que le disteis a aquel hombre? —pregunté yo—. ¿Y por qué decíais que había mucho dinero en juego? ¿Y qué pinta Habermas en la boda?

—Yo soy padrino —dijo Habermas—. Ellos pedido mí, y yo aceptado.

—Es el mejor entrenador del mundo —dijo FeIipe—. Le hemos pedido que sea nuestro padrino, y lo del dinero que nos oíste hablar es porque nos va a salir carísima la boda y la celebración y no sabíamos si hacer una ceremonia nosotros solos o qué —dijo Alicia—. Pero al final decidimos invitar a todos y tirar la casa por la ventana.

—O sea que el domingo, después del partido, todos a Tabarca —dijo Quique.

—¿Hay que ir de largo? —preguntó mí madre.

—Una boda —dijo Helena—. ¿Cómo no nos dimos cuenta?

Todo el mundo empezó a hablar de las bodas, y lo bonita que iba a ser la ceremonia en Tabarca, y todos le daban la enhorabuena a Alicia y Felipe, y de repente parecía que no había nada más que la boda.

—Perdón, señores, pero aquí estábamos para hablar de otra cosa —dijo mi padre.

De nuevo se produjo un silencio. y mi padre se puso muy serio.

—Todo eso de la boda me parece muy bien —dije yo—. ¿Pero qué pasa con Luccien? ¿Le estaban presionando para amañar el partido? ¿Por qué me dijo que íbamos a ganar la final? ¿Por qué se fue de repente?

—Por favor… —empezó Habermas—. Luccien es gran estrella y firmado por equipo grande, es su decisión. Yo y otros presionar para que él seguir en Cronos, pero no querer. Si dicho a ti que perder final, es su problema, yo no entiendo por qué hacer eso.

—Luccien me dijo que nosotros íbamos a ganar la final —insistí—. Y claro, con tantos goles en propia puerta, pensamos que nos estaban dejando ganar todos los partidos para amañar las apuestas.

—Bueno, jovencito, parece que Luccien dijo eso porque estaba enfadado con el Cronos, pero no es suficiente para acusar a nadie —dijo mi padre—. Lo que está claro es que todo lo demás os lo habéis imaginado vosotros solos.

En ese momento llamaron a la puerta.

Mi padre abrió y se puso a cuchichear con alguien que había al otro lado, mientras todos esperábamos impacientes a ver qué pasaba.

Por fin se abrió la puerta del todo y entraron en la habitación los dos hombres trajeados que habían estado merodeando por el torneo desde el principio.

—Los dos búhos —dijo Angustias en voz baja. Todos dimos un paso atrás.

Pero ellos dos se presentaron como si tal cosa. Por lo visto se llamaban Carriere y Scholl

—Carriere para servirles —dijo Carriere— y Scholl —dijo Scholl—, también para servirles.

Hablaban español perfectamente, no como Habermas, que cada vez que decía una frase parecía que tenía una bola de papel dentro de la boca.

Explicaron que eran del Comité de Ética Deportiva de la compañía Dream, y que su misión era investigar y garantizar la limpieza en todos los eventos deportivos en los que participaba el Cronos,

—Somos una especie de detectives del fútbol —dijo Carriere,

—Los detectives del juego limpio —dijo Schóll.

—Un poco igual que nosotros —dijo Camuñas.



Pero enseguida se calló, porque su padre le fulminó con la mirada.

—La compañía insistió en que investigáramos a fondo cuando se supo que la final del torneo entraría por primera vez en las casas de apuestas —siguió Carriere.

—Cuando empezaron los partidos y empezaron los goles en propia puerta, iniciamos una investigación —dijo Scholl.

«Igual que nosotros», pensé. Pero no lo dije.

—Entonces, los goles en propia puerta… —empezó de nuevo Helena.

—Fueron goles en propia puerta, sin más —dijo Scholl.

—No hay ninguna evidencia de que nadie lo hiciera a propósito —terminó Carriere.

¿Y ya está?

—Hemos visto los partidos repetidos —dijo Scholl—, hemos hablado con todos los implicados, hemos analizado todas las jugadas… y no hay nada raro. Ha sido pura casualidad. Esas cosas pasan a veces.

—Ya veis la que habéis liado —dijo mi padre. Habermas tomó la palabra.

—Quiero decir cosa. No solo llegáis final por goles en propia puerta y por suerte, sino por haber jugado como equipo de verdad y haber plantado cara a otros mucho mejores que vosotros —dijo—. De momento yo no denunciar por robo vuestro, pero a cambio quiero cosa.

Todos le miramos.

—¿Qué quiere? —dijo Marilyn, que era la capitana del equipo. ¿Qué podía querer Habermas de nosotros?

Camuñas y yo cruzamos una rápida mirada. ¿Qué nos iba a pedir?

—Que vosotros jugar la final como equipo —dijo Habermas—. Quiero un partido bueno y no quiero ganar fácil, quiero fútbol de verdad.

De repente, Habermas parecía otra persona. Alguien que se preocupaba por el fútbol, y no solo por pegar gritos y mandar.

—Es una buena oferta —dijo mi padre—. ¿Qué decís? Como nadie decía nada, di un paso adelante.

—Aceptamos —dije.

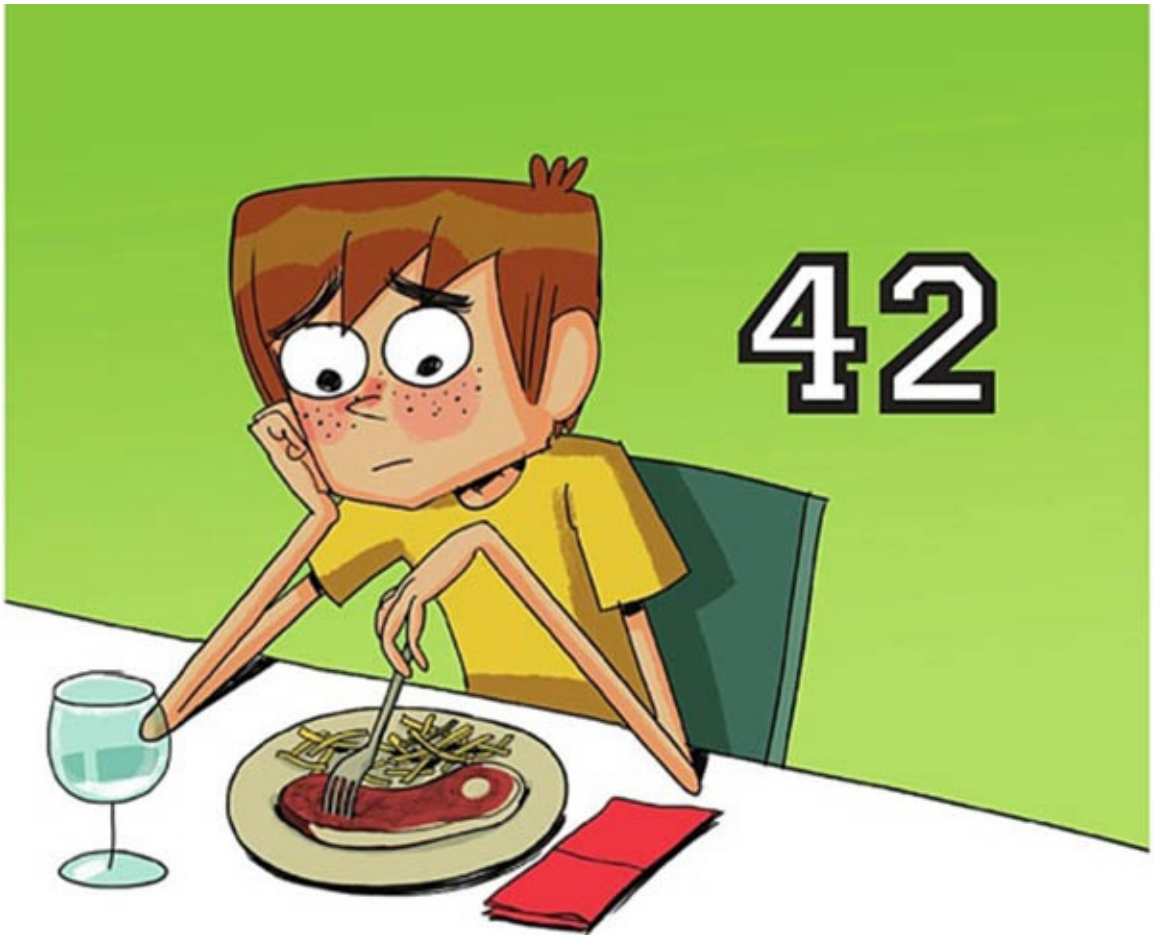
Mis compañeros asintieron.

—Aceptamos —dijeron Marilyn y Camuñas y todos los demás.

—Perdón por robar su libreta, señor —dije.

Habermas me puso una mano en el hombro y dijo:

—Mañana nos vemos en partido.



Esa noche cené con mis padres en el restaurante del hotel. Estuvimos los tres callados durante casi toda la cena.

Al día siguiente íbamos a jugar la final, y sin embargo, no parecíamos muy animados.

Al final, mis padres se habían puesto de acuerdo y me habían dicho que mañana jugaría la final, pero que nada más acabar, ganásemos o perdiésemos, volveríamos en coche a Sevilla la Chica.

Sin celebraciones. Sin boda.

Sin más baños en la piscina ni en la playa, y que además estaría el resto del verano estudiando. Eso era todo.

—¿Me pasas el pan? —dijo mi madre, y mi padre se lo pasó sin decir nada más.

A lo mejor mí padre tenía razones para estar enfadado. Pero voy a decir una cosa.

A pesar de todo lo que había pasado, y a pesar de todas las explicaciones, aún había algo que no me cuadraba.

¿Por qué Luccien había dicho aquello de que nosotros ibamos a ganar la final?

¿Para vengarse del Cronos? ¿Para fastidiarnos?

No sé.

Ahora solo tenía que centrarme en el partido y olvidarme de todo lo demás.

Pero es que no podía quitármelo de la cabeza.

Mientras cenábamos en silencio, vi que alguien me hacia se~ ñas desde detrás de unas plantas.

No se veía muy bien quién era.

Me fijé mejor.

Era… Nihal.

Me hacía señas para que me acercara.

Yo observé a mis padres.

No podía irme con Nihal. Mis padres estaban muy enfadados conmigo y yo estaba castigado y …

Nihal seguía haciéndome señas.

Di dos mordiscos rápidos al filete que tenía en el plato y dije:

—Ya he terminado. ¿Puedo irme a mí habitación?

Mi madre movió la cabeza.

—Vete si quieres —dijo.

—Espero que hayas aprendido la lección —dijo mi padre.

—Sí, claro —dije.

Y me fui de allí despacio, arrastrando los pies, como si estuviera muy triste y muy arrepentido…

Pero en cuanto doblé la esquina y perdí de vista a mis padres, salí corriendo hacía donde estaba Nihal.

—Hola —dije mirándola.

—Tengo sorpresa para ti —dijo—. Ven.

Caminó por un pasillo del hotel y yo la seguí. ¿Adónde me llevaba?

Tal vez quería hablar del beso que yo le había dado. No sé qué podía decirle.

Pero no se trataba de eso.

Llegamos hasta una habitación que estaba llena de ordenadores y que por lo visto era el business center del hotel.

Nihal se puso delante de un ordenador y le dio a una tecla.

Me dijo:

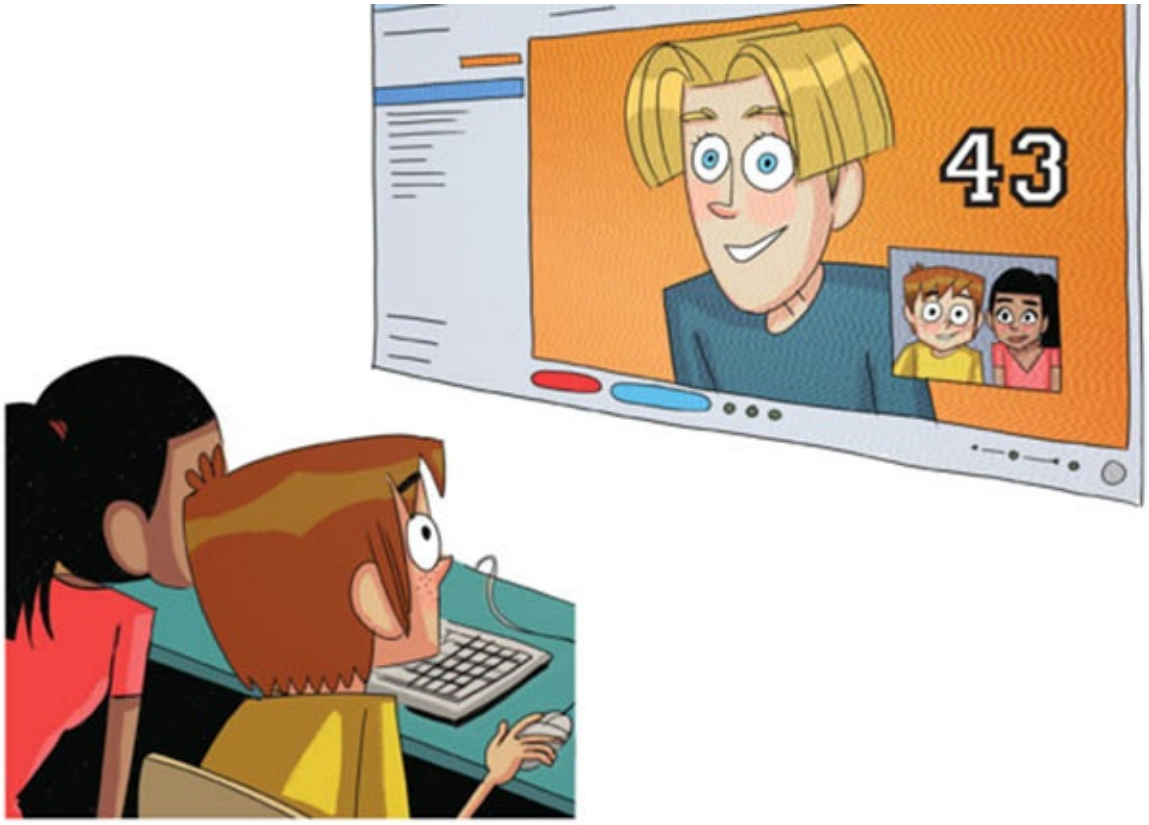
—Ven.

Me acerqué.

Primero, la imagen se veía borrosa. Pero después de un rato le vi.

Estaba allí, en la pantalla del ordenador. Mirándonos.

Luccien.



—¡Luccien! —dije—. ¿Dónde estás?

—En París —dijo él tranquilamente, desde la pantalla, con su acento francés.

—Es conexión por skype —dijo la turca, como si yo fuera un ignorante.

—Ya sé lo que es skype —dije, aunque la verdad es que nunca lo había usado, solo había visto a mi hermano mayor hablar con sus amigos y sus novias desde el ordenador de casa.

El caso es que allí estaba Luccien. Eso era lo único importante. Todos los periodistas del mundo querían hablar con él, y yo lo tenía delante en ese momento.

—Yo contesto una pregunta a ti —dijo Luccien.

—¿Una pregunta solo? —dije yo.

—Una —dijo Luccien muy serio.

—Luccien es muy ocupado ahora —dijo Níhal, y me sonrió.

—Tengo prisa, Pakete. Tú piensa bien y haz pregunta a mí —dijo el francés—. Yo contesto la verdad, prometo.

¡Una pregunta solamente!

¿Qué le pasaba a Luccien?

¿A qué venía eso de una pregunta solo?

¿Se creía que era el niño más importante del mundo?

Bueno está bien: a lo mejor en esos momentos era el niño más importante y más famoso del mundo.

Pero ya que hablaba conmigo, por lo menos podría contestar tres o cuatro preguntas.

—Vamos, tú pregunta —dijo Nihal.

—Sí, sí, ya voy —dije.

Pensé que podía preguntarle por qué equipo había fichado. y por qué había dejado el Cranos así de repente.

¿Era cierto lo del París Saint-Germain? ¿O se iba al Manchester? ¿O al Real Madrid?

Si se iba al Real Madrid, entonces estaríamos muy cerca. Solo había que coger un autobús o un tren en Sevilla la Chica, y en veinticinco minutos estabas en Madrid.

Si hubiera allí algún periodista, seguramente sería lo que le habría preguntado.

«¿Por qué equipo has fichado?». Pero yo no era un periodista.

Me vino a la cabeza la pregunta que tenía que hacerle:

¿Por qué me dijiste que nosotros íbamos a ganar la final? ¿Tenía pruebas, o solo era una cosa que había dicho sin pensar? Esa era la pregunta correcta.

Tal vez así podría saber de una vez si había pasado algo raro con los goles en propia puerta.

Entonces miré a Nihal.

Luego miré a Luccien, y me pasaron por la cabeza un montón de cosas.

Sin saber porqué pensé en Helena con hache. Y en lo bien que se llevaba con Luccien. Y en ellos dos juntos en la playa, y luego, juntos en el campo de fútbol, y en el hotel. Y en muchos más sitios.

Ya no pude pensar más.

—¿Tienes pregunta o no? —dijo Luccien.

—Sí —dije yo muy seguro.

Respiré hondo y pregunté:

—¿Helena es tu novia?

Esa fue la pregunta que le hice a Luccien.

Del millón de cosas que le podía haber preguntado, le pregunté si Helena era su novia.

A lo mejor hay personas que no entienden por qué le pregunté eso.

A esas personas solo puedo decirles una cosa.

Si conocieran a Helena con hache y ella los mirase con esos ojos increíbles que son los ojos más grandes del mundo, entonces a lo mejor lo entenderían.

Nihal se rio, y Luccien se quedó con una cara muy extraña. Pero al fin contestó.

—Cuando yo estar en Benidorm, yo preguntar a Helena si ella quiere ser mi novia —dijo Luccien.

—Lo sabía —dije.

—Pero Helena contestar que no puede —añadió Luccien—, porque a ella gustar un chico de su equipo.

¿¡Qué!?

¿Un chico de su equipo?

—¿Qué chico gustar? —pregunté rápidamente—, o sea, ¿qué chico le gusta a Helena?

Luccien se encogió de hombros.

—Lo siento, Pakete, una pregunta solo —dijo—. Adiós, buena suerte, y se acercó a la pantalla, apretó un botón y su imagen desapareció. Sin más.

La pantalla del ordenador se quedó en negro.

—¿Tú contento? —me preguntó Nihal.

—¿Eh? ¿Por qué voy a estar contento?

—Porque todo el mundo saber que a ti gustar mucho Helena —dijo ella —, y ahora tú saber que a ella no gustar Luccien. Tú contento.

¿Cómo que todo el mundo sabe que a mí me gusta Helena? ¿Es que es algo que se comenta en Francia y en Turquía y en todas partes del mundo?

—No, no… Bueno, yo no… —dije, aunque en realidad no sabía qué decir.

—Callar —dijo Nihal. Se acercó a mí, me dio un beso.

El día anterior yo la había besado en el vestuario del Cronos. y ahora ella me había besado en el business center del hotel. Noté que me ponía rojo.

¿Qué me estaba pasando?

¿Me gustaba Helena?

¿Nihal?

No entendía nada.
—Mañana nos vemos en partido —dijo Nihal— y se fue corriendo de allí.





Esa noche soñé que ganábamos el partido. y que yo metía tres goles.

Uno.

Dos.

Y tres.

El tercero, en el último segundo, y de chilena, y me daban el trofeo al mejor jugador del torneo. Me lo entregaba Nihal, y al entregármelo me decía:

—Eres mejor del mundo, Pakete. y me daba un beso.

Pero de repente Nihal era… Helena, y ella también me besaba.

Ya he dicho que era un sueño. Todo el mundo sabe que en los sueños puede pasar cualquier cosa. Aunque no tenga sentido.

Eso es lo que soñé.

Lo que ocurrió después en el partido no tuvo nada que ver con el sueño.

Yo no metí tres goles.

Y no me dieron el trofeo al mejor jugador. Ah, y otra cosa.

Aunque parezca increíble después de todo lo que había pasado, alguien se metió un gol en propia puerta durante el partido.





El 11 de abril de 2001, la selección de Australia de fútbol le ganó por 31 a 0 a la selección de Samoa Americana.

Lo repito: treinta y uno a cero.

Mientras desayunábamos, pusieron imágenes de ese partido en un canal de deportes.

Los comentaristas del canal se preguntaban si el Cronos superaría esa diferencia de goles contra el Soto Alto.

O sea, que la duda no era quién iba a ganar, sino por cuántos goles ganaría el Cranos.

Los comentaristas decían que a pesar de la ausencia de Luccien, la diferencia entre un equipo y otro era abismal.

—Abismal —dijo uno.

—Terrible —dijo el otro.

Acabaron el reportaje con imágenes de algunos de los mejores jugadores del Cronos, como el central Sen Affa, el extremo brasileño Coutinho (al que llamaban Golinho) o la medio turca Nihal, y con un titular a toda pantalla:

«El mejor equipo de la historia contra el equipo más suertudo de la historia».

Por último dijeron que el partido iba a televisarse en directo. En la sala del desayuno, todos estábamos en silencio.

—¿Nos van a meter treinta y un goles? —preguntó al fin Angustias, y luego suspiró.

—Eso sería un gol cada dos minutos —dijo Camuñas. Felipe entró en la sala y apagó la televisión.

—No nos van a meter treinta y uno. Eso son tonterías que dicen en la tele para asustarnos y para crear polémica —dijo.

—También podemos ganar nosotros, ¿no? —dije yo.

Todos me miraron, y nadie contestó.

—Claro que sí, Pakete —dijo por fin Alicia, que había entrado en la sala del desayuno detrás de Felipe—. Podemos ganarles.

—Sí, seguro —dijo Toni.

Después, Felipe y Alicia dijeron que lo habían pensado mucho y que, a pesar de todo, esa tarde iban a hacer una gran fiesta para celebrar su boda.

Después del partido, estábamos todos invitados a Tabarca. Y también dijeron que, pasara lo que pasara, jugar la final era un gran logro.

—Hemos hecho un gran torneo —dijo Felipe. Algunos aplaudieron.

Aunque yo creo que estábamos todos tan nerviosos con el partido, que lo único que queríamos era que empezara de una vez.

El ambiente cambió de repente cuando llegamos al Benidorm Arena.

Nos tenían preparada una gran sorpresa. Una muy especial.

Teníamos un «comité de recepción».

Los padres de Angustias, y los de Ocho, y los de Marilyn, y también mi hermano Víctor, que casi siempre es un capullo, pero que me alegró mucho verle porque llevaba una semana fuera y, la verdad, empezaba a echar de menos sus tonterías.

Todos los padres, los amigos, los familiares de todo el equipo se habían organizado y habían contratado un autobús para viajar a Benidorm y ver la final y estar con nosotros.

Mi padre ya lo sabía desde el día anterior, pero no había dicho nada.

¡Era una sorpresa!

Hubo abrazos y gritos de ánimo, y de pronto, en medio de tanta emoción, alguien, creo que la madre de Helena, dijo:

—¡Vivan los novios!

Y todos nos reímos.

Yo miré a mi madre, y ella seguía muy seria.

Al que no vi por ninguna parte fue a mi padre, aunque seguro que estaba por allí cerca. Una cosa es que me castigaran y que no fuéramos a la boda y todo eso, pero seguro que mi padre no se perdía el partido.

—Vamos, Pakete, a ver si metes un gol por una vez en tu vida —dijo Víctor delante de todos, y mientras lo decía no dejaba de reírse.

Mi hermano solo llevaba cinco minutos en Benidorm, y yo ya estaba deseando que se volviera a casa.

La llegada de las familias cambió el humor del equipo, y mientras nos preparábamos en el vestuario, todo el mundo hacía bromas y se reía.



Después del calentamiento, cuando faltaban solo unos minutos para el partido, Felipe y Alicia nos reunieron a todos.

Felipe dijo:

—Chicos, estamos ante una oportunidad única en nuestras vidas …

Pero Alicia le cortó en seco. Y dijo:

—Escuchad, no os vamos a dar un discursito. Solo deciros que ellos son los mejores del mundo, pero nosotros estamos aquí por algo. Este partido es

una fiesta. Salid y pasároslo bien.

—¡¡Y a ganar!! —dijo el padre de Camuñas, que también estaba por allí.

—¡¡A ganar!! —gritamos todos.

—Bueno, eso, a ganar también —terminó Alicia, y salimos al campo saltando y dando gritos.

El campo del Benidorm Arena era impresionante.

Las gradas estaban completamente llenas. Y además había gente de pie por todas partes.

Había más de veinte mil personas, y también había periodistas y cámaras de televisión. Al ver a tanta gente, nos asustamos un poco.

Pero entonces Helena se dio cuenta de una cosa.

—Mirad —dijo Helena—, llevan nuestras camisetas.

Era verdad: muchísimos espectadores llevaban puestas nuestras camisetas.

Pero no las de Soto Alto.

¡Las camisetas de «*I love Benidorm*»!

Si te fijabas bien, había miles de espectadores con la camiseta de «*I love Benidorm*».

También estaban los de las paelleras, que nada más saltar nosotros al campo se pusieron en pie y empezaron a dar golpes como locos.

¡La gente iba con nosotros! Eso nos animó un poco.

Por un lado, un equipo hecho con los mejores jugadores del mundo que pertenecía a una multinacional con miles de millones de euros.

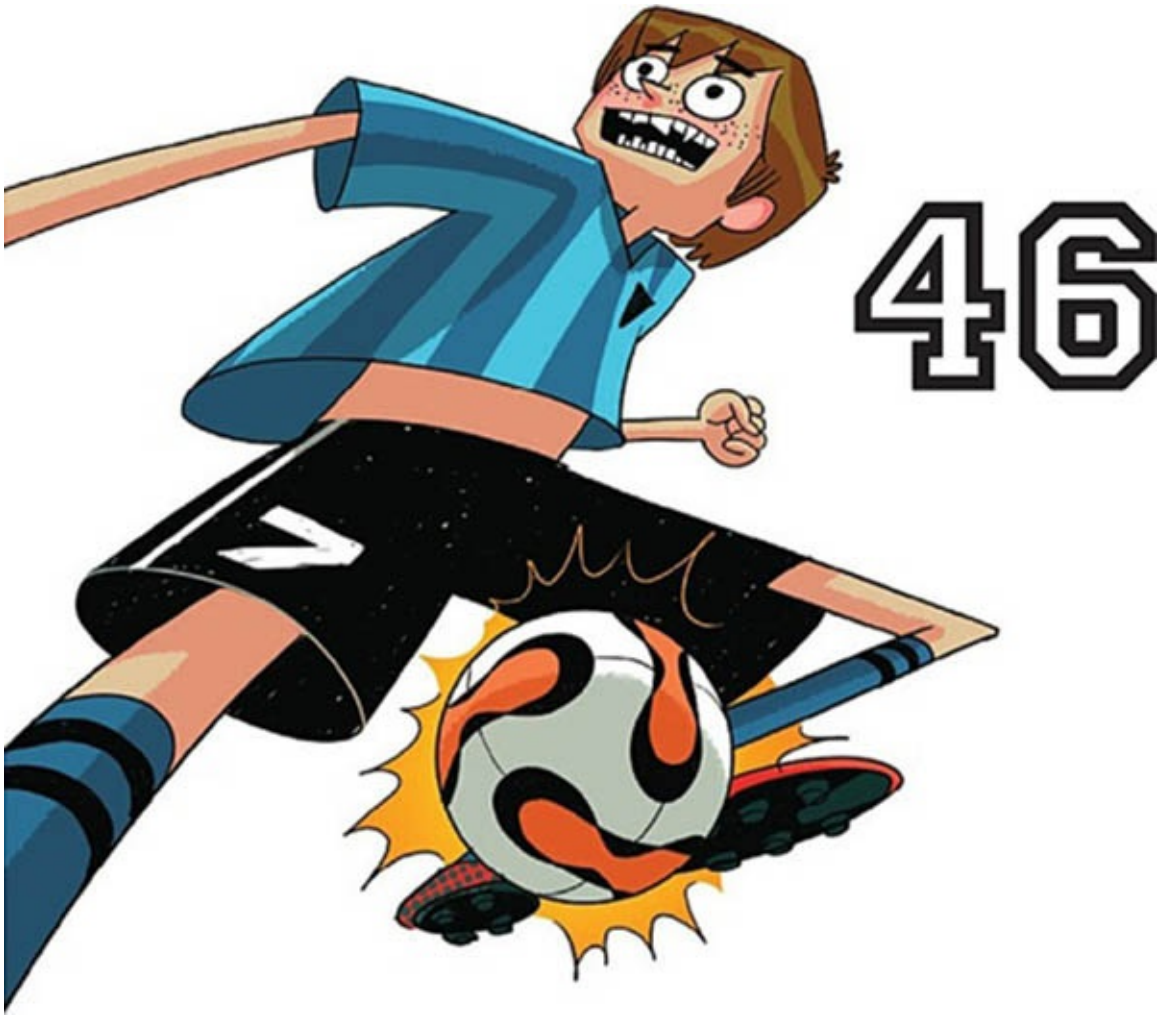
Por otro, el equipo de un pueblo.

Supongo que era normal que el público fuera con nosotros. Aunque ya sabíamos que con las paelleras y el público no era suficiente.

Teníamos que hacer el partido de nuestra vida para que, por lo menos. no nos golearan.

El árbitro pitó el comienzo del partido.

Y nada más empezar, hice algo que nadie se esperaba.



Nos tocó sacar a nosotros de centro. Toni le pasó el balón a Helena.

Helena me miró con sus ojos enormes y me pasó a mí. Cogí el balón y decidí hacer algo distinto.

Algo que los del Cronos no se esperasen.

Ni me lo pensé. Simplemente, lo hice.

Solo llevábamos cinco segundos de partido. Todavía había mucha gente sentándose.

Yo tenía el balón en el centro del campo, y lo normal es que le pasara a alguno de mis compañeros.

Pero en lugar de eso, me concentré y disparé hacia la portería del Cronos con todas mis fuerzas.

Desde el centro del campo.

Creo que nunca había hecho algo así. Le di un tremendo zapatazo al balón. Con toda mi alma.

El balón voló hacia su portería.

Pasó entre los jugadores del Cronos… y si no hubieran estado muy atentos, a lo mejor incluso habría entrado en la portería.

El portero, que estaba al borde del área, tuvo que dar dos pasos atrás, y puso los puños por delante para despejar.

Todo el público gritó:

—Huuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuy

El portero del Cronos, Larsson, estaba casi tan sorprendido como mis compañeros, y como yo mismo.

Entonces, Camuñas padre se puso en pie y empezó a cantar:

Soto Alto está contigo, Soto Alto ganará, y de repente, una gran ovación se extendió por toda la grada. Y veinte mil gargantas cantaron:

Soto Alto ganará, ra-ra-re,

Las paelleras retumbaron hasta varios kilómetros más allá. Noté cómo el propio Habermas, desde el banquillo del Cronos, me miraba muy sorprendido.

En la grada estaban Griselda Günarsson y la directiva del Cronos, y todos estaban en silencio, mirándome con los ojos muy abiertos.

Con ese disparo había dejado claro que no habíamos venido a ver cómo jugaba el Cronos.

Habíamos venido a jugar un partido de verdad. Fue un buen comienzo.

Pero luego se torcieron un poco las cosas.

Prácticamente no volvimos a tocar el balón en toda la primera parte.

El único que tocaba balón era Camuñas, para despejar y sacar de puerta.

Fue una auténtica avalancha del Cronos. Ataque tras ataque, nos encerraron en el área. Era un verdadero bombardeo.

Tiraban desde todos los sitios, y si no nos metieron ocho goles en la primera parte fue de milagro.

Defendíamos como podíamos.

Intentábamos cerrar los espacios.

Los perseguíamos por todas partes.

Alicia y Felipe no dejaban de gritar.

Pero no podíamos con ellos.

Parecía que la pelota fuera suya. y no querían soltarla.

Aguantamos como mejor pudimos durante toda la primera parte. Entonces, justo antes del descanso, sucedió lo que ninguno quería que sucediera.

Ni ellos.

Ni nosotros.




47
TONI TENÍA EL BALÓN, PRESIONADO EN LA BANDA POR BEN AFFA. PASÓ EN CORTO A ANGUSTIAS.
ANGUSTIAS ESTABA SOLO EN ESE MOMENTO, PERO AUN ASÍ PARECÍA ASUSTADO.
SE QUITÓ EL BALÓN DE ENCIMA COMO PUDO, Y DIO UN PASE HACIA EL ÁREA DEL CRONOS.


ALLÍ INTENTAMOS LLEGAR MARILYN Y YO CORRIENDO.
PERO NI LOS DEFENSAS NI NOSOTROS DOS PUDIMOS LLEGAR A TIEMPO, PORQUE EN MITAD DE TODOS APARECIÓ NIHAL CORRIENDO PARA DESPEJAR.
NIHAL IBA TAN RÁPIDA QUE NO LE DIO TIEMPO A FRENAR.
INTENTÓ DESPEJAR FUERA. PERO, CON LA CARRERA, LE PEGÓ MAL AL BALÓN CON LA CABEZA.


Y PILLÓ AL PORTERO LARSSON A MEDIA SALIDA.
EL BALÓN PASÓ AL LADO DEL PORTERO
SIN QUE ESTE PUDIERA HACER NADA...
Y ENTRÓ EN SU PORTERÍA.
GOOOOL
NO PODÍA SER.
¿¿OTRO GOL EN PROPIA PUERTA??
TODOS NOS MIRAMOS, SIN SABER
QUÉ DECIR NI QUÉ PENSAR.
NI SIQUIERA SABÍAMOS SI CELEBRARLO.
AQUELLO ERA DEMASIADO.
YO BUSQUÉ A NIHAL CON LA MIRADA.
PERO ELLA ME EVITÓ.
SE DIO MEDIA VUELTA, SE LLEVÓ
LAS MANOS A LA CARA
Y PEGÓ UN GRITO.
PARECÍA MUY ENFADADA.
EN LA GRADA HUBO UNA EXPLOSIÓN
DE SORPRESA Y ALEGRÍA.
GRITOS Y MÁS GRITOS.


Y MIENTRAS, EN LA BANDA, HABERMAS NO SE LO PODÍA CREER.
FELIPE Y ALICIA TAMPOCO. ESTABAN MUY SERIOS.
TODOS LOS QUE ESTÁBAMOS ALLÍ PENSAMOS LO MISMO.
¿HABÍA SIDO OTRA CASUALIDAD?
¿OTRO GOL EN PROPIA PUERTA?
EL CASO ES QUE, POR PRIMERA VEZ EN SU HISTORIA, ¡EL CRONOS IBA PERDIENDO UN PARTIDO!
SOTO ALTO, 1 - CRONOS, 0.
Y ASÍ LLEGAMOS AL DESCANSO.



Durante el descanso, los dos equipos nos quedamos juntos en el mismo vestuario. Mezclados.

Era algo nunca visto. Dos equipos rivales compartiendo vestuario.

Pero los entrenadores de los dos equipos hablaron al final de la primera parte y se pusieron de acuerdo. Habermas y Felipe y Alicia, por lo visto, estaban muy preocupados por lo que había pasado.

También estaban allí Griselda Günarsson y el padre de Camuñas y mi madre y un montón de gente del comité de organización del torneo. Y todos hablaban sin parar, como si aquello fuera un escándalo.

¿Cómo había podido ocurrir? ¿Otro gol en propia puerta? ¿Qué estaba pasando?

Yo no hablaba.

No podía dejar de pensar en la cara de Luccien y en lo que me había dicho en mi habitación: «Vais a ganar la final»,

¿Sería verdad?

—¿Se puede saber qué estar pasando? —preguntó Habermas—. Nihal, ¿ese gol es accidente?

Todos se callaron y miraron a Nihal. La turca se encogió de hombros.

—Mala suerte —dijo.

Pero no parecía muy convencida.

La señora Günarsson se agachó y habló con Nihal en un tono más suave y dulce.

—¿Alguien te ha dicho algo antes del partido, cariño? Nihal la miró un buen rato a los ojos y después dijo que no. y repitió:

—Mala suerte.

Habermas dijo algo en alemán, y Griselda se puso a discutir con él, no sé si en francés o en inglés o en qué idioma, pero yo no entendí nada porque además hablaban muy rápido.

Mientras discutían, la puerta del vestuario se abrió y aparecieron los dos búhos, Carrlere y Scholl, acompañados de mi padre.

No había visto a mi padre desde la noche anterior.

Detrás de ellos venía el árbitro del partido, y otro grupo de hombres que no sé quiénes eran. Al frente de ellos venía un señor con una barba enorme y con cara de malas pulgas.

—Buenas tardes —dijo el hombre de la barba—. Soy el comisario Ferrada, jefe de la policía de Benidorm.

Habermas siguió dando gritos.

No parecía impresionarle la policía ni nadie.

Mi padre se acercó a Alicia y le dijo algo al oído. Después, Alicia se acercó a Camuñas y se lo llevó de allí.

—Camuñas, ¿puedes venir conmigo fuera un momento? —le dijo mientras le acompañaba.

Cuando salieron del vestuario, mi padre se dirigió a Habermas y le preguntó si, por favor, podía callarse un momento.

Habermas se sorprendió.

Yo creo que no está acostumbrado a que nadie le diga que se calle.

Miró a mi padre.

Luego miró a Carriere y Scholl, que estaban a su lado.

Y también al comisario Ferrada, que, como he dicho, tenía cara de pocos amigos.

Y por fin se calló.



El jefe de la policía de Benidorm dijo:

—Señores, por favor.

Carriere y Scholl dieron un paso al frente y dijeron que por fin habían descubierto lo que había ocurrido.

—Por fin sabemos lo que ha ocurrido —dijo Carriere,

—Exactamente —dijo Scholl.

Todos los miramos con mucha atención. Scholl añadió:

—Alguien ha intentado comprar la final. Un murmullo recorrió el vestuario.

—¿Pero quién ha sido? —pregunté yo.

Al darme cuenta de que era un asunto muy serio, me volví a sentar.

—Perdón —dije.

Mi padre pidió permiso al comisario Ferrada y tomó la palabra. Dijo que aquella había sido una noche larga y muy complicada, pero que tras mi insistencia en lo que había dicho Luccien, habían seguido investigando y

habían descubierto que la persona que menos podían esperar estaba detrás de todo.

—La última persona que yo esperaba —dijo mi padre—.

Scholl y Carriere se giraron y miraron a…

… Camuñas padre.

—¿Quique? —preguntó Felipe.

—Señor Camuñas, queda detenido por los delitos de estafa, intento de soborno y conspiración para amañar un resultado deportivo —dijo el comisario Ferrada, que mostró su placa de policía.

Los hombres que habían entrado con él agarraron a Camuñas padre y le sujetaron.

Yo pensé que lo iba a negar todo y que iba a protestar.

Pero en lugar de eso, lo único que dijo fue:

—Lo siento mucho.

Parecía muy triste. Todos nos quedamos helados.

Mi madre le miró sin creérselo.

—Pero cómo ha podido ser, Quique…

El padre de Camuñas iba a decir algo, pero pensó que era mejor callarse, negó con la cabeza y lo único que dijo fue:

—Tengo que llamar a mi abogado.

Y se lo llevaron de allí.

—Todo por dinero —dijo mi padre—. Pero no lo ha hecho solo.

El comisario Ferrada se dirigió a otra persona que había allí en el vestuario.

Dijo:

—Señora Günarsson, usted también queda detenida por los delitos de estafa, intento de soborno y conspiración para amañar un resultado deportivo

¡Griselda Günarsson!

La relaciones públicas del Cronos. Ella respondió en inglés.

Creo que dijo algo sobre sus derechos, pero no me enteré muy bien.

Scholl le contestó muy serio. Luego, no dijo nada más.

Se llevaron a los dos detenidos. ¡Griselda y el padre de Camuñas! ¿Cómo podía ser?

En cuanto salieron por la puerta, todo el mundo en el vestuario empezó a murmurar y a decir «lo sabía», «si estaba claro que todo esto era muy raro» y otras cosas así, pero la verdad es que nadie, ni yo tampoco, nos imaginábamos que la señora Griselda y, mucho menos, el padre de Camuñas estaban metidos en una estafa para amañar el partido.

Mi padre pidió un momento de silencio y nos habló a todos.

—A ver, por favor, un momento de silencio —dijo mi padre—. Gracias a la colaboración del comisario Ferrada, la policía de Benidorm, la policía francesa y el Comité de Ética de la compañía Dream, hemos podido hablar esta mañana con Luccien y con su familia. Ellos, por lo visto, le deben mucho a Griselda. Fue ella quien le descubrió como futbolista y la que le fichó para el Cronos. Esta semana, ella ha intentado utilizar esa influencia para amañar el partido. Pero Luccien y su madre se negaron en rotundo y se fueron de Benidorm, como ya sabéis. En un principio, no quisieron denunciarla, y por esa razón decidieron hacer las maletas y marcharse.

—Por eso me dijo Luccien que íbamos a ganar la final —dije yo—, porque habían intentado comprarle para que perdiera a propósito.

Por fin algo tenía sentido.



—Eso es —dijo mi padre—. En las apuestas deportivas se puede ganar mucho dinero si sabes cuál va a ser el resultado del partido. Así que todos los indicios llevan a que la señora Günarsson y el padre de Camuñas se pusieron de acuerdo para amañar el resultado. Como no lo consiguieron con Luccien, intentaron sobornar a otros jugadores del equipo.

Mi padre miró a Nihal. Nihal miró hacía otro sitio.

—Gol mala suerte —insistió ella.

Volvió a decir que no lo había hecho a propósito.

—Sabemos que Griselda habló contigo y con tu familia —dijo Carriere con una mezcla de seriedad y tristeza—. Tienes que acompañarnos para declarar. No te preocupes: si dices la verdad, no pasará nada.

Le pidieron a Nihal que se fuera con ellos.

Ella se encogió de hombros y salió del vestuario acompañada de Carriere y Scholl.

Justo antes de salir, se giró y me lanzó una última mirada.

Si era verdad que se había metido el gol a propósito, lo había hecho muy bien, desde luego.

Nunca había conocido a nadie como Nihal. Ella salió de allí.

Vi que Helena también me estaba mirando.

Yo puse cara como de no saber por qué me había mirado la turca. Pero en ese momento tuve la sensación de que Helena sabía que Níhal y yo nos habíamos dado dos besos.

Seguramente era cosa mía, pero Helena siempre parecía que lo sabía todo.

Carriere y Scholl se fueron del vestuario con Nihal. Todos nos miramos un poco desconcertados.

—Perdón, una pregunta —dijo Torneo.

—¿Qué sucede? —preguntó mi padre.

—Entonces, ¿los dos primeros partidos los ganamos sin trampas? ¿Los goles en propia puerta del Inter y del Colci fueron por casualidad?

Era una buena pregunta.

Por lo que habían explicado, el padre de Camuñas y Griselda estaban detenidos por intentar amañar la final, pero ¿y los dos primeros partidos del torneo?

—Lo único que sabemos es que han intentado comprar la final —dijo mi padre—. ¿No es así, comisario?

—En los dos primeros partidos no había apuestas, así que seguramente los goles en propia puerta fueron pura casualidad —dijo el comisario Ferrada—. Es más, puede que se les ocurriera amañar la final después de ver lo que había pasado en esos dos partidos.

—Si ya lo sabía yo… —dijo Torneo, muy contento.

De nuevo, todos los presentes empezamos a hablar al mismo tiempo.

—Todo eso está muy bien, ¿pero ahora qué pasa con la final? —preguntó Toni.

El comisario Ferrada se rascó la barba. Mi padre se tocó la cabeza.

—La investigación tendrá que seguir hasta que se demuestre exactamente lo que ha pasado. No sabemos si hay más implicados, ni tampoco cuánto dinero había en juego —dijo mi padre—. En cuanto al partido de hoy, está claro que el gol de Nihal es más que dudoso…

—Mientras no haya una orden judicial, yo no puedo anular el gol —dijo el árbitro.

—Ahí afuera hay 20.000 personas esperando —dijo uno del comité organizador—. No podemos suspender el partido. Hay que seguir…

—Que suspendan apuestas, pero no partido —dijo Habermas—. Yo también quiero jugar,

—Y yo —dijo Alicia.

—Y yo… y yo… —fuimos diciendo todos los jugadores de los dos equipos.

—Un momento, señores, por favor —dijo el comisario Ferrada—. Esto hay que pensarlo bien.

El árbitro dijo que el partido podía continuar si los dos equipos estaban de acuerdo, y que luego, cuando se acabara la investigación, ya se vería si se tomaba alguna medida con el resultado.

Mi padre y el comisario Ferrada hablaron un momento y decidieron que, por el bien de la seguridad pública, era mucho mejor que se terminara el partido.

—Que se termine el partido —dijo el comisario. Todos estábamos de acuerdo.

—Pues entonces, a jugar —dijo mi madre.

—¿Pero qué pasar con gol? —preguntó Habermas.

—Ya he dicho que no puedo anular el gol. Si quieren seguir, tiene que ser con este resultado —dijo el árbitro.

—Pero ser injusto si gol fue trampa —insistió Habermas. En eso tenía razón.

Entonces me levanté y dije:

—Tengo una idea.



Toni le dio un pase largo a Marilyn.

Ella bajó el balón de espuela y lo volvió a pasar con un taconazo.

El balón quedó suelto y le llegó a Toni, que lo enganchó de primeras.

Estaba siendo un jugadón.

La mejor jugada del Soto Alto en todo el torneo.

El balón voló al lateral del área, por donde llegaba Helena. Helena metió un centro medido, que hizo una curva perfecta. Yo estaba en el punto de penalti, esperando.

Con el efecto, el balón se me quedó un poco atrás. Así que me giré y me puse de espaldas a la portería. y salté hacia atrás con todas mis fuerzas.

Impulsé mis piernas hacia arriba…

… y le pegué al balón de chilena.

Entró por toda la escuadra.

El gol de mi vida. y no fue un sueño.

Lo había marcado de verdad. Pero nadie lo celebró.



Por lo menos, al principio.

Todo el mundo en la grada se había quedado mudo.

Porque en realidad el gallo había metido… en mi propia portería. ¡Había metido un gol en propia puerta!

Por primera vez en el torneo, el Soto Alto había metido un gol. Aunque fuera un gol en nuestra portería.

La idea que les había propuesto en el vestuario era que si el Cronos se habían marcado un gol en propia puerta, nosotros haríamos lo mismo y así el partido empezaría de nuevo con empate.

Allí, en medio del campo, los del Cronos se pusieron a aplaudirnos.

Y Habermas también aplaudió. y Felipe y Alicia.

Y mis padres.

Y hasta mi hermano me aplaudió.

Un comentarista de televisión dijo que era un gesto deportivo sin precedentes.

Los de las paelleras empezaron a golpear con más fuerza que nunca.

Hubo gritos y aplausos y risas.

La gente comprendió lo que habíamos hecho y se volcaron con nosotros.

Soto Alto ganará, ra-ra-re, Íbamos uno a uno.

Ahora el partido iba a empezar de verdad. Teníamos que sacar de centro.

Toni, Helena y yo nos acercamos al círculo central. Los miré y ellos me miraron a mí.

Helena le había dicho a Luccien que le gustaba un chico del equipo.

¿Era Toni?

¿O era yo?

Tal vez no era el momento de preguntárselo.

—Pakete —dijo Helena.

—¿Qué?



—Ha sido un golazo —dijo, y me sonrió.

—Gracias —dije, y yo también sonreí.

—Venga, ya vale de tonterías. Tenemos que sacar —dijo Toni.

El ruido y los gritos llenaban el Benidorm Arena.

Los de la peña golpeaban las paelleras con los cazos, con las manos… Yo creo que hasta golpeaban con la cabeza.

La gente hacía la ola en las gradas y seguían cantando.

Se lo estaban pasando en grande.

Mientras los paellazos retumbaban en mi cabeza, pensé en todas las cosas que nos habían ocurrido en Benidorm.

Luccien, el mejor jugador del mundo, le había propuesto a Helena que fueran novios… y ella había dicho que no.

Alicia y Felipe, nuestros entrenadores, se iban a casar esa tarde. En la isla de Tabarca.

Una niña turca me había dado dos besos. El padre de Camuñas podía ir a la cárcel. Habían intentado amañar nuestro partido.

Y el único gol que habíamos metido en todo el torneo había sido en nuestra propia portería.

Sin embargo, ahora teníamos toda la segunda parte por delante para jugar un partido de verdad.

La final del torneo.

Contra los mejores del mundo.

Seguramente nunca volveríamos a tener una oportunidad así. Teníamos que ir a por todas.

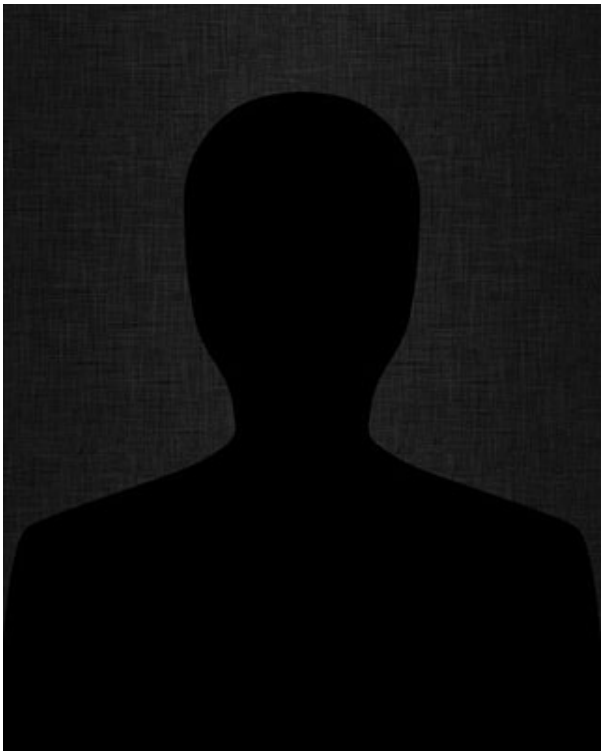
Jugar en equipo.

Intentar meter un gol y a ser posible, que fuera en la portería rival. El árbitro pitó, y el auténtico partido dio comienzo. Ah, casi se me olvidaba.

Antes de terminar el torneo, aún pasaron muchas cosas y hubo otro gol en propia puerta.

Pero esa es otra historia.





Roberto Santiago nació en Madrid en 1968. Estudió Imagen y Sonido en la Facultad de Ciencias de la Comunicación de la Universidad Complutense de Madrid y Creación Literaria en la Escuela de Letras de Madrid.

Ha sido guionista de televisión, redactor para agencias publicitarias de Madrid, realizador de vídeo clips y ha publicado varias novelas. Entre otras, la colección Los Futbolísimos, un fenómeno editorial que se ha convertido en una de las colecciones de literatura infantil más vendidas en nuestro país en los últimos años, y que ha sido traducida a varios idiomas. En 2018 Los Futbolísimos dieron el salto a la gran pantalla.

Su primera novela, El ladrón de mentiras, fue finalista del Premio El Barco de Vapor. Y ganó el Premio Edebè de Literatura Infantil con Jon y la máquina del miedo.

Ha escrito y dirigido, entre otras, las películas El penalti más largo del mundo (nominado al Goya al Mejor Guión), El club de los suicidas (basada en la novela de Robert Louis Stevenson), Al final del camino (rodada íntegramente en el camino de Santiago), la coproducción internacional El sueño de Iván (patrocinada por Unicef por su valores para la infancia), o la comedia de terror independiente La Cosecha (premio al mejor film en el Festival de Terror de Oregón). Su cortometraje Ruleta participó en la Sección Oficial del

Festival de Cannes. Además, ha colaborado como director y guionista en varias series de televisión.

En teatro ha escrito las adaptaciones de Ocho apellidos vascos y El otro lado de la cama (premio Telón al Autor Revelación). Así como los textos originales Share 38 (premio Enrique Llovet), Desnudas (accésit Premio Sgae), La felicidad de las mujeres, Topos, El lunar de *Lady* Chatterley, Adolescer 2055 o Los Futbolísimos, el musical.